



Amadís de Gaula

tercera edición
marzo de 2006

PROSA

POESIA

INDICE

POESIA

INDICE

PROSA

ACERCA

DE...

V
O
L
U
M
E
N
R
E
C
O
P
I
L
A
T
O
R
I
O

PROSA

Amadís de Gaula, tercera edición

primer

L A C A R G A

premio

El Encarnación hizo las artes. Él mordió el plomo y tiró despacio y firme girando para abrir la bala y con el mucho cuidado de las cosas preciosas y la lentitud de lo consagrado, sin temblores ni dudas la acercó a la botella, y como quien suelta la ceniza del pucho descargó la pólvora en la caña contrabandeada, castigándola con el único dedo que no sujetaba el bronce.

Los demás ya sabían qué sucedería. El Ángel se rió por anticipado y siguió picando ñaque. Él era muy zorro y se reía guaso como zorro y esa risa movía algo que no tenía nada que ver con la alegría. El Juan, que ya venía bebiendo de la primer botella, pensó en el grito de un chimango. Que como un chimango anunciaba su desprecio por la muerte y por el orgullo y el Ángel le pareció más sucio que de costumbre. Carroñero y despreciable. Se ocupó de seguir con la mirada el facón opaco y sin vaina cortando pelo a pelo la cuerda reseca de tabaco. Eso sí lo sabía hacer bien. Lo que era vicio si lo hacía bien. Eso y la alcahueteada. De trabajar nada, nunca nada. No entendió que hacían escuchándolo y atendiendo sus razones. Era la ruina él y todo lo que de él resultara, pero se había hecho prestar oídos y

ahora el Encarnación, más inescrutable que nunca, dijo que esta noche lo arreglaban todo. Imaginó que de seguir adelante iban a terminar como "el chusco", pobre pingo. Sintió pena por el caballo ajeno y su voluntad avasallada. Él vio cuando le roció hasta los ojos de caipirinha para que aprendiera a no relinchar y lo encendió con el yesquero riendo con rencor por el animal. Estaba bien que el animal era suyo y que no debía hacer ningún ruido jamás, pero la mancha blanca del ojo arruinado conservaba el horror vívido de ese trance y lo acusaba de haber dejado las manos libres del Ángel, que siempre tenía algún rencor por los vencidos o los indefensos.

Cuando entró Yamandú, Encarnación le alcanzó la botella y explica que el Ángel dice que lo vio al Camundá en lo del tano hablando con el milico Zelmar y dice que lo escuchó como le decía por dónde pasábamos el contrabando y cuándo. El Juan lo oye otra vez, y se le viene de nuevo todo otra vez, la sorpresa de la voz de alto, las puteadas, la fuga, los tiros, la carrera en el monte de pronto desconocido y de pronto enemigo; y perdida la carga toda, tener que dejarlo al Obdulio atrás, juntarse después para saber que lo habían sacado de abajo del caballo que se había mancado y le rompió una pierna, que iba al hospital para caer a la cárcel en donde se lo iban a olvidar.

Tener que soportarle la mirada a la María con los gurises prendidos a la pollera, era brava la mujer esa y los iba a culpar, aunque no dijera nada los iba a culpar de quedarse sin la plata y sin el caballo, y sin la carabina ni el hombre que la ampararan. Lo miró más mala que el perro y se tuvo que joder como si fuera fácil tenerse que joder porque una mujer lo mire feo a uno. Tampoco se iba a cargar a la familia del Obdulio, les arrimaría una vaca o un par de capones para que fueran tirando pero, si era muy generoso las malas lenguas lo pondrían de punta con el preso y era candidato para la desgracia. Hasta seguro que la Mercedes lo mirará en silencio cuando sepa de la vaca o los capones y aunque no diga nada será un dolor y un rencor que aflorará tarde o temprano hecho reproche en una discusión con gritos y llantos con los que no sabrá que hacer.

El Encarnación agitó el líquido turbio en el que llovían los cristales fulminantes llamando a la rabia delante de su cara y el Juan tomó la botella por el cuello y sin limpiar el pico empinó tragos horribles. Apretó los ojos y los labios y alejó la bebida de sí, devolviéndola, pasándosela a otro. La respiración retornó avivando el incendio que lo recorría por dentro y lo estremecía. Tosió ahogándose y la boca se le llenó de babas, carraspeó y escupió una bocanada de mocos y

saliva; sólo entonces pudo ver de nuevo al Encarnación que lo miraba y en los ojos rojos del que hacía las artes adivinó los suyos rojos de su sangre y de la sangre por venir.

-¿El Camundá batió?- Aún así de borracho, Juan no lo imaginaba al Camundá delatando a los amigos.- ¿Cómo va a saber si él no estaba en el asunto? ¿Al pedo iba a batir el Camundá? - Encarnación lo mira desde una altura y una distancia que parecen venir de la borrachera poderosa que lo toma como una garra de aguilucho por la frente y apreta anulando toda razón. La propia respiración le resuena en toda la cara y susurra en las sienes como el retumbar de una marcha que concluiría únicamente cuando el traidor dejara de respirar. Abrió la boca buscando otro sonido, pero el ahora jadeo, en vez de compás de amor, es uno que llama a muerte. Quedó escuchando y vio al Yamandú derrotado y no imaginó sí por la bebida o por el nombre del delator. No podía ser Camundá si el Camundá era gente de farra y macanudazo el hombre, las veces que les dio pase por su campo sin pedir ni preguntar nada, si hasta caballos prestó. No podía ser, sabía que no la iba en nada y no lo imagina en componendas con los único cuarto milicos astrosos a los que se les ocurre vigilar en toda la frontera. ¿Para qué?. Apretó el

puño y escuchó el mismo rechinado reseco de su piel como el de la cincha de un caballo y se descubrió más allá del dolor, el puño crispado hablaba de fuerza sin nada sobre la que descargarse más que el mismo puño.

Se le vacía el pecho de todo su aire y parece que con el aire se le va el piso. Vuelve Encarnación y le ofrece otro trago que parece de piedras. Hace un gesto con la botella ya casi vacía y de a uno se incorporan y van saliendo, Yamandú, el Ángel, Encarnación y los hermanos Suárez, con él la partida es suficiente para irlo a buscar y hacerle pagar por la suerte del Obdulio, sacarlo de la casa si es necesario y hacerle pagar.

Los caballos están más esquivos que de costumbre, los estribos más altos y las riendas más largas. Cae sobre el lomo como si hubiera caído al piso y se golpea, el dolor apagado le produce un escalofrío que le recorre la espalda. El Suárez Chico se adelanta y aunque Juan intenta el mismo rumbo el caballo insiste en llevar al borracho de vuelta a su casa. Finalmente, con una carrera corta "Caña blanca" se pone en el final la columna y el jinete se desentiende, se ensimisma en su enardecimiento y se imagina hablando con Obdulio explicándole que está pasando y cómo lo van a vengar y en su imaginación aparece la familia de Camundá y

su entusiasmo y su violencia se disipan. Se le impone la vergüenza casi como se imponen las sombras de la noche al atajo recorrido.

Una nausea se le trepa desde el estómago y el Juan vacila sobre el lomo del animal y amaga caerse. Reacciona como quien despierta justo para atajarse y el caballo gira en torno al jinete medio caído y medio colgando, hasta que enfrentado a un matorral el animal se detiene y es el tiempo de Juan de asujetarse como puede y de talonear al "Cañas blancas" para que retome su marcha, y queda de nuevo a la cola de la columna. Necesita despertarse de alguna manera y en ése afán saca el cuchillo y muerde la hoja con todas las fuerzas que puede encontrar y siente como se le hunden los dientes. Asombrado, se saca el cuchillo para buscar las marcas de los dientes en la hoja y la escasa luz le oculta la visión. Ahí anda de ceño fruncido mirando un cuchillo en la penumbra cayéndose de la cabalgadura, cuando traga y descubre el sabor abundante de la sangre bajando por garganta y recomponiéndolo de sus padeceres.

Allá adelante lo están matando al Ángel. Tira de las riendas y mira de nuevo y ve como al Ángel lo apuñalan de los cuatro costados y cómo ya ni se ataja. Los ve limpiar los cuchillos en las ropas del caído que da el

alma entre estertores y esperar que acabe para arrastrar el cuerpo y tirarlo a un pozo abandonado en el que jamás se volverá a beber y se acerca. Encarnación lo mira y le dice que tenía razón en creerlo inocente al Camundá, que el Ángel avisó a la milcada y que lo inculpó al Camundá porque lo había corrido de encontrarlo hablándole a la hija grande y le había dejado el lomo a la miseria de tantos lonjazos que le bajó. Ladino como era quiso quedarse con la parte del matute que le regaló el Zelmar y con la hija del Camundá, lo que no imaginó que el Zelmar por muy milico que fuera no iba a dejarlo hacer semejante bajeza y como quien no sabe con quien está hablando le dio a entender al Yamandú de que se trataba la tramoya, y que como no le quiso creer le dijo:

- Ya va a ver vo si el Angelio ése no te lo manda preso al Camundá-

- ¿Y se pude sabé que me decí eso ahora?-

- Yo seré milico todo lo milico que vo quiera, para eso me paga el gobierno y me da el arma y l´uniforme y l´autoridá, pero en ninguna parte ta´scrito que por eso sea ansí de mundicia. Yo no sabia que quereiba ese entrañudo a la final.-

Se alegra el Juan de que sea este el fin de esta andanza y no el otro y sonríe aliviado hasta que el Encarnación le alcanza las riendas del "Chusco" ya despojado de todo y le dice una palabra sola:

-Despenalo.-

- Despenarlo?-

- Si, despenalo al desgracia este bien lejos.-

- Por qué tengo que despenarlo al pobre desgracia?-

- Porque el bobeta de miércoles va a volver ande lo enterramos al dueño y lo van a encontrar.  Te parece?.-

Calla Juan y piensa que tiene razón, los demás encima del cuerpo tiraron todos los arreos y las ropas y, además, todo lo que est  suelto y más o menos cerca. Piedras, ramas, tierra pastos, cualquier cosa.

El "Chusco" como si supiera la suerte que lo espera no se la hace fácil, desde el momento en el que Juan toma las riendas el animal se encabrita y resiste.

-¿Por qué yo?.- Encarnación se levanta apenas el sombrero:

- Nosotros matamo al otro.- Juan ya no discute y elige un rumbo cualquiera, alejándose del pozo, de las casas y de Camundá. Anda toda la noche y busca palabras y ni se le ocurren ni sabe para que sea que las busca. Además, está todavía muy intoxicado y ya no tiene ganas de matar a nadie ni siquiera de hacer otra cosa que rumbeo para su rancho y dormir con la Mercedes, piensa que la Mercedes debe estar tibia y le debe oler fresco y limpio el pelo y tal vez, si usó una flor todo el día hasta tenga ése olor en la cabeza. La luz del amanecer le entra en los ojos dura y destemplada. Debe ser por esta luz que a esta hora afusilan los soldados piensa Juan y piensa en voz muy baja que debe ser por eso que de noche matan los bandidos.

Se detiene y mira al condenado. El "Chusco" lo mira con el ojo sano y se aleja hasta donde le dan las riendas. Juan mira las ramas desde donde los pájaros del monte hacen la música de siempre, nunca tan inoportuna o inapropiada como ahora.

- Mire pingo bobeta, yo no tengo nada contra suyo pero el pavo es usted.- El penado lo apunta ahora con el ojo velado y esa niebla nubla su sentido del deber.

- No me la haga más difícil che caballazo.-

Obediente, el sotreta baja la cabeza y haciendo los ruidos del caso muerde arranca y rumia tres veces cada bocado de pasto recién amanecido con el sonido hueco que hacen al comer éste y todos los caballos desde que son caballos.

- Si usted me prometiera.- Ahora el pavote y el bobeta era él. No había forma que el sotreta le prometiera nada. - Mire, l´explico pa´ que aprenda, - y le habla al caballo que sigue comiendo como quien dicta sentencia - no hay que andar siendo tan culo de naides, si se hubiera dejado un poco de libertá y de orgullo yo lo largaba pero usted es culo y a los culos cula suerte. ¿M´entendió?.- Alza la cabeza el "Chusco" y Juan desenfunda. El "Chusco" curioso besa el arma y Juan alinea con el largo de la cabeza larga del animal y dispara. El "Chusco" saca la cara como arrepentido pero tarde e inútilmente. Se desploma y trata de correr con las patas en el aire en una carrera que termina con un segundo disparo. Avergonzados, los pájaros se callan y el Juan descubre aliviado que él no era como el Ángel, y que no tenía guardado ningún rencor ni por los vencidos ni por los indefensos.

único

Mensaje en la botella

áccesit

Del día en que conoció a Guillermo (y empezó a ser Wili antes del tercer johny walker) el Neno recordó tres cosas; los libros de Wili, los barcos y las manos de la camarera cuando les pasaba la botella. Estaba prohibido el alcohol en cafetería, después de todo era un hospital, pero a escondidas llenaba la botella de nestea con algo fuerte. Para la gente de la casa, se decía. Ella se retrasaba rellorando los vasos mientras los miraba con descaro y el Neno pensó lo embarazoso que sería cogerla de las muñecas y obligarla allí mismo a que lo acariciara.

Pocas semanas antes, gracias a un amigo de su padre, el Neno había conseguido un contrato de celador. Desde que salió de la cárcel llevaba ocho meses de repartidor de muebles, con un jefe al que parecía que se le enquistaban en el riñón las gotas de sudor que no echaba, que lo tenía sin un duro y con la espalda reventada a fuerza de cargar tresillos. Levantándole el tabaco a todas horas y "te-callas-o-a-la-puta-calle". Así que cuando su padre le mandó recado que empezaría al día siguiente, bien temprano se presentó a Wili que era el jefe de personal en el hospital de la Marina, junto al mar.

Pagaban bien. El trabajo era poco, los amigos muchos, y se ahorra la pensión durmiendo muchas noches en el mismo hospital, como Wili le había enseñado. Estaba a disposición del centro y sacaba de filfa un sobresueldo. Cada tres noches de guardia podía descansar dos días, que destinaba a sus tres aficiones favoritas: las mujeres y el barco (las mujeres, decía, valen doble porque tienen un par y aquí coincidía con Wili y con sus libros). Solo en tres de las guardias no pudo dormir y no fue por motivos de trabajo, sino por sus dos primeras aficiones. Lo mejor era si podía llevarlas al nueve metros que su padre tenía para los veranos, amarrado en el muelle y que ahora usaba él.

No sabía hablar como Wili. No podía decir aquello de: "He navegado mares y bibliotecas" como el que escribió lo de la ballena blanca. Pero cuando sostenía la caña del timón o cogía un rizo a la mayor porque el levante apretaba, no necesitaba mirar al mar para encontrar mensajes en botellas, ellas llenaban de mensajes sus ojos mientras bebían a galleta de la botella de aguardiente. Y después de ellas amaba el barco; "la gaviota", y salía de vez en cuando a dejarlo correr tras el viento, acostándolo muy ceñido. Y al entrar a puerto hacía, como el abuelo, las maniobras sin arrancar el diesel, solo con la vela, arriándola a pocos metros del amarre.

Su vecino de muelle, un asturiano borrachín y jubilado que tenía una bañera enorme, "la curra", con dos palos y pintada de negro, le había jurado que si le enseñaba a maniobrar así le pagaba una mariscada. El Neno sacudía la cabeza sin contestar y volvía al hospital a dormir la guardia.

-¡Como se entere tu jefe te la corta, maricón! -decía Wili y le guiñaba un ojo riéndose cuando llegaba por la mañana y le veía salir bostezando del cuarto de enfermeras. Una vez que lo encontró con una enfermera, mientras ella se levantaba ajustándose el uniforme, le soltó un "te llamaré Ismael" pero el Neno nunca entendió que era aquello: Así era Wili. Luego buscaban algún otro con quien jugarse el desayuno a los chinos, y esperaban el reparto de tareas, echando los cepos a ver quien se llevaba a alguna enfermera al almacén. No tardó en admirar a Wili; cómo las volvía locas su pelo corto, canoso, sus ojos grandes y sus citas de escritores tristes. Tenía clase. Desde la rubia mas fría a la casada mas fiel se derretían cuando, con un beso en la mano, las invitaba a bailar. Después, cuando decían adiós para siempre preguntando si las olvidaría, él respondía "cada día de mi vida" y ellas revivían esas palabras noche tras noche, entre lágrimas, hasta que suplicaban verle una vez mas. El Neno hablaba meno. No tenía palabras, pero ellas

sabían caer como estrellas fugaces en el agujero de soledad que adivinaban tras sus ojos y silencios.

Y fue casi al final del verano cuando sucedió.

El Neno había subido a la planta a un guiri al que casi se le fríen los huevos encima de un colchón de goma. Había dormido el tinto con gaseosa; bañándose, con la espalda al sol de la tarde, mientras su compañera compraba collares en los hippies. La corriente se lo llevaba y los de la cruz roja lo recogieron a pocos metros de la bocana. Gracias a que los pescadores del muelle habían avisado riendo que había un cachalote a la deriva.

La enfermera le dio los papeles del seguro, que venían en alemán, para llevarlos a la nueva gerente, recién incorporada, en la planta segunda. Subió al despacho. Se llamaba Julia y la encontró inclinada sobre unos archivadores. Llevaba una blusa blanca. Julia en Septiembre vestida de blanco y alcanzó a ver mucha piel por el escote, con pecas a los dos lados que a la luz de la tarde parecían de canela. Para el Neno era luz de falúa a la deriva, avisando a navegantes maniobra de acercamiento. Se parecía a las hijas de los amigos de su padre: limpias, delgadas y cultas de master y martinis, ropa cara y visa oro, sindicalistas de primer canuto a los veinte y

octavillas, a las que podía meter mano a escondidas pero solo las llevaba a la cama un opositor a notarías. Iba a dar media vuelta cuando Julia se excusó por no haberse presentado primero.

-Es que estoy muy liada -las aficiones del Neno temblaron bajo la blusa-. Me llamo Julia, y espero que entre todos me ayudeis a llevar esto. Hay que cambiar un par de cosas.

Al día siguiente su jefe no vino a despertarlo para que desayunaran juntos. A veces pasaba que tenía que hablar con algún médico o la jefa de enfermeras, entre cafés con leche o el primer nistea del día. Cuando el Neno llegó a la barra, vio que al fondo en la última mesa estaban sentados Julia y Wili. Supo que su jefe iba de caza y decidió disputarle la presa. Agarró rápido el café que le acercó la camarera, y se sentó en una mesa junto a ellos. Pudo pillar, pegando el oído, palabras sueltas. Pero Wili repetía que le daba mala espina. Julia asentía sin mucho convencimiento.

-Tu mandas -decía Wili-, pero no me gusta, no es trigo limpio.

Se volvieron casi a la vez hacia él. Wili preguntó si se conocían y lo invitó a sentarse con ellos. Julia le dijo que se trataba del ordenador nuevo que le habían traído y el Neno tuvo que sorber café y parpadear porque vio que las pecas bajo el escote empezaban a bailar.

-No es que esté mal -dijo Willi-. Que yo no entiendo. Es que me da mala espina. Con solo verlo de lejos da la calambre; hay algo raro, no sé... me lo dice éste - y se tocó el pecho.

Ahora o nunca pensó el Neno. Podía tentar a la dama de las canelas.

-En el talego nos dieron un curso, si quieres le echo un vistazo.

La vio asentir y la sonrisa que asomó tenía buen cariz. "Libre a estribor, maniobra el velero"... Pensó que se iba a hinchar a tetas. Que Wili se podía guardar los libros en la sentina porque ésta era de barcos. Él sorbería el canela de las pecas y bajaría por el vientre... La imaginación del Neno se desenredaba por el cuerpo de Julia mientras ella se ajustaba la falda. Sus pensamientos seguían navegando rumbo sur cuando Wili le dijo que mejor fuera a probar el ordenador al despa-

cho de Julia. Hizo como que terminaba el café y se marchó. Entró al despacho, se sentó en el sillón de ella y aspiró; olía a mujer y a ganas. Luego fue donde estaba el ordenador; un portátil aún embalado. Lo montó y lo conectó para cargar la batería. Comprobó que tenía micro. Grabó "ven conmigo" y lo guardó de sonido de inicio. Se reirá, pensó. Todo iba bien. Ni un problema. Traía pocos programas instalados y funcionaban bien. De pronto un mensaje: "el archivo que intenta abrir está dañado, pero word puede recuperarlo. ¿Desea que word abra el archivo?" Se sorprendió. No intentaba abrir nada pero el windows era así, había pasado muchas veces. De todas maneras pulsó "sí". La pantalla quedó en blanco, buscando. Se abrió una pantalla. Se había autotitulado "aviso uno", luego la palabra "Ambulancias" y ningún otro texto. No sabía que podía ser. Canceló el mensaje y siguió probando los programas instalados. Pero al poco tiempo oyó un golpe en la calle. Abrió la ventana y se asomó. Dos ambulancias que entraban a la vez se habían empotrado contra la garita del vigilante; no había heridos. Parpadeó como un buho a la luz. Podía ser casualidad, pensó. Volvió al ordenador.

Al poco apareció otro mensaje y el Neno se asustó al leer: "camarera". Comprobó que no había aún conexión a red. Tosió, siempre que no entendía algo lo hacía. Pen-

só que quizá Julia..., pero lo desechó enseguida: el ordenador lo acababa de montar y nadie lo había tocado. Volvió a toser y bajó a cafetería pensando que era un idiota dándose prisa. Cuando llegó se burló de sí mismo otra vez, todo estaba bien. La camarera sonreía mientras servía un nestea a un médico. Alguien le pidió un cigarrillo y se acercó por el paquete que estaba encima de la maquina del café. La sonrisa del Neno se heló al estallar el calderín de la cafetera. Un momento después la camarera se recuperaba en una camilla; solo un susto y quemaduras en las manos.

Sacudió la cabeza y volvió al ordenador. Julia no estaba todavía. Buscó algún archivo llamado "aviso uno" y nada. Ya iba a apagarlo cuando otra vez apareció un mensaje. "Cardiología". Cardiología quedaba en la misma planta en el otro pasillo. Concluyó que si pasaba algo allí, daría la razón a Wili. Apagó el ordenador y corrió. Una enfermera estaba de guardia pero todo parecía estar bien. Esperó un rato y tomó otro café. Ella se dejaba mirar y quedó para llevarla a navegar alguna noche a la luz de la luna, por si no cuajaba el negocio de la canela, en reserva. No estaba mal la enfermera, pensó que podría curar su corazón de viejo. Pasaba el tiempo. Nada. Es una coincidencia, pensó. Se encontró con Julia y Wili, que iban al despacho de ella. Los

acompañó mientras Wili hablaba de libros. No les dijo nada del mensaje, no sería mas que una tontería y aún podía probar suerte. Entraron al despacho. Encendió el ordenador y, maldita sea lo había olvidado, el nuevo mensaje de inicio hizo que Julia y Wili se acercaran y se colocaran justo detrás de él. En menudo lío se estaba metiendo. Oyó que Julia murmuraba un "que gracioso" y creyó ver que Wili le guiñaba un ojo. Instaló el módem, todo parecía ir bien. De pronto otra vez un mensaje: "abordaje".

-¿Y eso? -preguntó Julia.

-Otra bromita, seguro -dijo Wili mientras le daba al Neno una colleja suave y añadió algo como "uno que se va". Salió cerrando la puerta. El Neno sabía que eso quería decir "hablemos a solas". A Julia le dijo que era mejor formatearlo, que tenía discos de inicio en el barco, y se fue. Wili esperaba cerca. Que gane el mejor y la disfrute. Y el otro que lo vea, se dijeron. Pero Wili añadió que tuviera cuidado con la mala suerte.

Esa tarde Julia le preguntó si sabía navegar por internet. El Neno contestó que si, pero que navegar era mejor hacerlo en barco.

-¿Podrías enseñarme? -no aclaró a qué-. Y de paso lo probamos.

-A las seis en el puerto; muelle ocho.

Julia dijo que allí estaría y el Neno pasó el resto del día dando paseos por cardiología. Nada. Cuando terminó el turno ya casi se había olvidado de los mensajes, a las cinco ya estaba en el barco.

Se sentó junto al amarre, fumando, a esperar que se hiciera la hora. La vio venir por el paseo. Pudo ver, maldiciendo su mala suerte, que Wili la acompañaba. Subieron al barco. Mientras ayudaba a Julia a subir vio las velas de su vecino con "la curra" todavía fuera del espigón. Se sentaron en los asientos de popa. Quedaron para ir a cenar allí cerca. El Neno bajó al camarote con el ordenador, "es solo un minuto, dijo, y así no vamos al restaurante cargados". Wili estaba de acuerdo. Encendió el ordenador y buscó los discos de inicio de windows. Los encontró en la caja de herramientas, después de revolverlo todo, y los dejó junto al ordenador, encima de la litera de arriba. Se agachó para coger una camiseta limpia.

Mientras se la ponía, el Neno oyó un golpe fuerte y una sacudida que lo tumbó. Casi al mismo tiempo notó

como el barco escoraba a popa y rodó por el camarote. El ordenador cayó desde la litera golpeándole en la cabeza. Notó que se mojaba las manos, los piés y luego la oscuridad se lo tragó.

Cuando despertó, tumbado en el muelle, Wili le contó como el asturiano, que el diablo o la botella se lo lleven, había entrado en el amarre hasta con el tormentín desplegado. Borracho a reventar cantaba "Soy minero" cuando había embestido la popa de "la gaviota". -Menuendo susto -añadió-, menos mal que estaba yo aquí ¿eh?.

Le dijo como había tenido que bucear hasta el fondo y allí lo encontró, ahogándose junto al ordenador.

-Y porque estaba encendido. Te pude encontrar allá abajo gracias a que todavía brillaba la pantalla. Después de todo te ha traído buena suerte. Ahora habrá que tirarlo.

El Neno pudo imaginar el ordenador allá en el fondo, llenando el mar de mensajes, como náufrago que mete papelitos a una botella y los lanza al mar.

A los tres meses, en la boda de Julia y Wili, el Neno recordó tres cosas; los libros, los barcos y lo que le dijo al

oído la enfermera de cardiología cuando llegó media hora tarde y fue a sentarse al lado de él. Le dio un vuelco el corazón. No se lo dijo a nadie pero ella se había retrasado tanto que resultaba embarazoso.

R I T A

Soy pequeña todavía. Mi primer recuerdo es el de Mamá dándome aún el biberón, Laura mirándome y Papá sonriente.

Laura es mayor que yo, pero es con quien mejor me entiendo y a quien más quiero. Cuando de noche me despierto con frío o con miedo, ella enseguida viene a mi cuna de mimbre y me acaricia y acompaña hasta que me vuelvo a dormir... Quiero mucho a mi hermana mayor, a Laurita... Hay noches en que gimoteo sin ganas, sólo porque ella venga, me acaricie, y, si hay suerte, me lleve con ella a su cama; no hay cosa en este mundo que huela mejor que su cuerpo calentito y limpio, en la oscuridad y el silencio... Si, además, la noche anterior, Papá o Mamá nos ducharon a las dos juntas, siento que nuestros olores son parecidos, casi iguales. Por algo somos hermanas.

Cuando por la mañana salimos de casa, Mamá, Laura y yo, montadas en el coche, para llevar a mi hermanita al colegio, me agrada mirar por la ventanilla. A veces, en las paradas obligadas en los semáforos (esas luces de colores a las que obedecen los au-

tomóviles), otros niños a través de otras ventanillas nos saludan, a Laura y a mí; varios saben cómo me llamo, y gritan mi nombre, haciéndome carantoñas amables. A la llegada al colegio, igual. Mamá abre las puertas, mi hermana se dirige a la entrada del case-rón, y yo paso al asiento del lado del conductor; siempre hay alguna señora que en el intervalo me acaricia y mima, y dice que soy guapa y buena. ¡Pues claro, qué otra cosa voy a ser, si soy muy niña aún!. No les suelo hacer mucho caso, aunque soporto que me acaricien y hasta que me besen; sé que, luego de esas familiaridades, me quedaré en el asiento de adelante, a solas con Mamá, haciéndome la importante... ¡Cuántas ganas tengo de crecer algo más, e ir al colegio también, quedándome allí con Laura y los demás niños!...

En la vuelta a casa, procuro ir erguida, para ver y que me vean. Si conduce Papá, dice enfadado que ni Laura ni yo debemos ir aquí, y nos manda atrás; Mamá le responde que no importa, que vivimos en un pueblo pequeño, que no importa. Quizás por eso disfruto tanto de ir al lado de Mamá, en el lugar preferente, a sabiendas de que está prohibido por alguien. Una vez, un señor en moto (esos autos que hay con sólo dos ruedas, que no sé por qué no se caen) y con una cosa

redonda tapándole la cabeza (parecía una hormiga), hizo que Mamá detuviera el coche, obligándola a que me tomara en brazos y me pusiera en la parte trasera; además de eso, por sus gestos entendí que todavía estaba enfadado, pues sacó un cuaderno chiquito (igual que uno que tiene Laura), escribió algo, y, malhumorado, le dio un papel a Mamá. Al rato de volver a arrancar, el coche se detuvo, y mi madre me pidió que volviera a sentarme a su lado. ¡También quiero mucho a mi Mamá!...

Papá es el más serio de la familia, aunque es quien cuida de todos nosotros, según mi madre. Cada tarde nos saca a pasear, a Laura y a mí, pues Mamá normalmente se queda en casa preparando la cena. Si él no puede venir, vamos afuera Laura y yo solos. Papá a veces vuelve cansado, ya de noche, y se sienta en su sillón, un poco como si estuviera triste. Pero en cuanto Laura o yo nos acercamos, le surge espontánea una sonrisa feliz, de oreja a oreja... ¿Cómo no adorarle, a Papá?...

Vivimos en una casa aislada, en medio del campo. Es por eso que disfruto de las salidas hasta el pueblo, cuando vamos a llevar o recoger a Laura del colegio, o de compras los cuatro. En el campo hay mucho que

ver: Las mariquitas, los árboles, las hormigas, la yerba, los pájaros, las lagartijas, las flores, el arroyo tan placentero si hace mucho calor, la nieve, la lluvia, el sol, la luna, los escarabajos negros, las zarzamoras... Todo eso así, junto, está únicamente en el campo. Seguramente que en el pueblo, con esas calles tan largas y esas casas tan altas, no tienen tanto que ver, oler, o sentir...

En nuestros paseos por la tarde, de cuando en cuando, Laura me coge en brazos. A cambio, yo llamo su atención sobre cosas en que ella no repara, quizás por ser más alta. Es con quien mejor me entiendo, con mi hermana mayor. El resto de los Grandes, se expresan muy rápido, creen que una es adulta ya; o bien ponen caras forzadas, para hacerme gracia con sus cuchufletas, o bien me miran orgullosos, desde su altura. Aunque... Debo ser distinta en algo. Laura me leyó despacio una vez un cuento sobre un patito que se creía feo, pero resultó ser un cisne (que es un pato, pero con más cuello, y más bonito). Y otro sobre un niño cuya madre no era una Mamá, sino una mona negra bonachona y simpática...

Sí, algo tiene que pasar conmigo, pues, si no, resultaría imposible de entender lo de esta mañana.

Tras dejar a Laura en el colegio, fuimos a un sitio donde nunca habíamos estado antes, un almacén muy grande, lleno de comida y de cosas. Mamá me llevaba en brazos, hasta que se cansó y me dejó en el carrito metálico con ruedas que ella empujaba. Era divertido ir allí dentro, junto al montón de lo ya comprado. Por casualidad, vi a otra niña, menor que Laura, que me saludó al coincidir parados su carro y el mío. Ella me acarició desde el suyo, y yo la besé desde el mío... ¡Y la niña se puso a llorar, muy fuerte, nerviosa, sin parar!... Mamá y yo permanecemos tranquilas, a pesar de que acudió mucha gente. Un señor, con una bata blanca, muy enojado, le llamó la atención a mi mamá. Recordaré sus palabras, en espera de poder entenderlas algún día, cuando madure y me haga Grande. Dijo algo como: "¡Señora, aquí no está permitida la entrada a los perros, y menos aún sin bozal, ni cadena ni correa, señora!. ¡Además, de una raza peligrosa, es un pirbúl, señora, como usted sabrá!"... ¡Qué tonto, él sí que no sabe que me llamo Rita, y que soy la hermana pequeña de Laura!... Aunque, tonto y todo, no nos dejó salir, hasta que vinieron otros dos señores de los de las motos, y hablaron con Mamá. Al llegar a casa, y contarle lo sucedido a Papá, éste se molestó mucho, pero con los de las motos y el de la bata blanca. Abrazó Papá a Mamá, y después me acariciaron a

mí; luego, hablaron bajito, ellos dos a solas, seriores. Yo me hice la distraída, mirando fijo a otro lado...

Mamá no me llevó hoy a recoger a Laura del colegio. Laurita estaba muy triste cuando llegó, y se puso a llorar; fue corriendo a su cuarto, sin darme siquiera un beso ni saludarme. Llorando también, sacándolo de su bolso, Mamá me colocó un collar con un olor extraño, diciéndome que era por mi bien, y que además con el adorno ese, no tendría nunca bichos, que era "insestecida"... ¡A los Grandes, no hay quien los entienda!... ¡Si es tan bueno este collar, deberían haber comprado otro para Laura!... Seguro que por eso lloraba, mi hermana, la pobrecita... ¡Porque no le compraron el suyo!...

EL
CARTERO
DEL DISTRITO B

Nadie sabe a ciencia cierta por qué en algunos momentos de nuestras vidas nos situamos al otro lado de una incómoda incógnita. Surgen las preguntas, la búsqueda de los porqués. Es, sin duda, una regresión a la infancia. De niños queremos saberlo todo, todo, todo. Averiguar qué se esconde en cada uno de los rincones de la vida. Para predecir, quizá, qué mal puede perseguirnos y, de esa manera, estar prevenidos una vez aparezca. Ya de adultos, estamos protegidos por un benefactor, un mecanismo de defensa, amigo bonachón, que nos salvaguarda una y otra vez de esos disparadores existenciales tan poco recomendables, precisamente, porque cuando llegamos a este punto todo se vuelve sombrío, deprimente; nuestra vida se nos muestra fea, cansina, innecesaria. Mejor no, mejor seguir siempre la misma dirección.

El cartero del distrito B había gozado siempre de las mieles de lo mundano; nunca le habían asaltado las dudas (que habíamos denominado «disparadores existenciales») sobre su *modus vivendi*. ¿Para qué?

Pero aquella calurosa mañana de agosto se levantó tras varias horas de maldormir, de pegarse con la

almohada, de sentir dolores musculares por todo el cuerpo. Su primera acción, al despertar, fue saludar al día con entusiasmo; siempre empezaba así la jornada, con el mejor de los ánimos (no olvidemos que el hombre es un animal de costumbres: habitúa a tu organismo a ser feliz, y serás dichoso por encima de cualquier contrariedad; habitúalo a ser desgraciado, y encontrarás motivos de desconsuelo hasta en el más placentero de los paraísos).

¿Y qué sucedió para que de repente, la cara ya lavada, mientras se atusaba frente al espejo su tupido y largo bigote, notase cómo un endemoniado disparador existencialista se apoderaba de él? ¿Cómo era posible que, pese a su manifiesta sencillez, se encontrase en tal situación? Él, devoto defensor del conformismo y de la monotonía, que nunca tuvo sueños difíciles de cumplir, que se daba por satisfecho con una vida cotidiana carente de pretensiones elevadas, que nunca aspiró a lo difícil, él, digo, se fustigaba ahora con el pensamiento (¿de dónde habría brotado semejante alienígena?) de no ser feliz.

En eso estaba, atusándose el bigote (espléndido bigote el suyo), en un cuarto de baño, sencillo pero limpio (como el historial de su propia vida), en casa, una mañana calurosa de agosto, escuchando una voz que se reía. Sí, se reía de él. De su falta de ambición.

De su gorra de cartero. De sus pantalones de cartero. De su cara de cartero. Siempre tan atildado. Ni una arruga. Ni una mancha. Nunca un mal gesto. Sonriente. Hola doña tal, qué peinado tan bonito, me gusta su jardincito, cómo está el señor y los niños, buenas noticias, eh, un cafetito, sí sí, muchas gracias (efímera conversación entre desconocidos viajeros con destinos diferentes unidos por la eventualidad de una simple carta). Sobre esa vieja y fea bicicleta, que cuida como oro en paño. El cartero feliz. Hola doña tal, qué hermosa mañana, ha dormido bien. ¿Y qué pensarían de su persona? No todo el mundo muestra tal predisposición gratuita. Hay quienes no piensan que sonreír a todas horas sea la panacea del mundo. ¿Acaso los inteligentes?

Falto de experiencia en tales digresiones, se sentó en la cama. Aturdido. Esperando. Quién sabe qué. No tenía ganas de levantarse; tampoco de volver a dormir. En eso estaba, sin saber qué rumbo tomar. Aquel maldito disparador existencialista se había cebado con él. Con el cartero del distrito B. ¿Qué mal había hecho? Ciertamente que no era ningún santo. Incluso recordaba alguna que otra travesura de chiquillo. Y de mayor... bueno, ya de adulto había tenido pensamientos impuros. Pero sólo pensamientos, ¡nunca había pasado de ahí!

Dio vueltas por la casa como un animal enjaulado. Quizá debería haber estudiado. Su madre se lo decía. Y su padre. Pero él, erre que erre. ¿Para qué? El servicio municipal de correos le daría un buen sueldo. Y el trabajo era agradable. Sería como un paseo. Podría comprarse una bicicleta que cuidaría con esmero. Y sonreiría al hacer su trabajo. Un trabajo bien hecho. Y hola doña tal, cómo va todo. Quizá incluso caería de vez en cuando un cafetito. Bien caliente. Con dos cucharadas de azúcar. Pero rapidito, que él era un profesional y no le gustaba zanganear. El mejor entre todos los carteros. Y si tuviese un perro lo llevaría con él cada mañana para que le sirviera de compañía. El perro del cartero. Un cartero de bigote largo y tupido y de sonrisa amplia. Pero tal vez no hubiera estado mal lo de estudiar. Los padres siempre miran por el futuro de uno. Para eso son padres.

¿Debería dar su vida un cambio radical?

Un animal enjaulado. En su propia casa. Una mañana de agosto. Sin apenas haber dormido. Con tantas y tantas cartas que a buen seguro le estarían esperando. Y hele ahí, preguntándose si debería haber estudiado. Quizá debería haber trabajado con los tíos. O haberse casado con la rolliza peluquera cuyo padre era amigo del primo de su amigo Leonardo, el que vendía las entradas en el cine Madeira. Maldito disparador. Que no le dejaba vivir. ¿Y por qué a él?

Entonces, cuando ya no comprendía nada y ni siquiera se preguntaba si había algo que comprender, se sintió un fracasado. El mejor cartero, el del distrito B, era un fracasado. ¿Lo sabrían los demás? Él no lo había notado. Pero, ¿acaso era un fracasado la persona más indicada para notar/traducir las miradas de sus congéneres? Tampoco estaba cualificado para responder a esa pregunta. Y, si una vez más había quedado demostrada que su capacidad intelectual dejaba mucho que desear, ¿por qué no se iban aquellos demonios a otra casa? A la del cura, por ejemplo. O a la del maestro. O a la del señor Serafín, hombre muy leído que hablaba de Tolstoi y Cervantes como si hubiese jugado con ellos a las canicas. ¡Ellos sí que era buenos retóricos! Vaya, se dijo, las enfermedades le llegan a cualquiera. Sin avisar. ¡Menudas!

El final de aquella escena de aturdimiento se le servirá en bandeja al lector, tal y como sucedió (el narrador de este suceso opta una vez más por no inventar). Hay que ajustarse a la realidad, nada que nos distraiga de lo que realmente aconteció. ¿Y qué fue? Pues, bien, nuestro hombre, de repente, escuchó una voz femenina, grave, enfática. Que qué demonios hacía, que era la hora de irse si no quería llegar tarde. ¿Tarde? ¿Debería acaso trabajar aquella mañana teniendo en cuenta las circunstancias? ¿Otra

vez la misma rutina...? Con su traje bien limpio, impecablemente planchado, el gesto sonriente, montado como un adonis en su bicicleta, acompañado de su perro, ese perro al que desde chico enseñó todo lo que había de saber el perro de un cartero, y hola qué tal, bonita mañana, ¿un cafetito?, vaya, por qué no, pero rapidito, total, unos minutos, que llevo prisa, y bla bla bla...

Un mañana calurosa de agosto.

Raudo se puso su traje de cartero. Sus zapatos. Se atusó de nuevo el bigote. Se peinó. Se caló la gorra. Bajó las escaleras. Ya, ya, es tarde, me he quedado dormido, no pasa nada. Y una sonrisa. De cartero. Del mejor cartero, el del distrito B. En su bicicleta. Dispuesto a desempeñar su trabajo. La sonrisa renovada de un hombre que ha dormido poco y mal. Hola hola, qué tal.

Cada vez más difusamente, a lo lejos, se escucha el ladrido profundo de un perro, atado a su caseta, sin posibilidad de hacer lo que más le gusta (que es exactamente lo mismo que le gusta a su dueño). Y éste, muy orondo, sonríe consciente de que su vida ya ha empezado a experimentar un cambio radical.

EL MUNDO
ES UN PAÑUELO

No había imaginado ni por asomo que aquel suceso le amargaría la existencia; un hecho tan insignificante, a primera vista.

Ocurrió durante el rodaje de su última película, a las puertas de la catedral de Sevilla, cuando, con el mismo gesto despectivo y altanero que le caracterizaba, había denegado los servicios ofrecidos por aquel limpiabotas: un gitano giboso de mediana edad, pelo moreno y fuerte y de aspecto tan enfermizo como su bolsillo que se arrastraba por la vida de forma ofensiva a la vista de gente más afortunada. Ante su humilde y desesperada insistencia, el director, quizá algo más nervioso de lo habitual por culpa de la tensión del trabajo, lo empujó a un lado y le dedicó, además, una sarta de improperios que no tiene sentido reproducir ahora.

Y no se hubiera vuelto a acordar de él si no fuera porque tres días más tarde, en pleno rodaje en una calle céntrica de otra ciudad, a cientos de kilómetros de distancia, le pareció distinguir a aquel mismo gitano, con su cajón de limpiabotas a cuestas, perdiéndose entre la multitud. «¡Qué casualidad!», pensó. Diez días más tarde se topó de nuevo con él (¿seguro

que era él y no un fantasma?) en otra calle, en otra ciudad. Ahora le había mirado fijamente a los ojos, como si le enviara un mensaje, una advertencia. En ese momento un hormigueo desagradable recorrió su estómago. Aquella fue la primera noche que, como consecuencia de su estado de nerviosismo, pasó en vela.

Se lo contó a su mujer, que se rió de sus temores y dijo simplemente: «Estás tonto.» Avergonzado, calló; y se prometió no compartir con ella los posibles siguientes encuentros. Y los hubo, por supuesto: en un estadio de fútbol, en las fiestas de un pequeño pueblo del norte, en la playa, y en un sinfín de lugares sin aparente nexo de unión entre ellos. (La película, por exigencias del guión, precisaba de numerosos desplazamientos.)

Cansado de maldormir, de haber perdido el apetito y el ánimo, de mirarse en el espejo y no encontrar más que una sombra marchita del hombre de carácter que hasta hacía no mucho había sido, decidió tomar cartas en el asunto. Su último cruce fue en una calle estrecha del Casco Antiguo de una pequeña ciudad monumental. Aquel día, atrapado por un presagio y descuidando en cierto modo sus obligaciones profesionales, no había hecho más que mirar hacia todos lados, esperando su visita. Por fin, a última hora

de la tarde, cuando la caída del sol dibujaba uno de los lugares más hermosos que existen, lo descubrió sentado en unas escaleras. De repente, recibió una llamada telefónica. Descolgó el móvil. ¿Algún problema? No, simplemente un cambio inesperado: la última escena habría de ser filmada en Buenos Aires, en vez de en Montevideo, como estaba planeado.

Armado de valor y feliz porque dentro de veinticuatro horas daría el salto transoceánico (que a buen seguro le haría olvidar aquella historia), se encaminó hacia el gitano, aún sentado y con aire absorto. Cuando chocaron sus miradas, el corazón del director se paralizó por unos segundos. «Venía a hablar con usted... -titubeó-, necesito que me limpie los zapatos...» El gitano no dijo nada. Abrió la caja y sacó de ella los utensilios necesarios; mientras, el director, intentando simular su agitación interior, esperaba escuchar de sus labios una palabra, una frase, una pista. El sudor le recorría la espalda. Tenía ganas de huir, de perderse, encontrarse de nuevo libre de conflictos emocionales. Había llegado a pensar que quizá se estaba volviendo loco.

El limpiabotas, tras unos minutos de minuciosa tarea, guardó ceremoniosamente el betún y el cepillo en la caja, dando de esta manera por zanjada su labor; a continuación volvió a recostarse en las esca-

leras y encendió un cigarrillo sin mirar a su cliente, un gesto que delataba seguridad en sí mismo.

-Aquí tiene usted... Gracias -El director había sacado un billete de su bolsillo, la mano le temblaba.

-No, por favor, guárdese. Es usted mi último cliente en esta ciudad. Invita la casa.

El director respiró tranquilo. Y cuando estaba a punto de marcharse se volvió hacia él para preguntar:

-¿Se va usted de viaje ...por casualidad? -No había conseguido aún recuperar su enérgico tono de voz.

-En efecto -respondió el gitano, quien ahora dedicó una mirada indescifrable a su interlocutor-. Por casualidad parto mañana hacia Buenos Aires... Me han dicho que es una ciudad con mucho encanto. ¿Ha estado usted alguna vez allí...?

AMOR

Te añoro, sí, amada, mientras escribo, a ti. A ti te escribo y a ti te nombro, mi cómplice perpetua, compañera fiel, mujer de alma multicolor, pechos turgentes y sexo perfumado.

Cuando entramos en la habitación del hotel, quizás sólo era la lascivia lo que nos movía, títeres nosotros de un guiñol de carne. Pero en seguida me acariciaste, susurrante, despojándome de la ropa despacio, lamiendo mi cuerpo desnudo que se ofrecía a tu deseo como naranja ya pelada a la boca de un sediento anhelante de agua y frescura. En el desierto, brotaron tupidas alamedas, henchidos de savia recién nacida los troncos y tallos emergentes, retando al inexorable sol de la seca vida rutinaria.

Trazaban tu lengua y tus labios mojadas veredas sobre mi piel, igual que los caracoles dejan el rastro de su andar sobre el mármol de las tumbas. Dado que los caminos de la carne llevan también a una Roma epicúrea, y aparentando casualidad, llegó a mi pene el rumbo del húmedo destino de tu boca. Durante la felación, yo era feliz, allí de pie; agarrando tus cabe-

llos negros de noche sin luna, pensé que hundía mis dedos en un balde de alquitrán gelatinoso y refrescante. Ávido de acción, ansiaba que nos acostásemos, para, penetrándote, desflorar mágica y potentemente al conjunto de las vírgenes del mundo, convirtiendo a mi falo en campeona lanza rompedora de hímenes escondidos.

Precediéndote en la cama, relajado bien que expectante, era yo el espectador absorto en la representación. Al dejarme contemplar cómo paso a paso te deshacías de tu escaso atuendo, te deseaba tanto que no creo que nada hubiera podido cambiar tu lugar en mi mente y en mi alma. Habría matado, si alguien hubiera roto la magia del momento, querida mía, habría matado, sí, y habría bebido la sangre del procaz profanador.

Yacentes los dos por fin, revolcándonos, descubriendo secretos recovecos de nuestros cuerpos, los segundos se me hacían eternos, mordiéndote, comiéndote, tratando de lograr que sintieras lo mismo que yo; lo conseguí, pues estábamos predispuestos a amarnos cual nunca nadie se amó. Nadie y nunca, bien lo sabemos tú y yo. Porque está claro que, para entonces, aunque la lujuria desmañada y zafia aún perma-

necía en el ambiente, había hecho acto de presencia el ángel del amor en nuestro encuentro, en la confluencia de los senderos de nuestras vidas. Te pregunté si veías al querube, y me dijiste que sí, que sí, urgiéndome a que siguiera embrujándote, al haberte atraído con mi fascinante luz fosforescente; caída en la red, querías que terminara la faena, haciéndote mía, ensartándote en la argolla de mi cintura para siempre, cazada perdiz, engarzándote en la corona de mi vida por toda la eternidad.

Cuando inicié la cópula, tras la primera embestida que quise que fuera brutal, elemental y animal, te pregunté si me querías, y, algo dolorida, dijiste también que sí, varias veces, con voz ronca entrecortada por el placer. Ingrávida, eras la fruta madura y henchida, en la oscilante rama del peral limonero, yo desde abajo te comía a dentelladas, hambriento insaciable, gozoso, lúbrico, fauno tuyo, hembra mía primordial, caliente y salida.

Compartimos el orgasmo, tú la montaña cónica y mi glande el fuego, nos transmutamos en volcán furioso, destructor y tremendo, capaz de fundir al mundo y hacer desaparecer la realidad. Gritaste fuerte, y en ese bramido salvaje estaba el sonido de la tormenta

oceánica, el de un trueno con vocación de eternidad y omnipresencia. Sentí la explosión de placer fluir por mis venas, la droga más vital y de efecto más rápido que pueda existir; santo grial de esmeralda, rebosante de licor esencial y prodigioso que apuré hasta la última gota... Y después permanecemos los dos abrazados, sudorosos, cansados y felices, rezumantes, tal queda la arena de la playa cuando se recoge silente y rauda la marea vespertina. Nos sentamos en el lecho, y encendimos sendos cigarrillos, fumando sin hablar y sin dejar de acariciarnos mínimamente en la penumbra que olía a semen y a humor vaginal calientes, amada.

Luego pasaste al cuarto de baño, oí el ruido de la ducha; saliste vestida, un tanto distante, oliendo a colonia fresca, tu pelo brillante por el agua del previo oleaje; de seguro que tu piel aún sabría a sal, podría jurarlo... En el verano, se llevan pocos atavíos, yo te seguía viendo nuda y ardiente, vislumbrando tu íntima condición a pesar de la mendaz apariencia. Tras la leñosa y dura cáscara adiviné tu tierna, jugosa y lechosa condición de almendra blanca y granada, y por eso sé que, estés donde estés, me añoras, mi pobre niña. Entiendo al mundo y sé de sus intrincados vectores, magnitudes y parámetros universales. Ni mi

psicólogo acaba de creermelo, pero sé ver y siento cosas que a otros se les escapan; huelo la muerte acechante y paladeo los amaneceres. Distingo lo imperceptible.

Sé que nunca me olvidarás, y redacto y anoto esto para recordarte, pues no sé siquiera tu nombre, querida. Lacónica, me dijiste el precio, te pagué con creces, abriste la puerta y te fuiste. Atónito, sin tener apenas conciencia de lo que hacía, antes de ducharme y abandonar a mi vez la estancia, prendí otro rubio, y con el mando a distancia puse en marcha el televisor. Vi dibujos animados, mi amor, eran los Simpson...

El Tortudrilo

Un cocodrilo corría escapando de una insistente tortuga enamorada justo encima de la mesada de la cocina de mi casa cuando mi mamá se disponía a preparar un licuado de bananas con leche para tomar a la hora de tomar la leche cuando no se les ocurrió otra cosa que caerse adentro de la jarra de la licuadora justo cuando mi mamá encendía la máquina que todo lo mezcla.

Yo me enteré de eso cuando miré adentro de la taza y me encontré con el Tortudrilo que no era otra cosa que el resultado de licuar juntos esos dos animalitos con bananas, azúcar, leche y un chorrito de vainilla. La tortuga enamorada había protegido con su carapacho y su cariño al cocodrilo y había hecho propio su ser. Su aspecto era muy simple, dentro del caparazón asomaban las dos cabezas las ocho patas y las dos colas, pero no al mismo tiempo, y al mismo tiempo, por encima, incrustadas las rugosidades propias del lomo del cocodrilo asimilado.

No pude evitar preguntar:

- ¿Que cosa sos vos?.-

- Soy una tortuga.- Dijo la tortuga.

- Soy un cocodrilo.- Dijo el Cocodrilo.

- Sos mi cocodrilo.- Dijo la tortuga apretando su mejilla contra la mejilla del cocodrilo.

- Ufa, si, soy tu cocodrilo.- Dijo el cocodrilo mirando por encima de la cabeza de la tortuga.

- Y ahora no te vas a seguir escapando de mí- Dijo la tortuga con una mirada cariñosa.

- Es cierto, - dijo el cocodrilo con un suspiro de resignación - pero ahora que lo miro no hay forma de que nos abracemos.-

- Uy, tenés razón.- dijo la tortuga sorprendida agitando los brazos pero sin hacer otra cosa que palmearse la panza.

- Ni forma de mirarnos a los ojos.- Dijo el cocodrilo y los ojos asombrados de la tortuga se empañaron casi enseguida.

- Ni manera de darnos un beso. - Dijo el cocodrilo y la tortuga se puso a llorar desconsolada. Enseguida la que se puso a llorar fui yo, que me fui corriendo con mi mamá y la abracé y la besé y ella estaba tan sorprendida como yo cuando encontré al Tortudrilo en la taza, y me pareció tan triste que dos seres que se quieren no se puedan abrazar ni besar que no quise volver a mirar adentro de la taza. La leche al final se la tomó mi hermano y a mí nunca más me gustó porque desde entonces le encuentro sabor a lágrimas de Tortudrilo al licuado de bananas.

La Africana

Cada noche al alba me despertaba y ya no podía conciliar de nuevo el sueño, era un sufrimiento continuo. Algo que no sabía como solucionar. La gallinacea comenzaba a graznar con los primeros albos y sus cánticos eran como los ruidos de una puerta sin engrasar que alguien con muy mala saña estuviera abriendo y cerrando sólo para molestar; pero desgraciadamente no era una puerta, era mi gallina africana o guineana.

-¿Qué son estos bichos? -le pregunté a la vendedora de gallinas, palomas, conejos y canes, que exponía su tenderete en la feria del pueblo.

-Son gallinas, señor.

-Pero son muy pequeñas, parecen perdices.

-Son gallinas, señor.

-¿Y ponen huevos?.

-Con yema amarilla y todo, señor -contestó la fémima irritada, a punto de mandarme a hacer

puñetas. Yo fingí no enterarme de su mala uva y continué incordiando:

-¿Cómo cantan las gallinas guineanas? -le pregunté.

Ella me miró con desdén y tras un largo silencio me dijo: ¿Usted es un cachondo, verdad? -Me contestó dándole señas a su compañero, un mocetón grandote y mofletudo, colorado hasta las orejas.

-Son gallinas como las de aquí, amigo -Me espetó el rústico protector de la dama con mala cara, adelantándose a ella, para intimidarme.

-¿Y si son como las de aquí, para que las traen de allá? -Le dije yo a mi vez, entrando en la provocación. Yo solo quería información, pero aquella gente no quería aceptar mi ignorancia en temas para ellos tan sencillos.

-¿Usted quiere comprar gallinas o viene aquí a marear la perdiz... ?

-Está bien, advierto que usted no está hecho para esto, para la venta (aclaré inmediatamente, antes de

que el tipo me arreara un bofetón) -le dije, para demostrarle que yo sabia más que él del arte de la venta- ¿Cuánto vale cada una de estas gallinas?

-Seiscientas pesetas.

-¿Y las españolas?

-Las españolas a quinientas pesetas.

-¿Ve usted como no son iguales que las de aquí? Para empezar ya son más caras y seguro que comen más.

El hombre comenzó a resoplar como un búfalo y se fue a apoyar en unas jaulas que había amontonadas un poco más atrás.

-Atiéndele tú o voy a hacer una desgracia -le dijo a su compañera. Yo lo estaba pasando estupendamente, dominaba la situación sin alterarme para nada; aquella pareja no tenía el más mínimo fuelle, quiero decir que les faltaba rodaje, vamos, que lo suyo no era el comercio. Eran dos seres únicos que seguramente no deberían haber salido nunca de su granja.

-Deme una guineana y no se hable más, su marido me ha convencido y creo que es una buena inversión -le dije.

-Será mejor que se lleve dos, una pareja.

-Está bien, póngame una pareja.

Se me ocurrió preguntarle que comían las guineanas. Pero no lo hice, no quise seguir pinchando a aquella pareja de ejemplares únicos totalmente desprovistos de sentido del humor y del comercio, según mi indiscutible punto de vista.

Las guineanas eran tan bonitas como salvajes. Cuando llegué a casa me apresuré a sacarlas de la caja de cartón para introducirlas en el gallinero con las demás. Las otras no las aceptaban, las picaban sin compasión; pero con el tiempo se acostumbraron a su presencia y aunque ni el gallo se les acercaba la convivencia entre ellas no era conflictiva. Una de ellas murió al poco tiempo y de la otra deseé su muerte día a día durante todas las madrugadas que siguieron hasta hoy.

Si andaba suelta por la huerta, al detectar cualquier movimiento salía corriendo sin rumbo y emitiendo unos ruidos desgarradores que alborotaban a todos los demás inquilinos, principalmente las españolas, que habían acabado por aceptarla en la comunidad de gallinas como una ponedora más. Y si estaba encerrada echaba a volar dentro del gallinero alterando a sus compañeras y llenando de plumas todo el entorno.

Los perros que moraban al lado la contemplaban nerviosos sabe dios con qué pensamientos, y mi mujer me decía a cada vez que había que buscar una solución para ella, para la africana.

Yo no sabía qué hacer. La condenada crecía y crecía hermosa como un pavo real y graznaba como un berraco sin control cuando se le antojaba.

A las seis de la mañana cada día desde la cama oía: rcá rcá rcá... Y después el codazo de mi esposa en los riñones seguido de un: ¿Estás oyendo?

-Sí.

-Hay que hacer algo o nos van a denunciar los vecinos.

-Está bien.

Pero la condenada Africana no se callaba, y mi esposa comenzaba a soplar.

-¿Quieres que la sacrifique y la comemos? -Le preguntaba.

-No, quita, quita ¡Qué asco!

-Puedo echarla al campo, fuera de la finca y que se busque la vida.

-¡Quita, quita! Igual no se va de ahí y nos denunciarán igual de todos modos.

Cada día que pasaba me decía, tengo que buscar una solución para la africana pero no hacía nada, no sabía como solucionarlo.

Anteayer al medio día escuché mucho escándalo en el gallinero, pero no hice caso hasta que vi llegar al gallo corriendo hacia mí. Corrí presto hacia el gallinero; los perros no ladraban y eso era un mal presagio.

Yan, la perra, que tiene un oído muy fino, debía estar más que harta de escuchar cantar a la africana y había pasado a la acción saltando la red e introduciéndose dentro del gallinero. Cuando llegué le estaba dando un escarmiento. Pobre africana mía, estaba acurrucada, callada y quieta en un rincón medio escorada hacia un lado. La cogí temeroso de que estuviera grave, la miré por todas partes y salvo la punta de un ala que tenía algo caída, no parecía tener nada grave. Me alejé del lugar con ella en brazos después de atar a la agresora. La dejé en el suelo mientras fui en busca de algún utensilio cortante para acabar con sus sufrimientos.

No encontré nada mejor que un cuchillo y volví al lugar donde la había dejado pensando en la manera de acabar con su agonía. Una vez vi a un pollo que después de cortarle la cabeza seguía corriendo manchándolo todo a su paso hasta que cayó. Aquella imagen me atormentaba, y no me creía con valor para cortarle el cuello a mi africana. Pero tampoco podía dejarla allí sufriendo. Mi mujer y mis hijos se habían parapetado en la cocina y no querían saber nada del asunto. Sin saber como acometer mi "gallicidio" camine con el cuchillo en la mano dispuesto a acabar con su sufrimiento, pero al verme llegar la africana

salió corriendo como en sus mejores tiempos y yo respiré tranquilo y feliz, no tendría que matarla, sólo estaba asustada.

-¿La mataron los perros? -me preguntó mi mujer.

-No.

-¿La mataste tú?

-No.

-Pues ojalá la hubieran matado, porque vaya con la gallinita, cualquier día vienen los vecinos con la policía.

-Pues se la damos y que se encarguen ellos de ella-
Le respondí y salí de la estancia. No quería seguir hablando del asunto.

Esa madrugada no cantó la africana. Al amanecer fui a verla al gallinero. La pobre estaba tiesa como un palo. Una o varias ratas le habían comido media pechuga. La envolví en unos periódicos, hice un agujero y la enterré. Me dio pena que tuviera que morir de esa manera. Era pesada con sus desafinados cánti-

cos, bajo mi punto de vista. Pero una muerte así no se le desea a nadie, por mucho que desafine. Puse veneno oculto por todas partes y ahora aparece cada día una rata muerta aquí o allá. ¿Sabrán ellas que esa es mi venganza por haberse tomado la libertad de cumplir mi oculto deseo?

La Pequeña tienda del amante del té

Peter Gardneer era una persona muy sencilla. Esto no quiere decir que no fuera inteligente, sino todo lo contrario: era un hombre que disfrutaba con la simplicidad de la vida. Su única ambición era el té. Conocer el té, vivir su vida como si fuera una taza del líquido excitante por excelencia (y que, como éstas, dejara algunos posos en el fondo cuando su vida acabase). Un hombre casi transparente, con ciertos matices ambarinos, con un sabor delicadamente sutil; y al despedirse, una nueva visión del mundo cada vez. Estas visiones podían ser semilla de un deseo de emprender y derrochar creatividad o fundirse en una melancolía y época contemplativa sin igual, pero todas tenían algo, lo más bello, en común: lo vivido no era una cuestión pasajera y superficial; en lugar de esto, se adhería a tu propia persona como si siempre hubiera estado ahí, deseando haber visitado a aquella tiendecita de tés para poder activarse.

Orondo, bajito y algo de pelo canoso, así era por fuera Peter. El hecho de que su cara fuera muy redonda no parecía síntoma de obesidad, pues en toda ella residía una sonrisa permanente, unos ojos extraor-

dinariamente comprensivos y un charlatán sin igual. Sus gestos espontáneos y pausados, mezclados con su tranquilidad... y su voz. Sus viajes alrededor del mundo en búsqueda del té perfecto habían imprido en su voz una musicalidad y fonética que transportaban al oyente al lugar que él deseara, matizando su habla de forma que pareciese un nativo de la zona en la que discurría la acción de su relato.

Porque descubrió que era esto lo que él había deseado toda su vida sin saberlo: contar relatos.

Desde fuera, la tienda del amante del té parecía una casa especial, antigua, podría decirse abandonada, pero no un establecimiento comercial. La magia que había en el mismo color verde de las puertas, y la forma en que este color se descascarillaba poco a poco, impedían a las personas ajenas (y a los amigos) pensar en aquel lugar como un ente generador de riqueza monetaria. Al entrar, la falta de luz y el olor a madera vieja iban diluyendo la realidad de antes de cruzar, transportaban al intruso, y a los latidos de su corazón, a un mundo distinto, un mundo en el que cada matiz, cada detalle estaba amplificado por muchas veces.

Teteras y kettles de todas las formas imaginables, cada una de ellas en varios colores, materiales y tamaños. Tés de todas las partes del mundo, traídos por el mismo Peter en sus viajes. Artilugios más o menos conseguidos para hacer un té de forma automática --artilugios que él nunca usaba, ya que se sentía inútil cuando no estaba haciendo té, o hablando-- , té en bolsas de seda, té en papel, de hoja entera, arbustos de té, ropa hecha de té, incluso llegué una vez a pensar que las puertas y la mesa estaban hechos con arbustos de té. Al fondo, una habitación algo más amplia, pero con el techo más bajo que el resto, en la que siempre y solo había una tetera recién vertida en la cantidad justa de tazas para los amigos que hubieran entrado por la puerta. Y es que todos los que entraban en la tetería eran amigos de Peter, pues consideraba amigo suyo a cualquiera que, según decía, pudiera haber atravesado la prueba de franqueza y bondad que era su tienda. Esta habitación era la parte más importante de aquel museo, desde cualquier rincón de la tienda se podía observar la mesa y los bebedores de té que estuvieran allí en ese momento, pero no sucedía al contrario: cuando se estaba dentro, a no ser que Peter interrumpiera su relato para mostrarnos algún recuerdo que estuviera colgado en otro lugar, no se veía el resto. Lo único era la

voz, los ojos y el mundo en el que él vivía. Un mundo sin frenesí, sin estrés, tan solo historias vividas en otra época, cuando la gente aún tenía que viajar un año para llegar a Ceilán.

Las primeras veces que fui, Peter derrochaba expresividad en sus gestos, a menudo se ponía de pie para explicar los vericuetos de una escena, y nos hacía partícipes de sus aventuras. Estas eran viajes, idas y venidas casi imposibles. En algunas ocasiones, en medio del relato de una travesía, la parte que más me fascinaba: comenzaba a tejer hilos de irrealidad en sus cuentos, mezclaba tan íntimamente realidad y ficción, que lo que contaba podría haber ocurrido en su totalidad. Y, como decía, aunque lo que nos relataba entonces era solo un cuento, podría haber sido una vivencia más, y este pequeño matiz (que fuera realmente real) era totalmente inverosímil. Su energía parecía agotarse a medida que las personas que le visitaban la ganaban. Yo cada vez me encontraba más pleno, cada visita me hacía ser más persona, más humano. Y él comenzaba a marchitarse. Bromeaba a menudo y decía que cuando se secara del todo, hiciéramos un té con sus restos y lo bebiéramos como ritual para iniciar una nueva religión. Las historias cada vez más densas, menos viajes y más matices, más

sentimientos y los que iban, cada vez menos personas, aprendían mucho más de la vida en unas horas que muchas gentes en su vida entera. Y al despedirnos, siempre repetía que no contáramos a nadie las cosas que nos había contado, que era un secreto de amigo, y así lo hice.

El señor Gardner murió hace ya mucho tiempo. Nadie le recuerda. Creo ser el único que lo hace y pronto moriré, por eso publico lo poco que queda en mi memoria sobre él. Lo que sé es que su tienda nunca ha sido restaurada, ni demolida. A menudo sueño que vuelvo a visitarlo, y que aún está en su tienda. Si os fijáis con atención en las calles estrechas, en una esquina olvidada en la que hay una pequeña puertecita de madera y, con suerte, verde, quizá podáis entrar en una realidad distinta a la que vivís cada día. Aunque su cuerpo haya muerto, su alma permanece intacta en cada pliegue de aquél museo, hasta que dejen de existir personas buenas en el mundo.

EL ASESINO

El cuerpo fue pintado al óleo con varios colores, para pensar que era un asesino de quinta categoría. Pero no por demás para dejar de pensar que no era obsesivo, matón peligroso. La joven de no más de veinte años fue encontrada boca abajo en medio de las piedras de la loma suroccidental y en la autopsia se determinó una sobredosis que podría ser, aunque no del todo la causa de la muerte.

El cuerpo que yacía a dos metros de la carretera fue levantado por los guardias y parecía muy poco el tiempo transcurrido entre la muerte y el descubrimiento del cadáver.

No ate mis pies al árbol, porque escribe en mi cuerpo.

Eran las siete de la noche y salí del colegio iba caminando por la cuesta para llegar a la invasión donde me esperaba el tipo divino, del parche, que conocí allá en la tienda del colegio. Llevaba tres paquetes de galletas para cada uno de ellos y me encontré, adivina con quién, con un tipo que me dijo, oye, Sandra

que no me conoces, yo me extrañe enseguida de que dijera así, sin ton ni son mi nombre, no vi su rostro, el tipo se vino detrás de mí y al ver mi indiferencia seguramente se enfureció, yo camine más rápido iba en la mitad del camino, alcance a medio tropezar con una piedras, pero gracias a Dios no me dí un tortazo de esos que con tan mala suerte le puede dejar medio torcido.

No ate mis pies al árbol, porque pinta mi cuerpo.

El tipo dijo algo así como nena, no corra que no le voy a hacer daño, pero yo definitivamente le mande a comer mierda, eso resultó un poco del susto que llevaba carcomiendo dentro, pero nada el tipo seguía así, y los pasos se me hacían mas cortos. ¡Eh! le dije, cree que me da miedo, vaya a joder a su madre. El tipo intuyó mi terror y dijo que no, que lo único que quería era librarme de cualquier vándalo de esos que subían por la cuesta, yo realmente tenía los pelos de punta y me temblaba hasta la punta del alma y bueno. Paré, entre el sudor y el frío de la noche alcancé a ver la luz de la cancha de futbol, pronto estaría, con Beto, Juancho y el pendejo del Pepe por quien se me caían las babas.

Mire, por favor, qué me hace.

Ahora no se mueva, quédese quietica, y espérese. Solamente quiero pintarle unas cuentas cositas así, a la luz de la luna, así tiernamente, no es nada del otro mundo espere saco el pincel, tenga paciencia.

La cosa es que si no se está quietica como quiere que esto sea una obra maestra, y si, deje de gritar, sea menos lugar común, bueno ya voy a empezar por la espalda, así un lienzo fino jamás visto en estos sitios, ni en las colinas del norte, ni en la cuevas del sur, aquí va una ola que refrescará su cuerpo, aquí unas cuantas gaviotas, aquí el color de la noche absorbiendo el mar, pero eso sí, así quietita, mijita, el brazo será una ancla, ahora, la pierna será, la palmera, sabe el color azul le sienta perfecto, porque como usted es bien blanquita, eso si parece alimentada con leche y con avena, si porque piel así no se encuentra por estos lares.

Tengo ganas de escupirlo y no puedo.

Interesante es que no se moviera tanto, así quédese, con esa batita que no le tapa nada así es más fácil, la pintura creo, es suficiente y traje tres cuatro

pinceles para el grosor de las líneas. Ahora mijita sabe una cosa, cierto que adivine su nombre, cierto que usted va pa' donde unos muchachos, y que usted esta como medio tragada por el chino ese el Pepe. Bueno mijita sabe que creo, que usted se quedó dormida y se metió en donde desafortunadamente no debía, mejor dicho en el sueño de un asesino que soy yo. Y usted sabrá que asesino que se respete es como el pintor que empieza su obra y no deja la tela a medias, verdá, mijita, déme la razón, miré yo soy así y aún más, quien la manda a quedarse dormida en la buseta y a meterse donde no le importa...

Pepe me esta esperando y los muchachos pensarán que soy una faltona y si, así como decía mi madre tal vez necesite mas vidas que un gato para contarles lo que me pasó.

GHA

Es Gha el lugar y tiempo que solo existe en uno solo, la concentración de todo lo que es y de lo que no es, donde se encuentra todo para dar forma y vida inimaginable etérea e intangible, no puede pensarse en Gha como algo, ya que lo es todo y no es nada, todo está ahí, sin embargo no está en ningún lado, no tiene límites físicos o gráciles, lo más cercano a una descripción sería quizá como un ente quimérico labrado por la concordia de la vida diseminada en todos sus rincones y alimentada solamente por la danza de Shiva, a través de cualquier presencia de energía, sin ocupar tiempo ni espacio, grilletes que sostienen la razón humana de la borrasca de la realidad.

En una diminuta convergencia de Gha ha aparecido una realidad alterna capaz de ser divisada en la razón, basada en intrascendentes percepciones como el tiempo y el espacio que permiten a estas entidades tener consciencia de su propia existencia permeada ante la evidencia de su propia representación cognitiva de la realidad, narrada lineal y unidireccionalmente en la memoria colectiva de su género, peculiarmente efímeros Sestros han concebi-

do diferentes concepciones no lineales en parajes y momentos divergentes porfiando su esencia, éstos Sestros han sido concebidos bajo la luz de la razón individual, dotados o desposeídos de la avenencia de la memoria colectiva, aglomerando sus propias percepciones como únicas y primarias, pero que sin embargo siempre han existido de forma similar, si bien es cierto que la percepción individual ha permitido a estos Sestros manipular de forma aislada la disposición humana y desvincular las siderales cadenas energéticas de Gha de la presencia terrenal propia, han de tomar a cambio la desventura de desairar las condiciones que permiten el auge de la híbrida memoria colectiva, producto de las instintivas gestas sentimentalistas que dan a esta raza su condición de ser humano.

Ha decir de los Sestros, su reincidente existencia es acompañada de seis elementos que conjuntamente con el Sestro formarían geométricamente un pentágono atravesado por dos diagonales girando eternamente dentro de Gha en lo que una deficiente analogía pudiera compararse con los latidos del corazón de cualquier ser vivo. Dos de estos elementos representan un lado del Sestro y exploran lo mejor de él, compartiendo beneficios que propician el desarrollo

cognitivo y la sana armonía de Shiva, ubicados en los 2 lados a la derecha del pentágono; otros dos elementos, representan los instintos terminales e inmolares del Sestro, que han desencadenado penosos actos repulsivos antinaturales que violentan el ritmo que yanta a Gha, encontrándose en ambos lados izquierdos del pentágono; por último los dos elementos restantes, representan la mística del Sestro, la forma en que éste alimentará a Gha en sus cadenas energéticas y que se encuentran representados por las diagonales del pentágono, que indican caminos diferentes que se alejan cada vez más uno de otro y que tienen como destino jamás volverse a cruzar.

El Sestro que he conocido reincide su existencia en estos momentos, equiparables con la noción humana de tiempo y espacio, la esencia de este Sestro, al que sin razón lógica aparente llamaré Ark, es la del caminante herrante, en busca de los seis elementos restantes para poder alcanzar la cadena energética correcta. El primer elemento encontrado ha sido lcz, que en esencia es un aldeano que ha acompañado a éste Sestro eternamente y que en su reincidente existencia, siempre es el primero en aparecer, este elemento compone el lado derecho del pentágono y siempre ha estimulado a Ark hacia la concepción de valo-

res; Icz comparte en cada ensueño la vida de Ark desde la infancia hasta su edad adulta retroalimentándose con Ark de indeterminables impresiones adoptadas de la realidad, el segundo elemento en aparecer en este núcleo ha sido Mid, la medusa que se encuentra en el lado izquierdo del pentágono y que ha mostrado a Ark sus límites mundanales, así como sus secuelas, aclarado sea que Icz siempre ha rechazado a la medusa y la ha ahuyentado cada vez que aparece en su búsqueda inpercedera; con la consecuente desaparición de la medusa, atraviesa en la vida de Ark, el tercer elemento, Kredt, concebido esencialmente como el arquero, singular ser con impresionante cúmulo de impresiones individuales, las cuáles comparte con Ark e Icz, trazando así una línea más a la derecha del pentágono de diferente convergencia y fomenta en Ark la fuerza y la persistencia, he de mencionar aquí que la esencia misma del pentágono que a su vez nutre a Gha es definida directamente por la percepción acumulada del Sestro como producto de las diferentes fusiones sensoriales y perceptivas interpretadas de él mismo y que está dada a su vez, de la interacción sensorial de los elementos.

Ha comenzado en el Sestro Ark a abrir la percepción que da la suma de los elementos cuando ha apa-

recido el cuarto de ellos, es Zia la princesa concebida en sueño, quien traza una de las diagonales del pentágono, fraterniza con Ark en una amistad solidaria e impulsa las nociones emotivas del afecto, la ternura y la estima, naturales de los Sestros. Es en este momento que narro cuando todo hace parecer que ha aparecido un elemento más del pentágono, indeterminado aún, sólo han quedado dos posibilidades, por un lado el ángel kely, emanado de una realidad alterna capaz de dotar con su trazado las percepciones emotivas, que desarrolladas en un Sestro suponen la autonomía del ánimo de sus condicionamientos dogmáticos, por el otro, Obit el dragón que ha surgido de la quimera, tiene como destino proveer al Sestro de las percepciones propias de las imprecisiones producidas por el más grande grillete, es el miedo lo único que puede matar a un Sestro y la razón de la existencia de Obit.

Durante siglos, los Sestros han determinado el destino de la humanidad en distintas vertientes, en ocasiones dotando a la historia humana de sus capacidades cognitivas asimiladas en el desarrollo de la armonía de Shiva, en otras, exponiendo las vergonzosas bajasas de los instintos humanos, producto de la agoría sestral derivante del miedo en sus reincidentes

vidas. Ha sido Ark el Sestro remitido a este mundo, y de cuyas percepciones depende la estabilidad del pentágono para que nutra o envenene mediante sus cadenas energéticas a Gha, de cualquier forma el universo se tambalea ante la interacción de los elementos, es el angel quien ha de proveer las capacidades cognitivas y la consiguiente conservación armónica de la raza humana, más ha de perecer ante la mirada del dragón quien fundamentará el temor en la percepción real despojando al género humano de valor individual.

PARAGUAS

Por segunda vez en la mañana, empujó el portal de la oficina y salió a la calle. Afuera seguía lloviznando, el cielo estaba gris y neblinoso, y el ambiente olía a humo de coche y a ciudad. Era la hora de comer, y salía todo el mundo a riadas del edificio de las oficinas, riendo y desfogándose como niños a la hora del recreo. Sacó su paraguas, un paraguas pequeñito, de bolso, moderno, de los que se abren apretando un botón y -oh, novedad- se cierran apretando el mismo botón. Se sintió un poco Mazinger Z, misiles fuera, cuando lo apretó: flop! y el paraguas, obediente, se abrió ante ella.

Entonces miró a su alrededor, y vio a los colegiales de oficina al completo abriendo paraguas, como si aquello fuera un ritual, un paso de baile ensayado, un gesto estudiado, coreográfico, un signo más de convención social, como la risa, o un saludo, o la corbata de diseño.

De repente, todo se llenó de colores.

La acera era un río de paraguas, unos bajaban, otros subían, algunos solitarios, otros en grupo, unos más grandes, otros más pequeños. Los paraguas de ciudad, se dijo, son un poco como los perros urbanitas: por el perro se sabe cómo es el dueño.

Entonces pensó en lo ridículo que era un ser humano bajo un paraguas. Algo absurdo, algo parecido a una seta andante. Se paró a contemplar y saborear ese pensamiento. Por lo general no se paraba a pensar cuando salía de la oficina para comer - nadie se para a pensar cuando sale de la oficina para comer, demasiada angustia vital- así que había que aprovechar ese estado de gracia y repentina lucidez. Porque la contemplación tiene algo de inspiración, surge de pronto y hay que saberla aprovechar.

Así pues, contempló, y pensó: qué ridículos somos los humanos.

Un paraguas. ¿Alguien ha visto alguna vez algún animal tapándose con algo de la lluvia? Y sin embargo, ahí estaban todos - se incluyó- debajo de un chisme redondo que impedía verles las cabezas. Pies, tronco y paraguas: una especie nueva.

En un gesto de defensa de la dignidad perdida, cerró su paraguas, lo guardó y disfrutó intensamente de verse quieta en la acera, molestando consciente y concienzudamente a los viandantes que chocaban sus ciegas y redondas cabezas de colores contra su cuerpo inmóvil. Rió para sus adentros, empapada, pensante, divertida.

En una ciudad en la que llovía poco, o a ratos, como la suya, el paraguas era algo accesorio, casi un

adorno. En una ciudad como la suya, los niños no llevaban paraguas al colegio, y si lo llevaban era a regañadientes, mamá no quiero, mamá es un estorbo, me gusta mojarme, mamá pesa. Hacía poco tiempo había estado en una ciudad donde el paraguas era una prolongación del cuerpo de sus habitantes. Los niños iban al colegio con su paraguas colgado del brazo, y ni se les pasaba por la cabeza pensar en no llevarlo. Era como llevar el reloj, o la cartera. Recordó aquella imagen de unos chavales de doce años, cada uno con su paraguas colgado del brazo. Una imagen impensable en una ciudad como esta, en la que un niño con doce años y un paraguas de asa colgado del brazo sería el más impopular de su clase, el hazmerreír de las niñas, el horror más absoluto. Ser el más guay implicaba, como poco, mojarse...

- Pero bueno, ¿qué haces? ¿estás loca?

"Cállate, estúpida y déjame, que estoy pensando".

- Estoy esperando a un amigo, he quedado con él para comer.

- Pero mujer, entra en el portal que te estás calando...

"Vete, pesada, y déjame tranquila, ¿no tenías que irte a nosedónde?"

- No, deja, si no me importa, tampoco llueve tanto.

- Venga, que ya abro yo el mío, hija, que no sé cómo aguantas.

"Que se vaya, que se vaya, que se vaya"

- ¿Oye, y quién es, le conozco? Podías presentármelo...

"Falsa, hipócrita, no sonrías, si te caigo fatal, si estás conmigo por si llega Alberto y se me acerca, falsa, más que falsa, que si pudieras me clavabas el paraguas en el estómago, y además explícame ahora mismo por qué llevas ese espanto de paraguas, a mí ni te acerques, ni lo abras, que yo no espero a nadie, que no quiero que me tapes, que me dejes, que me quiero mojar, que te vayas, quítame eso de encima, que no, que no quiero meterme en el portal, que lo que quiero que me dejes pensar, para una vez que estaba pensando, porque estaba pensando en lo ridículos que somos, tú sobre todo, con ese paraguas, así

que déjame, olvídame, que no espero a nadie, que te van a dar las uvas, que Alberto no va a bajar..."

- Hola chicas.

Alberto surge de la nada envuelto en su aura habitual de almibarado encanto. Abre con gesto resuelto un mini-paraguas negro del tamaño de su móvil último modelo. Un paraguas negro con brillos, a juego con sus propios resplandores, que ahora las iluminan desde su sonrisa lustrosa de fin de mes.

- ¿Vais a algún sitio, os llevo?

"Se muere, esta se muere, le va a dar algo. Va acabar metiéndome una varilla en el ojo."

- ...yo es que estoy esperando a un amigo. Pero a "ella" sí que puedes llevarla, que ha quedado por el centro, ¿verdad?

Adiós, adiós, queridos. Perdóname Alberto, si puedes, porque yo ya sé que lo último que quieres es acercarla a ella al centro, pero a mí es que me ciegan tus resplandores, y no tengo unas gafas de sol lo suficientemente gruesas para no verte. Y tampoco qui-

siera cerrar los ojos del todo, aunque a lo mejor era la única manera de verte tal y como eres. Pero entonces tendría que taparme los oídos también, a ver si por dentro te fluye algún tipo de conversación silenciosa y desconocida que hasta ahora se me escapaba y que pudiera atraparme; tu ego grita tanto últimamente por los pasillos que no me deja oírte en condiciones...

Qué quieres, Alberto, yo puedo intentar colgar el abrigo en el perchero en vez de en el respaldo de la silla, puedo prometerte tener las cosas relativamente ordenadas, puedo incluso traerte un café de vez en cuando, pero acompañarte... acompañarte no. Y menos con ese paraguas diminuto, que te hace la espalda deforme, que un día te va a dar algo con tanto gimnasio y tanta piscina. Acompañarte no, Alberto. Con la buena pareja que hace tu paraguas con el suyo, su paraguas matriarcal y protector, paraguas omnipresente en sus fucsias y naranjas, paraguas todopoderoso que te acoge bajo su manto y te empequeñece, Alberto, porque tú no te has dado cuenta pero tu paraguas ha desaparecido inevitablemente debajo del suyo, y es que da gusto veros desaparecer calle abajo, insólita seta de colores en la uniformidad del bosque, engendro andante de cuatro patas, uno, dos, uno, dos, extraña especie, envidia de los expertos, y yo aquí empapada, sonriendo, sin comer y sin paraguas...

Mientras tanto

*"Mientras tanto, sus heridas se curaban con el
cariño de otras manos que se dejaban querer"*

Silvia López Insua

A pesar de estar comiendo crema de cacao Tanya usa un cuchillo de carne, de esos que tienen el mango de madera y la hoja puntiaguda y aserrada. Ismael la observa untar la crema sobre cuadraditos de pan de molde y sobre galletas redondas con las que hace dulces bocadillitos. Él no come. Sentado a los pies de la cama sólo la observa. Tanya está junto a la almohada, con las piernas cruzadas. Ha extendido una toalla sobre el edredón y allí ha colocado el pan, las galletas, el bote de crema de cacao y el cuchillo. Ismael piensa que aquello es como un picnic en la cama de Tanya. Piensa en Sandy. Ojalá esa cama fuera la cama de Sandy. Pero a pesar del repentino recuerdo, se siente bien con Tanya, se siente a gusto, cómodo, relajado. Los ojos de ella, de un negro profundísimo, lo miran mientras chupa el cuchillo apurando los últimos restos de la sabrosa crema. Tanya se introduce el peligroso cuchillo en la boca, casi hasta la empuña-

dura, cierra los carnosos labios y tira suavemente de él hasta sacarlo por completo. Ismael queda fascinado con ese acto sutilmente morboso y sensual. Hazlo otra vez. ¿El qué? Eso, chupar el cuchillo, hazlo otra vez. Tanya se introduce de nuevo la afilada hoja en la boca y vuelve a sacarla despacio mientras mira fijamente a Ismael. Después, como regalo adicional, coloca el cuchillo delante de su cara en posición vertical y lame la hoja con una lengua que Ismael guarda para siempre en su mente como una fotografía. Los negros ojos de Tanya bizquean cuando miran la punta del cuchillo y se vuelven lascivamente profundos cuando apuntan hacia los de Ismael. A Tanya la lengua se le mancha de marrón.

Mientras tanto, Elisenda se afana en tener atendidos y contentos a todos los clientes. Su piel negra reluce con mil tonos de sudor caoba bajo las luces de colores que se mueven de un lado a otro sobre la pista de baile. Cuando los clientes le dejan un respiro, Elisenda apoya los codos en la barra y charla un rato con su amiga Emma que, agarrada a una botella verde, le cuenta de mal de amores. Le habla, más concretamente, de Daniel. Ya sé, chica, ya sé, pero es algo imposible, sabes perfectamente que Daniel está loco por Tanya, seguro que ahora está con ella.

Elisenda le dice que no hay nada imposible, que la mire a ella: muriéndose por los huesos de Ismael y éste ni caso, y ella ahí, tan tranquila, esperando que surja el momento más adecuado. La paciencia, hija, la madre de las ciencias. La pobre Elisenda aún no sabe que hasta la paciencia tiene un límite. Ciro, sentado en el otro extremo de la barra, mira el cuerpo de Elisenda que, acodada en la madera con la espalda arqueada y el prominente trasero enfundado en una minimísima falda negra, parece una ese mayúscula. Una ese en negrita. Ciro fantasea, entre sorbo y sorbo, con que ese cuerpo es el cuerpo de Gloria, la ex de Daniel. Gloria es deliciosa y Ciro no puede entender cómo Daniel ha dejado escapar un bombón así. El pobre Ciro aún no sabe que hasta los bombones se pudren con el tiempo y que hasta el amor se puede tornar hastío o incluso odio. Pero no es el cuerpo de Gloria el que está allí, sino el de la negra Elisenda. Ciro piensa que, a estas horas de la noche, Gloria estará insinuándose al bueno de Patrick, pues ella misma le ha confesado, en un inesperado rechazo hacia él, que su corazón pertenece a Patrick. ¿Qué hace Ciro ahí, ahogando las penas en el alcohol?, ¿acaso espera que Gloria venga a consolarlo? Ahora Emma y Elisenda ríen al fin, aludiendo a la rima de los nombres bíblicos de sus dos platónicos amores: Ismael y Daniel. ¡Ay, qué duro es el amor no correspondido!.

Mientras tanto, Sandy se remueve en el viejo sofá y cambia de postura mientras mira distraídamente a la pantalla del televisor. Sus ojos están fijos en un tipo con barba que se cree muy gracioso pero su mente deambula por otros derroteros y ni siquiera escucha la cuantía del premio final del anodino concurso. En ese momento sólo escucha el sonido de algún coche que pasa, el crujir del sofrito al fuego en la cocina, el confuso ir y venir de sus propios pensamientos. Sandy no puede parar de pensar en Ciro. Ya sé que a él le gusta Gloria, pero ella no le hace ni caso, yo creo que Gloria aún se acuesta con Daniel, aunque ya no vivan juntos ni sean novios ni nada de eso, pero no está enamorada de él como yo, Ciro debería fijarse más en la gente que de verdad lo quiere, como yo, por ejemplo. La pobre Sandy aún no sabe que uno no siempre quiere a la persona con la que duerme y que para fornicar no hace falta hacer el amor. Patrick mueve el sofrito de ajos, cebolla y pimientos con una cuchara de madera y le comenta a Sandy que quizás es ella la que debería fijarse en la gente que la quiere y olvidarse de un amor imposible como el de Ciro, que no desespere, que sabe de buena tinta que Ismael estaría dispuesto a todo por ella. Busca a Ismael, compréndelo, acepta su cariño y olvida a Ciro, mujer, que no me gustaría que acabases como yo. Patrick se re-

fiere a la desesperación de su propio desamor, pues él ama a Elisenda y es evidente que ésta no lo ama a él. Patrick podría estar ahora mismo mirando su esbelto cuerpo negro detrás de la barra, contemplando sus ojos hechiceros o deleitándose con sus sensuales labios, pero él sabe que ésto sólo le haría sufrir más, así que sacrifica ese espectáculo para invitar a Sandy a cenar y charlar un rato con la que considera su amiga. Sandy mira al televisor aburrida mientras Patrick hace la cena. Le echa todos los ingredientes afrodisíacos de que dispone.

Mientras tanto, Daniel, sentado en la taza del váter, mira las gotas de vapor resbalar espejo abajo en una asimétrica carrera en la que unas unen sus caminos para llegar antes a la meta y otras se bifurcan separando, quizá para siempre, sus destinos. Gloria ha quedado en la cama, agotada después del acto amoroso. Sumida en la semiinconsciencia que hay entre la vigilia y el sueño, su mente se pasea por dulces sensaciones dictadas por los últimos estertores del placer sexual que aún reside en su cuerpo. Con la caprichosa entrada del subconsciente en el primer desdibujado sueño, Gloria recoge estas dulces sensaciones que son ya casi un recuerdo y las pega en la figura de Patrick, que se le aparece, en una historia en blanco y negro, arrullándola y acariciándole el pelo

como a una niña pequeña. Gloria se acurruca en un fetal gesto y, bajo las cálidas sábanas, se deja abrazar por un Patrick que no es más que eso: un sueño. Daniel se siente tan relajado, tan cansado, tan físicamente saciado, que nota cómo se le entumecen las piernas. Pero no se mueve, se queda quieto pensando en lo que acaba de hacer con Gloria y en que ha sido mucho mejor que cuando vivían juntos. Piensa que, a pesar de todo, todavía existe mucho cariño entre ellos, no amor, pero sí cariño y comprensión. Mira al empañado espejo y se dice que hace bien, se pregunta si cada uno se forja su propio camino o, por el contrario, existe un destino predeterminado para cada persona y, en este caso, todo lo que hacemos lo hacemos bien y no es posible cometer errores. Mira al espejo buscando en los caminos de las gotas de agua su propio destino. A él le gustaría que fuese Tanya la que está ahora en la cama pero sabe que eso es imposible, así que, a veces, se acuesta con Gloria, cuando coinciden en algún lugar y hay necesidad. Demasiados deseos enfrentados, demasiadas contradicciones que lo sumen en un estado de extraña confusión. El pobre Daniel aún no sabe que a veces, el amor se nos presenta sin avisar y nosotros, mientras tanto, no estamos con quien queremos estar sino con quien se deja querer.

Lucía

Santiago reservó mesa para trece en 'La Sandalia de Esparto', para cenar el viernes por la noche. Santiago era bastante supersticioso y lo del número trece no le hacía ninguna gracia, así que le sugirió al jefe que si podía invitar a su primo Leo, pero el jefe no aceptó. Decía que era una cena especial y que no podía ir nadie ajeno al grupo. Al principio, los de la posada le pusieron algunas pegas, porque no solían reservar para tantas personas los viernes, pero dijo que era amigo de Mateo, el cuñado del dueño, y finalmente accedieron.

'La Sandalia de Esparto' era la posada de moda a pesar de ser un poco caro. Preparaban unos platos de cordero que eran la ostia y sus postres eran conocidos en toda la región. Además de la exquisitez de sus platos, 'La Sandalia...' ofrecía música en vivo durante la cena. Un cuarteto amenizaba las veladas con música ligera y, cuando todo el mundo estaba achispado por el buen vino y los chupitos del orujo que se servían, tocaban música para bailar y desmelenarse. A casi todo el grupo le pareció un lugar estupendo para cenar, sobretodo si pagaba el jefe.

Los primeros en llegar fueron Pedro y Mateo. Mateo saludó a su cuñado, el dueño, y éste les invitó a unos

chatitos de vino mientras hablaban alegremente sobre la nueva decoración que había dado al local y sobre la nueva chica que trabajaba en el restaurante. Era Lucia, una de esas bellezas en las que todo encaja, con una sonrisa tan maravillosa que te vuelve sordo porque cuando la tienes en frente la cabeza apaga todos los sentidos para no perder detalle. Santiago llegó a la posada cuando el trío de bebedores estaba absorto ante la imagen de la camarera barriendo unas copas que habían caído al suelo.

* ¿Quién es?

* Lucia - respondieron los tres al unísono.

Lucia cogía la escoba con firmeza y arrastraba los trozos de cerámica que se encontraban desparramados por el suelo. Cuando hizo un montoncito con todos los pedazos que pudo encontrar cogió el recogedor que había dejado encima de una silla y se agachó para agrupar con la escoba esos maravillosos trozos de cerámica. Maravillosos trozos de cerámica porque gracias a ellos el cuarteto de individuos que miraba embobado pudo disfrutar de la soberbia figura de Lucía agachándose, muy lentamente, hacia ellos. Escasos segundos que saborearon intensamente, segundos que se estiraron para poder ofrecer el detalle del extraordinario momento. Lucía mecía la mano con la que sostenía la escoba mientras permanecía en

cucullas. Gracias al movimiento del cuerpo que esto provocaba los agraciados mirones pudieron disfrutar de un fascinante escote en vertiginoso vaivén, de unas caderas que bramaban redondeces y sensualidad, de unas piernas que se evadían por la apertura de la falda porque no podían seguir encerradas... Y el cabello. Una melena negra, mal recogida en un moño improvisado, manantial de serpenteantes y brillantes mechones, que se mecían, que iban y venían en caótico orden. Cuando Lucía, todavía en el suelo, terminó de recoger los pedazos de cerámica alzó la cabeza y se percató de que estaba siendo observada por el ensimismado grupo. Les miró. Sus oscuros ojos helaron el alma de la camarilla, y eso que sólo parpadeó una vez. Un parpadeo que con la fuerza de sus largas y arqueadas pestañas pareció levantar una intensa brisa que les golpeó de lleno, a un lado del pecho. Entonces, las comisuras de sus colmados labios se pusieron de acuerdo con sus ojos, con sus párpados, con sus mejillas, para ofrecer una leve sonrisa, cálida, cautivante, una sonrisa que cada individuo del grupo tomó como suya, cuando iba dirigida a todos, pero a ninguno.

Todo pasó en el tiempo que una pluma tarda en caer al suelo desde la altura de un hombre, pero fue suficiente como para que los cuatro individuos que-

darán marcados por el conjunto de imágenes que acababan de presenciar. Un momento que rememorarían varias veces a lo largo de sus vidas.

* ¡Pero que os pasa! Despertad, puñetas.

Juan les devolvió bruscamente a la realidad. Acababa de entrar en el restaurante y se encontró con los cuatro sujetos apoyados en la barra, con la mirada perdida y la memoria borrada. Se giró y vio como Lucía se alejaba con la escoba y el recogedor hacia la parte trasera del comedor.

* Sois unos golfetes. Mira que mirar así a la novia de un amigo...

* ¿Cómo dices? ¿Novia de quién? - preguntó Santiago con indisimulada decepción.

* Pues si esa era Lucía, como me ha parecido ver, es la novia de Judas.

* ¡Qué me has dicho! ¿De Judas Iscariote? ¡Qué cabrón! - la decepción de Santiago se tornó en asombro.

Pedro, Mateo y su cuñado, una vez que la camarera salió del comedor, dejaron que las palabras que hasta entonces sólo pululaban a sus alrededores tomaran significado y nuevas expresiones de asombro asomaron por sus caras. El dueño del restaurante fue el que se vio más afectado por la noticia:

* Pues no me ha dicho nada. Empezó a trabajar hace casi un mes y, aunque no es que hayamos habla-

do mucho, no me contó siquiera que conocía a Judas. ¿Y tú cómo lo sabes?

* Me los encontré la semana pasada paseando. Se ve que no llevan mucho tiempo juntos, cosa como de dos meses o así. Yo tampoco sabía nada y me sorprendió que me la presentara como su prometida.

* No debe ser de por aquí, porque no me suena nada su cara, y es una cara como para que te suene - dijo Mateo, mirando todavía la puerta por la que había salido Lucía.

* Es de Nazaret. Vino hace dos meses con su familia. Su padre conoce al padre de Judas, son muy buenos amigos, y creo que ya acordaron hace tiempo que Lucía sería la esposa de nuestro compañero. Judas me contó que hacía por lo menos tres años que no la veía, aunque entonces ya tenían una muy buena relación. Pero, ¿cómo es que trabaja para ti?

* Creo que su familia no pasa por un buen momento económico y fue precisamente su padre, a través de un amigo común, el que habló conmigo y me pidió que acogiera a su hija en mi casa a cambio de trabajar para mí en el comedor.

* Esto de que trabaje en un lugar público no le debe gustar nada a Judas- comentó Pedro, antes de dar buena cuenta del vaso de vino.

* Ahora entiendo el empeño que puso Judas en cambiar de restaurante para esta noche - dijo Mateo,

que por fin había dejado de mirar la puerta trasera del comedor. - Supongo que no nos dijo nada acerca de su futura esposa por la situación por la que está pasando. Así que creo que lo mejor será que hagamos como si Juan, pedazo de cotorra, no nos lo hubiera contado, más que nada para no avergonzar a Judas, que con lo introvertido que es sólo falta que crea que todos cuchicheamos a sus espaldas.

Todos estuvieron de acuerdo con Mateo.

El dueño les llevó a la sala que les había reservado para la cena. El resto de compañeros fueron llegando poco a poco, mientras los que ya estaban tomaban buena cuenta del vino y de las viandas que había sobre la mesa. El jefe, Jesús, y Judas llegaron los últimos, juntos.

La llegada del jefe no interrumpió el animado alboroto que había en la sala, con varias conversaciones cruzadas entre unos camaradas y otros. Los platos se fueron sucediendo uno tras otro, mientras varias mujeres, Lucía entre ellas, despejaban la mesa de platos vacíos y la ocupaban de nuevo con diferentes manjares. Era inevitable que los hombres se percataran de que una de las mujeres que servían la mesa era especial, sobretodo bajo los efectos del vino, y no fueron pocos los comentarios que, sobre esa notoria belleza, se dijeron durante la cena. Comentarios

de respetuosa admiración la mayoría, pero también los hubo picantes y hasta un par de ellos fueron obscenos. Santiago, Mateo, Pedro y Juan, conocedores de la embarazosa situación, trataron de desviar estos comentarios hacia terrenos menos resbaladizos, tarea difícil que no siempre consiguieron. Hubo momentos en los que pensaron que Judas saltaría y haría callar a más de uno, pero a pesar de haberlos oído casi todos hizo siempre como si no les diera importancia.

Santiago, además de estar atento a los desvaríos lingüísticos que tuvieran por objeto a la hermosa Lucía, se percató del juego de miradas cómplices entre ella y su prometido. El rostro de Lucía reflejaba tristeza por hacer pasar a Judas momentos que él consideraba vergonzosos, mientras que la mirada del segundo mostraba resignación por una situación que, una vez empezada la cena, se había vuelto inevitable. Pero Santiago también notó algo extraño. Jesús y Lucía intercambiaron un par de miradas que le hicieron entrever algo desconocido. Después de quedarse pensativo durante unos segundos... ¡Claro! ¡Si su jefe también es de Nazaret, como ella! Santiago comprendió que se conocían e intuyó, aunque el intercambio de miradas no denotaba tal cosa, que se conocían bien.

Cuando no tenía que servir o retirar viandas de aquella mesa Lucía se quedaba junto a la puerta, sentada, observando a los comensales. Su pelo negro, liberado durante unos minutos, se dejó caer sobre unos hombros cubiertos por un fino chal. Sus manos acariciaron ese pelo mientras sus ojos oscuros dedicaban una prolongada mirada a su prometido. El atractivo Judas notó que estaba siendo observado y sonrió a Lucía. Los ojos de Judas causaban una admiración especial no sólo entre las mujeres, sino también entre sus compañeros. Todos pensaban que el magnetismo de sus ojos contribuía enormemente a que sus dotes de predicador fueran las mejor valoradas por el maestro. Pero aquella noche la mirada de Judas era una mirada triste. También la de la bella Lucía. Esto fue lo que pensó Santiago cuando les contempló observándose.

Aquella fue la única vez que Santiago vio a Lucia. Después de aquella noche vino la inesperada traición de Judas y las muertes tanto de él como del maestro. Nunca comprendió las razones por las que Judas pudo haberles traicionado, no creyó que treinta monedas de plata pudieran justificar una traición como aquella. Sin embargo, siempre se sintió intrigado por el juego de miradas que observó la noche que conoció a Lucia.

Santiago recordó varias veces a lo largo de su vida a aquella hermosa mujer de pelo negro y ojos serenos, de piel cobriza, de labios colmados, de formas suaves y rotundas. Una mujer o una razón más valiosa que treinta monedas de plata.

Carta a Angélica

Siempre querida Angélica,

No tengo alguna específica intención al escribirte, mas que disculparme por los penosísimos eventos de los que fui protagonista y contribuyeron a tu -presumo y ciertamente nunca reprocharía- manía persecutoria por los hombres. De alguna forma, el recordar estos aciagos momentos me permiten sino entenderlos, al menos tratar de entenderme.

Recuerdas cuando nos conocimos?, de seguro no. Andabas tan linda por la facultad, con tu trapper bajo el brazo, con esa inocencia tan tuya, angelical y resplandeciente. Todos se volvían, deslumbrados por tu aura ingenua a la que se sumaba -no seamos hipócritas- la malsana curiosidad y miradas predatoras propias de los regulares (así les llamábamos a los estudiantes avanzados, recuerdas?). Me imagino que debías sentirte extraña, acostumbrada como estabas al trato delicado, fraternal, familiar, cuasi devocional que te prodigaban tus más allegados y la consideración procurada por quienes te conocían, sabiéndote sencilla, sensitiva, solidaria, depositaria de todas las virtudes catecísmicas, virtudes que sabrías mantener

en los momentos de mayor aspereza, aún cuando debías codearte con los bárbaros, grotescos y mal hablados campesinos que constituían el grueso de la población de nuestra facultad.

Y yo, jugaba voley, fíjate que vulgar; desgreñado, sucio y andrajoso, como solía lucir y confesamente, aún suelo. De pronto nos vimos, miento, te vi, bajando por la calzada, deslizándote cual querubín desubicado, casi levitando sobre el mar pestilente de ordinarios antropoides que conformábamos los demás, por un segundo posaste tu regia mirada en mi, en mi modesta, casi risible humanidad, como me era imposible prever -dada mi abrumadora cicatería- me sonreíste, leve y cortésmente, quedando yo momificado, no atinando mas que a volverme e intentar que mi rubor no llegase a ser detectado en su intensidad y sentido por mis compañeros. Intención, que sé bien no logré siquiera rozar.

Recuerdas cuando nos presentaron?, probablemente no, pero estoy convencido de que si te lo preguntaran, contestarías afirmativamente, solo por consideración. Fue un día gris, como la mayoría de los míos o tal vez no lo fue, no lo sé ciertamente o mas bien

quizás no lo quiera recordar. Un común amigo, digo esto probablemente por imitar tu cortesía con los terceros, aunque con toda franqueza a este no lo quería ni de cuarto, en fin, nuestro "amigo" irrumpió en una transacción en la que trataba de endilgarte un dizque informativo, que editábamos algunos con más ganas que tino, excusa que elegí para acercarme a ti. Este "amigo", que según recuerdo tenía apodo de animal, quien sabe por qué, tal vez por su acuciosidad felina o maligna concupiscencia, llegó y te rodeó con su brazo -razón por la que le detesté triplemente- y preguntó por la salud de tus familiares, en especial de tus hermanos, con quienes supe luego, mantenía cordiales relaciones. Entonces me enteré formalmente de tu nombre: Angélica, que gracia!, que estentóreo a la vez que delicado, creí escuchar a Haendel y su Hallelluyah, creí..., lo siento, me cuesta reprimir estos desafueros de entusiasmo provocados por tu remembranza.

Mas, fue breve ése encuentro, te apremiaban tus compañeros para entrar a clase, creo que de Dibujo Técnico, así que tomaste tu bolso, escuadras y regla T y te retiraste, no sin antes despedirte de mi con un "gusto de conocerte" grácil y modoso, que guardé en el más elevado altar de mi corazoncillo.

No fue sino hasta aquel curso de Bonsai en el que logramos vernos nuevamente, tu como inquieta interesada de ésas sensitivas artes orientales y yo como malhumorado organizador de sedantes eventos. Fue donde aprecié en toda su dimensión tu elegante estampa, tu celestial encanto, tu prístina belleza. Pero yo, tonto yo!, no alcancé a prestarte la consideración que merecías, la pleitesía que te adeudaba. Por el contrario, me vi envuelto en un intempestivo episodio romántico, con una jóven visitante de procaces atributos y maliciosos ojillos licenciosos. No sé en verdad como argüir sobre este momento, sobre la confusión de la que fui presa, del remolino pasional que me succionó, no lo sé, por ello tal vez sea mejor mantener silencio, silencio que ansío tu entendimiento sepa descifrar.

Te ruego que no seas severa conmigo, no seas demasiado perspicaz con lo sucedido; créeme cuando te cuento de la intrascendencia de lo acontecido. En descargo mío te confesaré que apenas salimos una noche (la última del curso) fuimos al cine a ver una película de Bruce Willis, ese que siempre termina maltrecho pero feliz, quien fuera él!

Te confiaré que nos limitamos apenas a darnos besitos entre inocentes y culpables, y compartir caricias más bien exploratorias que instigadoras. Como

fuere, la despedida resultó súbita y sosegada, por que al acompañarla a la casa donde se alojaba, estalló una bomba, sí, de ésas que menudeaban hace algunos años, ésas que colocaban grupos insurrectos que clamaban por equilibrio en la distribución de los ingresos y justicia social. Así que ni modo, no quedó tiempo para más, pues como has de recordar, los policías salían en plan de caza de brujas y lo más saludable era meterse a casita.

Inclusive hoy rememoro ésos momentos con perniciosa vergüenza, sé que no debería sentirme mal por lo que hice, pero es así. Hasta busco consuelo en una de las sentencias que solías parafrasear: "lo pasado, pisado". Sabrás sin embargo linda Angélica, que este evento de alguna manera marcó nuestra relación, durante el tiempo que permanecimos juntos y aún mucho después, seguía flagelándome con adjetivos que relevaban mi faceta zoológica, material, visceral y no la humana, emotiva y plenamente cardíaca que me enorgullecía en mostrarte.

Pero bien que pagué este desliz, cuando viajaste hasta México, recorriendo en estaciones los países del Pacífico, en una carrera por la paz, por las focas de

Birmania, los huerfanitos de Malasia del Norte o algo por el estilo. Esa eras tú Angélica!, siempre porfiando por los demás, capaz de sacrificios inmensos por el bien común, como por ejemplo perder un semestre completo en la universidad. Evocaré que durante el tiempo que duró tu ausencia, fue que reconocí los sentimientos que habían nacido en mí, el sublime amor sazonado con pizcas de admiración ecuménica y -debo decirlo, perdóname- resignación, por la excomuniabilidad de mi deseo.

Lo que me trae a colación tu etapa escolar, de tu colegio facistoidemente religioso, donde fuiste candidata fija a monjita, decisión que ya habías expresado en tu más temprana adolescencia, fungiendo de María en las actuaciones escolares. Tal vez soy demasiado suspicaz al sospechar que las madres ya te habían hecho un sitio en su mesa, acaso reservado la mejor suite del convento y todas esas consideraciones de las que te hacías merecedora. Pero finalmente dijiste: no!, que habías decidido ser madre, digo, de familia y tener una vida corriente y común, involucrada en este mundo soez de bribones y cacasenos, como ese escritor -en un arresto de sinceridad política sin precedentes- llamó a nuestro país de hermosas tierras, cumbres nevadas, ríos, quebradas...

A tu vuelta, apenas pude contenerme en nuestro reencuentro, te pedí tu número de teléfono, que también me daba gusto verte, que habías comido muchos tacos, que tal vez por eso te veías más rolliza (pero igual te quería), que te llamaría pronto, que procurases no salir mucho y estar cerca del teléfono y que te acostases temprano ya que el frío esta que arrecia. Dicen muchos que el amor es ciego, no lo sé, probablemente en mi caso es tonto, más bien estúpido y en ocasiones, con toda certeza, cretino. Lo que sucedía, dulce Angélica, es que estando a tu lado me costaba hilvanar los pensamientos, ser coherente en el diálogo y no resultar un papanatas, en mi esfuerzo por resultar atractivo, interesante y ocurrente, caía en el mal gusto, la descortesía y hasta la grosería. Perdóname Angélica, perdona mi torpeza e inexperiencia, tal vez libre algo si traigo lo que alguna vez le manifesté a mi amigo Antonio, "uno no se enamora de un ángel a diario".

Recuerdas las veces que te llamé?, las que te pregunté si podía visitarte en tu casa?, -ésa de Av. Centenario-, de las kilométricas conversaciones que sosteníamos, empezando por los temas más triviales como el shiatsu o el calentamiento global y terminando siempre en mis fallidas, afiebradas y casi, casi suplicantes declaraciones de amor?, que siempre con espléndida

diplomacia desdeñabas y lamentabas desoir. Eran tan lindos, inclusive tus desplantes, que siempre terminaba por animarme a una próxima vez y todas las que viniesen!, no sé por qué resultaba tan persistente, tal vez en mi anterior reencarnación fui una sanguijuela o mancha de tuco en camisa blanca, tampoco sé. Hasta mis amigos más entrañables me veían con un poquito de pena y me daban palmaditas en la espalda con resignada compasividad, al saber de mis desventuras y enterarles de tus virtudes celestiales, para mí evidentes.

Pero ese fue nuestro tiempo, doloroso y penoso, pero nuestro. Recordarás el día que conocí a tu hermano, sí el que anda muy erguido y no suele desperdiciar miradas amigables con extraños; quien nos encontró en el pasillo que daba a tu casa atravesado por mi bicicleta. Tu le dijiste, "te presento a Damián", añadiendo yo, "hola, mucho gusto soy damián" y respondiendo él, casi guturalmente, "hhlolla rdammieerr", acto seguido le estreché la mano, que agradecí cuando soltó y más al verificar que no tenía luxada ninguna articulación. Entonces no le entendí, pero ahora sí, debía sentirse mortificado el pobre; el gran volumen de visitantes masculinos que recibías, no era motivo para menos, visitas a quienes no tenías el valor de negar hospitalidad, de esos que te revolote-

teaban, atraídos sin duda por los efluvios despedidos por tu magnética personalidad. Pero por lo que más quieras Angélica, dime por qué eran casi siempre cafres?, disculpa el exabrupto, pero aún ahora siento mis celos regurgitar al recordar lo sucedido en tu casa de Av. Centenario.

Hasta que llegó el día, por que el día siempre llega, en el que finalmente me confesaste la razón por la que no aceptabas ser mi enamorada. Que durante tu periplo por Centroamérica habías conocido a un muchacho, un Salvadoreño de origen indígena y hábitos místicos, que yo me figuraba caminando sobre brasas ardientes o tomando la siesta en hamaca de clavos; por que para que hubieses decidido posar tu mirada en él, debía ser dechado de todas las virtudes ante y post meridianas! Que mantenían una platónica relación, que ni siquiera se habían besado, sólo tomado las manos y mirado a los ojos en una noche de fogata y ya, el compromiso se había sellado. No puedes imaginar lo lacerante que resultó para mi tu testimonio, lo pequeñito que me hiciste sentir al recordar con candoroso frenesí las virtudes de tu galán, hecho que me invitó a suspender, al menos por un

tiempo mis insinuaciones amoratorias, más por un malentendido amor propio que por inconsecuencia.

Incluso me dijiste su nombre: Julio César, agosto nombre del que sólo podría ser merecedor un joven gallardo, apuesto y triunfador como él. Así lo supuse y con el tiempo adquirí la enfermiza manía de añadirle virtudes, físicas y espirituales, las que por cierto se me habían negado. Ave Julio César! morituri te salutant. Tú eras el elegido por la providencia o quién sabe, al revés. Hasta que un día muchos meses después, inesperada y sorpresivamente, cuando ya casi me había habituado a nuestro romance cataléptico, me enseñaste sus cartas, trucas hacía tiempo, quien sabe por qué ocultas razones, que a la postre desencadenaron tu decepción, liberándote de tu compromiso implícito y precipitando nuestro encuentro. Licénciame Angélica generosa, en emitir mi opinión, que en ese momento tuve el buen tino de reservarme: Julio César, quien a mi humilde juicio debía ser, un guía espiritual precoz e iluminado, depositario de talentos y virtudes en extinción, un predestinado gurú de los rezagos étnicos mayas, entre otros innumerables dones. Pero escribía tan feo el canalla!, tenía tan mala redacción y tan deplorable ortografía el desdichado!, pero todo se pasó de la raya -como dice mi madre- al ojear un poema que te hizo, que por deco-

ro me abstendré de comentar. Por lo que mas quieras Angélica de mi alma, no pienses por un instante que son comentarios despechados, por que sabes bien que apasionado y narcisistamente egoísta como soy, jamás mezclaría mis querencias particulares con la crítica literaria.

Tampoco puedo dejar de mencionar el recuerdo de nuestros conflictos gastronómicos, en los que defendías, sin muchos argumentos por cierto, tu convicción vegetariana. Sustentándola en tu más lejano recuerdo y predisposición infantil por las verduras y tu visceral rechazo por las carnes. Tan incomprensibles y hasta repulsivos, le parecían tus hábitos alimenticios a tu hermana Viviana, que no menos de una vez se me quejó amargamente por tus arrebatos culinarios, acusándote de olvidar intencionadamente echarle sal y condimento a las comidas. Tu familia, dicho sea, que no dejaba de ser una familia común - como en la mayoría de los casos de beatitud espontánea-, a menudo era incapaz de aceptar tus excentricidades manducatorias, a excepción de tu mamá, con quien compartías dietas y principios.

No negaré que de pronto me sentí arrastrado por tus tendencias naturistas, inicialmente por bárroco interés carnal, pues te negabas a besarme si había comido algo que contuviese siquiera unas tripitas, sumado a tu pertinaz alusión por mi higiene bucal, mas adelante por convicción creciente y ansia de elevación espiritual. Recuerdo cuando visitamos el más prestigioso restaurante vegetariano de nuestra ciudad, el de los krishnas, donde tenías no sé qué amiga y nos atendieron espléndidamente, hasta tuvimos chance de ver por el balcón no sé qué procesión. Luego comprobé dolorosamente que no siempre trataban a los clientes así, al visitarlo con un par de buenos amigos y salir con dos agujeros, uno en el estómago y otro en el bolsillo, pero ni modo el ser naturista tiene un precio.

Perdóname por centésima vez, por traer éstos incidentes tan aciagos en nuestra historia. Pero vienen espontáneamente a mí, como el recuerdo de aquellos depredadores que te merodeaban, los que tu gentilmente llamabas "amigos", siendo -desde mi mezquino punto de vista- más dadivosa de lo necesario. Recuerdas a Camilito Ternero?, el que quién sabe

con qué artimañas logró ingresar a tu círculo familiar más íntimo, quien se mostraba en extremo obsequioso y educado, particularmente en tu presencia. Aún cuando no siempre podía disimular su mal gusto y hábitos chabacanos y menos cuando estaba entre sus amigos, esos de cuestionables hábitos sociales y dipsomanía recurrente, aquellos que no encontraban mejor manera de pasar el tiempo, que vejando a los transeúntes con comentarios satíricos y no pocas veces agraviantes. Estuvo también ese muchacho de nombre a-rimado, que pasaba a buscarte en su sanguinolenta camioneta (pues llevaba mondongos, bofes e hígados con sangrecita, del camal para su granja de peces) y que muy orondo y sonriente tenía el desparpajo de visitarte después de su cruenta actividad, sin considerar tu peculiar sensibilidad por esas pitanzas. O aquel otro muchacho norteño, Edgar Cáceres, que con suficiencia muy capitalina solía menospreciarnos, para empezar por nuestro origen andino y para terminar por nuestra credulidad consumada, adjetivándonos de "monses", y se pasaba haciendo denodados esfuerzos por involucrarse en las intimidades ajenas, so pretexto de que "sólo quería ver a la gente feliz". Tampoco olvido a tus amiguitos más cercanos, con quienes consolidaste tu grupo de

"chancones", con quienes cada mañana cumplían no sé que extraño ritual al "dispararse" con etéreas pistolas, supongo que dardos que de vitaminas para el alma, balitas de intenciones santurronas o capsulitas de buena fe. No recuerdo a muchos más, pero bien sé que los hubieron, tal vez el tiempo ha diluido mis impresiones o internamente quiero olvidar, sucesos que en su momento no me resultaron gratos.

Recuerdo con precisión la noche que nos hicimos pre-enamorados, palabra que acuñaste en un acceso de inspiración cervantiana, no sé ciertamente que diablos significaba, imagino que algo más que amigos y algo menos que enamorados; pero bueno, era el fin y el comienzo, el fin del comienzo o el comienzo del fin, entonces no lo supe con exactitud. No olvido que después de vernos en la puerta de la universidad y tomar un café, que sólo yo consumía por que considerarlo tu, un producto letal, caminamos por la avenida discutiendo de nuestra nueva condición, de las obligaciones que nos debíamos y los derechos que nos asistían. Mientras tanto sentía que mi vejiga se distendía velozmente, no sé debido a qué, tal vez a la emoción del suceso, el frío de temporada o las tres

tazas de café que me había empujado en el Cosmos. Pero no podía dejar que un momento tan sublime se viese enturbiado por un acontecimiento tan ramplón, entonces decidí retener mis fluidos hasta llegar a un sitio prudente, sitio y momento que tormentosamente no llegaron y no podrían llegar. Ahora entenderás el por qué de mis enigmáticas contorsiones y la razón para despedirme tan raudo llegando recién a la puerta de tu casa.

Recuerdo especialmente la vez que intercambiamos fotografías tamaño carnet con dedicatorias anexas, la tuya que parafraseaba un populachero lema radial, "Damián: te amo con todo!", no sabes de las veces que me revolvía en la cama, masticando el significado que debía esconder esa frase, urgando en su ígnota hermenéutica. Y la mía, "soy libre cuando regalo mi libertad a quien amo más que a mí, ... a ti", sentencia que diré con bochorno no me pertenecía, sino tomé de uno de esos libritos baratos de sabiduría encapsulada y por cierto, sabemos ambos, como el tiempo se encargó de desmentir.

Son muchísimos los felices momentos que vivimos, momentos que quisiera detallar por que dicen que "recordar es volver a vivir", pero siento que mi lápiz - pobre aún, aunque no tanto como mi ánimo- no me lo permitiría, ojalá alguna vez.

Angélica, debo asumir todo el peso y la culpa de nuestro rompimiento y relevarte de cualquier responsabilidad. Entonces me hago, voluntariamente, merecedor de todos los vilipendios que logre inspirarte, de todos los epítetos que te provoque, de las groserías que -estoy seguro nunca dirás, pero guardo esperanza que pensarás- quisieras imprecarme. A pesar de todo, debo implorar otra vez más tu perdón. Sé que la regué, que ni por un nanosegundo fui capaz de retribuir tu desprendimiento, tu entrega, tu magnanimidad, cuestionando tus sentimientos e intenciones, arrancándote lágrimas inicuas y congojas inmerecidas, todo por mi insensatez, desconfianza y sobre todo, pobrísima autoestima. Es más, hoy te congratulo por la decisión que tomaste al expulsarme de tu vida, al proscribirme de tu existencia, como quien desaloja a un roedor indeseable de la capilla de Santa Luz Clarita, me lo merecía, lo reconozco con hidalguía, casi con valentía, lo que me sorprende tanto como a ti.

Perdón también por mis berrinches postreros, esos que más parecían pataletas pueriles, que sesudas interpelaciones, como quería creer. Por mis ocasionales e intempestivas apariciones, donde con desfachatez porcina, te reclamaba por los daños y perjuicios infligidos a mi endeble psiquis, por tu sordidez al

seguir tu vida "como si nada", por mi insomnio y pesadillas tenaces, por mi caída de cabello, en fin, por todo lo que mi aturrida autocompasión me insinuaba.

Perdóname Angélica, perdóname por haber arruinado tu vida universitaria, por haberte cargado de ese abyecto y pesado lastre que resulté ser, perdóname sí?

Recuerdas la última ocasión en la que nos encontramos en la universidad?, fue cuando me titulé, después de haber sustentado mi tesis sobre costos de producción, cuando me gradué -disculpa la huachafada- con excelencia. Todos me abrazaban emocionados, o mas bien diplomáticos, hasta los profesores! No obstante todo eso, te comentaré, no me creía sus abrazos, sino sólo los de mis contadísimos amigos y mi asesor, el maestro Álvarez, por que los demás eran más falsos que billetes de trece. Además que nunca fui el chico popular de la facultad, por decirlo de alguna manera.

Entonces apareciste tú y con esa tan tuya generosidad me abrazaste y besaste tres veces (lo sé por que un amigo registró en video lo sucedido); te invité

a la recepción que mis padres pagaban, invitación que rehusaste protocolariamente, pues tenías cosas que hacer. Pero en el fondo sé bien que esperabas que insistiese, por qué no lo hice?, no lo sé, probablemente estaba tan henchido por los aplausos, tan elevado en mi ego, que creí que podía prescindir de ti. Así pues, nos despedimos de modo amical, fugazmente pasó por mi mente el alcanzarte y de la mano llevarte a un muro, cerca al cubículo de mi maestro Álvarez donde te había escrito un acróstico y repetirte lo que ya sabes, pero mi recientemente ascendida vanidad me lo impidió.

Sin embargo el resto del día, aunque discontinuamente lo reconozco, pensé en ti. Al comentar con mis amigos lo ocurrido, al cancelar la orden vegetariana que había encargado, cuando veía a Regina y Marco o Lili y Antonio muy acaramelados, cuando muy entrada la noche nos metimos a un karaoke a cantar, "... ese lunar que tienes cielito lindo junto a la boca..."

No nos vimos más en los subsiguientes dos años. Salí del país, según decía porque "nadie es profeta en su tierra" y "que por mejoría, mi casa dejaría". Mas no fue así Angélica, concédeme una confidencia más, huí,

escapé a tu presencia, no me sentí capaz de permanecer teniéndote cerca, tenía pánico de toparme contigo en alguna esquina, de verte con alguien que no fuera yo, nuestra ciudad de medio millón de gentes se me hacía demasiado chica.

No detallaré lo acontecido en esos tiempos y lares lejanos, no te hablaré de mis excesos de fin de semana en callecitas bohemias con guarapo y compañías poco ponderables, de mis desvelos por Sarinha, una casquivana morena que conocí, de las veladas humeantes por las que me sentí cautivado en cierta temporada, de la esporádica Tatiana y su cancerbero, de las chauvinistas celebraciones folklóricas regadas de sidra y hierba mate que llegué a aficionar, de esos tiempos oscuros y fríos, como túneles interminables en los que por más que caminaba nunca atisbaba la luz.

Pese a todo ello, nunca te retiré de mi más honrosa galería, siempre fuiste la Piedad de mi San Pablo, la Mona Lisa de mi Louvre. Aun cuando en un arranque de inmadurez que bien recordarás, te devolví todos los obsequios que me habías hecho, tu carnet universitario, tus fotos, una en especial sentada en el techo de un barquito, que contenía al revés un acróstico que me compusiste.

Ya de retorno, con algunas alegrías más y menos penas, nos encontramos un par de veces, me acompañaba en ambas una espigada morena de hermosos cabellos ensortijados, Betty, era mi compañera de un taller de teatro al que me había metido. Teatro, sí, esa pantomima de la vida, ese remedo de la realidad, ese raro arte de hacer de otro; cuanto nos confundió a los dos -pues resultamos pareja en un atrevido montaje-, a pesar de las solemnes advertencias del director, que con pausada y estudiada voz profería "... las escenas de pareja pueden confundir los sentimientos de los antagonistas...", el mismo que rato después vociferaba "Damián, es vuestra cita semanal y sólo les queda 20 minutos, vamos qué esperas? tómalas, es tuya!". Así fue que sucumbimos a nuestros ardores, iniciando una relación que terminó tan subrepticamente como se inició. Bien sé que te incomodó verme con ella, sobre todo la segunda ocasión, que ya no fue pródiga en abrazos, sonrisas y "cómo estas?" como la primera. Intenté ser maduro y cordial, comportarme como "gente superada", hasta te dí mi número telefónico y horario disponible, pero la amargura de tus ojos marrones me reveló que había metido la pata una vez más. Lo siento Angélica, lamento si te hice sentir mal, si mi afabilidad te supo a fresca, lo siento en verdad.

Poco tiempo después volví a viajar, esta vez mucho más lejos y por un lapso mayor, tanto, que aún no sé cuando te volveré a ver. Creo que mis pies calientes y mochila siempre presta, son impedimento para la edificación de mi futuro y elucidación de mi pasado, hasta cuándo huiré?, hasta cuándo buscaré?, quién sabe.

Ahora que nuevamente estoy a punto de subirme a un camión, pienso en ti, tal vez algo distinto a como pensaba en Av. Centenario, en nuestra facultad, en el tórrido Chaco, en el trópico maya, en una playa sureña o en la selva amazónica. Sólo sé que todavía pienso en ti.

Bueno, eso es todo, ... al menos por hoy.

Impajaritablemente tuyo,
damián
P.D. yo también.

COLLAGE

Capítulo 1. Eso que yo admiré..

Buscando y buscando en mi habitación, encontré una tela transparente, que me dejó ver muchos secretos, y me permitió descubrir lo que tantos hombres se han preguntado por miles de siglos, lo que muchos creen que saben y en realidad están equivocados, lo que otros tantos consideran que no deben saber, y lo que unos pocos como yo, necesitábamos comprender, ¿qué es la vida?

Fue tan grande lo que vi, que difícil es plasmarlo en letras, es tanto su poder, que las hojas no lo muestran con certeza. Y aún más fue el impacto que tuvo en mí, que ni yo se describirlo en palabras.

Eso que yo admiré, no podré olvidarlo nunca, y aunque no sabré expresarlo como yo lo he sentido, decidí compartir ese conocimiento que he adquirido, y al hacer esto, estoy viviendo, sabiendo lo que hago y sintiéndolo al mismo tiempo.

Al principio me asusté pues fue mucha su grandeza, y al final me encontré, pues en ella todo empieza y nada acaba. Su nombre dibujé en mi mente "vida", y su significado lo tatué en mi interior, para nunca más olvidarlo.

Ese momento, no hizo mas que hacerme recapacitar, verme, analizarme, y al instante en que pude reconocer todo mi interior, en ese instante, comprendí toda la hermosura de mi ser, comprendí que fui hecho para ser grande, y comprendí que cada humano tiene una misión diferente, y comprendí, que la mayoría, ni si quiera ha podido darse cuenta de aquello.

Al final de la enseñanza, me di cuenta que no sabía nada, y pese a las múltiples doctrinas filosóficas sobre la vida, mi mente no podía interpretarlas.

Fue hasta este último encuentro con esa tela invisible, que solo mis ojos pudieron ver, cuando por primera vez sentí, el calor y amor, que solo da la vida.

Esa oportunidad de actuar, sentir, cometer errores para luego superarlos y aprender de ellos, esa única ocasión para compartir sentimientos, ideales, anhelos, sueños, metas, deseos; esa sensación extraña de saber que existes, y nuestro pensamiento y entendi-

miento, razón y emoción, eso, es parte de la llamada "vida".

Vida va mas allá de simples o compuestos fenómenos físicos, químicos o biológicos, vida va mas allá de lo tangible, es algo que podría considerarse espiritual, es como el aire, que no se ve, pero se siente. Vida es reflexión y comprensión, es estar consciente de tus actos, y saber disfrutar lo maravilloso de la naturaleza.

Vida son recuerdos pasados, lejanos e incluso olvidados, vida son momentos presentes, cercanos, amados, vida son anhelos futuros, deseados, esperados.

Vida es compartir lo que vivimos, amar lo que rodeamos, sentir lo que deseamos, vivir lo que soñamos.

Eso que encontré, fue un mensaje infinito, que solo podré descifrar al final del camino. Es aire que me lleva a recorrer los mas intensos momentos sinceros, tan míos.

Esa tela que encontré, transparente e invisible, es una fibra llena de sentimientos, es mi alma.

Capítulo 2. Recuerdos.

Recuerdo aquella ocasión, en que me sentía triste, en que no hacía mas que frustrarme por realidades falsas, que yo mismo creaba. Recuerdo también que no sabía que hacer, estaba confundido, me encontraba herido en mi ser. Y recuerdo que fue peor cuando supe que no había hecho nada por sentirme mejor, que ese sentimiento negativo, no era sino causa de mis acciones.

Recuerdo el final de todo aquello recordado, en donde crecí de un instante a otro, pues recordé para que quería vivir, recordé que no hay recuerdo mas triste que el pensar que no tienes una misión. Y crecí, sí, crecí, pues volví a recordar cual era mi misión. Mi misión es seguir creciendo.

Capítulo 3. Duda y fe.

Caminaba sin rumbo fijo hacia un lugar donde ni si quiera yo conocía. Recorría encuentros de un sueño aun no conocidos por mí. Escuchaba ecos de sonidos que nunca existieron.

¿Por qué era todo como era? No hacía mas que dudar de todo, era así, sintiendo mentira en cada cosa

que veía, en cada cosa que escuchaba, en cada cosa que sentía.

No fue sino después de todo un trayecto en el que no hacia mas que desconfiar (incluso de mi propia existencia), cuando encontré un manuscrito tirado en lo que yo dudaba que era suelo, que aprendí, que perdía mi tiempo, pues si dudaba de todo lo que me rodeaba, dudaba incluso de la propia vida, y entonces, todo se transformo, en realidad, y la vida, no necesitaba mas, sino que yo tuviera fe en ella misma.

Capítulo 4. Infinidad Total.

Volaba encima del Universo, y me decidí a platicar con "Vida". No llevábamos ni medio siglo hablando, cuando le pregunté que cual era su máximo anhelo. Ella me respondió: "Que todos me sientan, me entiendan, y me amen". Yo, asombrado, no hice sino mas que contestar a su respuesta: "¿Y no es egoísmo de tu parte?" Ella, tranquila, se fue, sin despedirse. Y yo, entonces, supe que no pude entenderla.

Misterio, tu y yo.. reflexionando.

Encuentro en mi profundidad, un lugar, donde solo existes tú. En donde ya no hay limitaciones, en donde

mi amor por ti, no tiene principio ni fin. Busco mas a fondo, y veo mi rostro, descubierto por completo, inundado de verdad. Continúo mi búsqueda, hacia mi alma, esa tela delgada, que esta mezclada de infinitos sentimientos, tan profundos y tan únicos, esta llena de mi verdad.

Mi historia, aún sin fin, con un principio definido, pero páginas aun sin escribir, sin vida por vivir. Regreso al exterior, me aterrorizo de lo que veo, un cuerpo cubierto de ropa falsa, de máscaras, inundadas de mentiras y secretos escondidos, lleno de frustraciones internas, cubiertas por una sonrisa falsa, que es necesaria para poder sobrevivir, en una realidad cruel y falsa.

Necesito de tu vida, de tu amor, tu profundo sentir, te necesito a ti. Solo tú, puedes entrar en mi vida, solo tú, puedes ver mi verdad. Tú, ya eres mi verdad, mi intenso deseo, mi canto en el viento, mi paz y mi intenso deseo. Estarás día tras día en mis recuerdos, en ese lugar donde todo lo puedo, ahí, estarás y vivirás. Tú lo sabes, tú me conoces.

Mi sentimiento, es un recuerdo en el espacio, en mi espacio, en mi todo. Mi creencia, tan mía, tan

tuya, tan nuestra. Mi miedo, mi oscuro sentir, tan cierto, disminuido por ti. Mi deseo, ese niño lleno por descubrir lo prohibido. Mi lucha, intensa, sustentada por ti, tan fuerte y tan inútil, obstruida por mi miedo. Mi cuerpo, mi envoltura, falsa, pues dentro es donde existo, es donde puedo ser lleno de mi deseo. Tú, me enseñaste, me ayudaste, y sin darme cuenta, entraste en mi vida y abrazaste con sueños mi ilusión, y dulcemente existes, gracias. Yo, todo lo anterior, y mil cosas más, un ser complejo, diferente, especial y útil, por ti. Mis ojos, la puerta a mi vida, la llave a mi verdad, mi deseo compartido, mi secreto descubierto. La lluvia, mi alegría, mi imaginación multiplicada en cada gota, en cada húmeda visión. El ¿Por qué?, esa idea de curiosidad, la respuesta a mi miedo, la indirecta comprendida, el deseo reprimido. Mi mundo, mi exterior, mi lugar temporal, mi maestro y mi enseñanza, lo compartimos tú y yo. Mis amigos, como mis hermanos, mi complemento, pero no mas que tú, ellos, siempre dispuestos, seres creados para rodearme. Mi mente, dispuesta a aprender, a sentir, pero no puede olvidar. Mi verdad, solo tuya y mía, solo para mí y para ti, no deja a nadie más entrar a ella. El momento, irrepetible, única, nunca igual, quizá parecido. Mi ilusión, ya lo sabes, no puedo decir más. Mi relación, mía, única también, ni mala , ni

buena, solo diferente. Ella, hermosa, bella, querida, amada, inolvidable, permanente, mi verdad nunca le pertenecerá. Traición, llena de maldad, mentira, falsedad, y malas intenciones, una envidia vestida de amor, un amor frustrado. Un pecado que no podré olvidar. Perdón, una enseñanza sincera, una recuperación, un amor reconciliado, y un mal olvidado. Soledad, la mejor compañía, el bien no comprendido, el reencuentro con uno mismo. Pasión, calor y amor, deseo incluido. Un fósforo ardiente, lleno de placer y éxtasis. Vida, la oportunidad de existir, de hacer tuyas las letras, de encontrar tu camino y tu misión, de plasmar tu alma en un lejano universo. La comparto contigo. Viento, aire corriendo, siendo libre, aire viviendo. Huele a ti. Luna, lumbrera nocturna, cuantos secretos sabe guardar, incluido el mío. Llena de ternura mi deseo con sus manos frías. Dios, ese que me dio vida, que no se si me comprenda, pero seguramente me ama, así, sin más. Cielo, firmamento inmenso, proteges a las nubes, a la lluvia, mi cielo, tú. Todo, relativo, falso, infinito, nada se te escapa, tú y yo.

LA CONVERSACION

Mantenía la conversación, despacio, utilizando pequeñas preguntas que invitaban a su contertulio a seguir hablando y hablando. Moldeó su propio rostro con reflejos que mostraban suma atención, con expresiones que ella ya dominaba y sabía que provocaban en la persona contraria el placer de sentirse escuchada. Sus ojos alerta ahormados para expresar interés recogían un campo visual amplio, el hombre parlante, frente a ella, en el centro; delante otra pareja que ha detenido el paso mientras observan el cruce inesperado de los dos. La acera es amplia y acoge con generosidad a hombres, mujeres y niños; transeúntes raudos de la gran ciudad. A un lado el amplio escaparate con figuras hieráticas, detenidas, es el momento estático; a su derecha la calzada, luces y ruidos en movimiento eterno. Y ahora, allí, frente a ella, él, inesperadamente feliz, ante ese encuentro que no esperaba, que le regresa al pasado emergiéndolo consciente, como momentos mágicos que se le escaparon entre los dedos.

- ¿Qué sorpresa..., cómo estás..., qué tal está tu madre....?

Parecía anhelante de algo, lo delatan sus palabras que se atropellan, pues como si fueran dos caminos que se bifurcan, la voz y el pensamiento han tomado sendas diferentes; los sonidos que él emite son impersonales, preguntas de cortesía, mientras, su memoria no deja de dibujar una escena que tiempo atrás, día tras día estuvo adornando con nuevas sensaciones, que ha diseccionado despacio en largas horas de vigilia, año tras año recordando un instante fugaz en medio de borrascas y días de primavera.

Pero, los ojos, siempre son los ojos lo que hablan mas de la cuenta, los que atrevidos muestran el interior del lenguaje. Las pupilas le asoman brillantes y se mueven deseosas de otro paisaje, quieren invitar a la confidencia, a compartir unos segundos lejanos en otro plano. Mientras tanto las palabras huecas y convencionales siguen revoloteando por el espacio, hay un tic nervioso que delata la tensión que le recorre por la espalda, y ella conocedora de esos ojos, de esas manos, de esas frases vacías, está callada, y solamente lo mira, despacio y atenta.

- ¿Y tu padre, como sigue?, ¿vives donde siempre?, te veo muy bien....estás mas delgada....

Dominando el momento, ella se alza sobre su persona, y sigue callada, como tantas veces había ensayado, orgullosa la mirada, esperando paciente pre-

guntándose que hará él. Con su semblante sereno y frío se recrea en su cabeza, la nota demasiado pequeña para ese cuerpo, o será tal vez que el traje le provoca una musculatura que sabe que él no tiene. Las arrugas se le han ido marcando en la comisura de los labios, los ojos sobresalen impúdicos y ya no muestran ese color limpio de honor y verdad del que él tanto presumía. Y sigue hablando vaguedades, porque está esperando que ella le ayude a tender esa mano que sellaría el truncado final de un pasado. El ayer que se quedó en incógnita, en ingratitud, en olvido y en silencio.

- Que casualidad encontrarnos.....precisamente hoy....tengo una reunión urgente ahora.... verás.... yo.....que coincidencia....estoy con unos clientes....

Es un cruce casual, en la acera, la otra pareja espera a que termine el encuentro y los saludos; ante la ausencia de presentaciones discretamente se han apartado de ellos, y retomando una conversación ligera, posiblemente el tiempo tan lluvioso, esperan pacientes a que ambos se despidan. El observa como le están aguardando, duda y sopesa que hacer. Como siempre, queriendo resolver dos escenas contradictorias, la invitación a la confidencia o el comportamiento convencional, esperando que surja algo que le permita concluir cómodo, o por lo menos aparen-

temente. Siente que esta vez necesita solucionarlo bien. Tiene una losa pegada en algún pliegue de su memoria que durante años ha asumido, justificando y negándose a si mismo unos hechos que conoce.

- Vaya..... precisamente... el otro día me acordé de ti.....verás....yo.....en fin....

Y ella sabe que él está vacilando, que desea su ayuda para resolver el gesto, y los ojos, una vez mas, se lo piden. Al mismo tiempo, ladeando la cabeza y dirigiéndose a sus compañeros de viaje les adelanta un "esperad un momento, por favor" y así, nuevamente se da tiempo, recompone su figura ante ese instante que cree de debilidad, que conoce y oculta con maestría de ironías y frialdad.

- Bueno... que ilusión.....verte...., bien....¿dónde vas?.....yo... aquí al lado.... podríamos... bueno...

Ella, ha acariciado también ese mismo momento, en el que sabe que él se esconde y que sólo en contadas ocasiones le ha mostrado, quitándose esa máscara de hombre fuerte e invulnerable. Y ese soplo fugaz la ha trasladado a antiguas tardes de convivencia, serenos paseos y recreos de pasión. Ella percibe la llamada de angustia que sus ojos y sus manos lanzan, que involuntariamente se han desatado de esa mente que quiere dominarlo todo.

- ¿Qué hora es....verás.... como siempre... no llevo reloj.....tengo mucha prisa....pero....en fin ...tal vez....

Intuye que hay una lucha interna entre su palabra hueca y su mirada llena; y ella serena, espera, despertando una sensación que creía agostada y en su propio rostro débilmente se desliza una imagen antigua de músculos relajados, casi una invitación para aceptar las disculpas. Acaso un intento de abrir la puerta y terminar con los silencios. Ya son demasiados años de desprecio y quiere cicatrizar el capítulo de ese abandono repentino e indigno. Cree que ya no le duele el rechazo que encontró cuando mas le necesitaba, cuando adivinó otras llamadas cómplices y susurros telefónicos. Y luego, el silencio, día tras día invadiendo su esperanza, hasta que se colmó de vacío, incluso en los momentos en que no era capaz de aceptar la realidad cuando oía el teléfono sonar y colgar como señal de pacto.

No está cansada, pero sabe que el encuentro casual está durando demasiado, ya han terminado las preguntas, por la familia y el trabajo; e intuye que sólo queda dar el paso, el que no dio él hace ahora diez años, decidir entre ellos que esperan allí en la acera, o ella que ha esperado ya demasiado. Incluso se atrevería a apostar débilmente por él otra vez, y

ya está preparando su invitación para cerrar rencores. Ahora, es ella la que permite que sus ojos transmitan sus deseos, son ahora sus pupilas, ansiosas, los ojos de ella lo que tienden el puente, - ¡Di sólo una palabra!, por favor, - están clamando.

- Siempre te delatará la mirada - le oyó murmurar- sigues teniendo unos ojos que hablan mas que tu, nos queremos decir los mismo y no hacen falta las palabras. Lo nuestro es pasado. Olvidémoslo. Adiós.

LA PRIMERA VEZ

Fue hace varios años, y todavía siento en mi piel las sensaciones de aquella noche. Recuerdo muy de tanto en tanto aquel encuentro, y lo hago precisamente cuando me siento un poco deprimido, como me sentía aquella tarde.

La lluvia torrencial no me había impedido salir de la oficina alrededor de las seis; estaba muy cansado, y quería irme. Había sido una semana de trabajo muy ardua, muy agotadora, en la que todos habíamos puesto tanto esfuerzo en que la cosa saliera bien, que quedamos abatidos cuando todo salió mal. Cada uno se había ido y también yo decidí irme. El agua sobre mi cara iba limpiando poco a poco mi tristeza, mis preocupaciones, mi sensación de soledad. Me iba a casa.

Tenía ganas de llegar y compartir lo que había sucedido con Marta, pero recordé que ese viernes, Marta se había ido por la mañana a Barcelona, a la casa de su madre por el fin de semana, y volvería el domingo, así que decidí entrar al bar que quedaba cerca del parking , tomar una copa, y ver caer la lluvia a través de los cristales. Pensaba en Marta, en cuánto la quería, en lo enamorado que estaba, en lo feliz

que me sentía a su lado, y en cuánto la necesitaba aquella tarde. Ya llevábamos cinco años juntos, y nada había salido mal. No había habido en mi vida otra mujer desde que Marta apareció. Llenaba todas mis necesidades de amor, ternura, amistad, y también de variado sexo, ese sexo que pocas parejas estables logran tener, sin tabúes, sin límites, sabiendo cada uno lo que necesita el otro para satisfacerse mutua y plenamente, sin ningún esfuerzo. Marta era para mí desde una inocente Blancanieves hasta la amante más insaciable.

Después de tres tragos , un café , dos horas, y la desaparición de la lluvia, salí del bar y fui directo a mi piso. En el contestador había tres llamadas: las tres de Javier, que me decía que estaba en Madrid, y vendría a eso de las diez de la noche. Hacía varios meses que no nos veíamos, ya que él estaba viviendo en Jaén, obligado por su trabajo.

Con la llegada de Javier, se alegró la noche. Nos saludamos como de costumbre, a puñetazos de amigos. Entre bebida y charla, habíamos decidido ir a tomar unas copas más a uno de esos bares nocturnos en los que se escuchaba buena música y se entraba, más tarde, a desinhibir actitudes bailando hasta la madrugada. Pensé que me iba a hacer bien una salida de amigotes con Javier.

El boliche estaba a tope. Hacía tiempo que no iba a uno de esos sitios. Recuerdo que la última vez habíamos ido Marta, unos amigos y yo para festejar el cumpleaños de uno de ellos.

Javier es uno de esos tíos con quienes es imposible no pasarlo bien. Apenas llegamos, me dijo:

-Ven, vamos a bailar salsa.

-Estás loco, tío, tu y yo bailando salsa, pareceremos dos maricones de la noche.

-¡Tú me haces caso y te vienes a bailar.

Habría sido por mi falta de experiencia que me sorprendí cuando, apenas nos pusimos a bailar, muy desenfadadamente, se acercaron a nosotros dos mujeres que abrían la tierra con sus cuerpazos. Una de ellas se le pegó a Javier como una garrapata. Bailaba desenfrenadamente, contorneando sus caderas como pocas veces se ve a una mujer hacerlo.

-Maripaz está más loca que de costumbre. Creo que vas a perder a tu amigo dentro de un ratito.

Javier y Maripaz desaparecieron de la faz de la tierra antes de que pudiéramos darnos cuenta.

Rita era una mujer madura, de unos treinta y cinco años, abogada, y con un cuerpo de esos con los que uno sueña bombardear alguna vez con dinamita corporal. Al bailar, nuestra química despertaba mí una sensación de guturalismo absoluto. Continuamos mo-

viéndonos una hora seguida, y luego nos fuimos a la barra a tomar una copa. Las curvas de su infinita geografía, junto su aire intelectual, sus facciones de hembra instintiva, el alcohol, el sonido de la música, y mi sensación de estar solo en el mundo con ella, formaban un coordinado paisaje en el que nos desenvolvíamos espontáneamente.

-Estoy algo cansada. Llévame a mi casa.

Auto, viaje a ciento cuarenta, sus caricias durante el trayecto, su casa en Paseo de Recoletos, ascensor, piso estupendo, una llave que abre la puerta y que abre también el paso a nuevas sensaciones, nuevos signos, ya decodificados hace milenios. Los zapatos y las ropas se dejan caer sobre la alfombra junto a nuestros cuerpos sudorosos. Los gestos, las miradas y señales se materializan en un interminable contacto predecible entre millones de poros que se comunican incansablemente entre sí. El calor aumenta y los abrazos son más fuertes a medida que la inquietud avanza hasta casi obnubilarnos. Las paredes no existen, como no existe el tiempo, ni pesa en la conciencia el recuerdo del aroma de césped recién cortado y el olor a cera recién esparcida, ni otros recuerdos de la infancia. Las luces se apagan, y el ruido de la calle cesa por completo. Sólo la música resuena en los oídos en forma estridente, y nos abruma. Nuestros accidenta-

dos cuerpos juegan el juego de una sinfonía interminable. Todo es imprevisto, animal, instintivo. Una sucesión de fotogramas no convencionales se imprime en ese cuarto. Contenedmos el aliento que de repente se desborda en interminables ondas crecientes para finalmente exhalar el infinito. Me quedo allí a su lado unos instantes, mientras cesa la música, vuelve la luz y los ruidos de los coches y las cascadas de agua. Me siento en un tresillo a observar mientras se viste: me gusta. Me alcanza mi ropa, mezclada con la suya. No existen las palabras.

Llegué a casa a la mañana siguiente. Recuerdo que me invadía una sensación muy extraña, agradable pero desconcertante a la vez. Tenía un día por delante para poner en orden mi mente, mis sentimientos. Empecé a inquietarme, a sentir culpa. No podía ocultar a Marta lo que había sucedido. Marta no estaba. Marta era mi mujer. Comencé a pensar que no lo entendería. Comencé a extrañarla. Tenía unas ganas de montármela con ella como hacía mucho no me sucedía.

Ahora vamos casi todos los viernes a algún bar de copas, bailamos, y llegamos de madrugada para hacer el amor hasta cansarnos. Rita y yo. Marta no pudo entenderlo.

La foto de Santa Lucía

A esta foto le tengo mucho cariño. Quizá no sea sólo porque es muy buena, sino también por ser la primera foto que hice con flash en mi vida.

Fue allá por los años treinta, al poco de prestarme mi padre el dinero para comprar una cámara portátil, una Deica I, último grito, de 35 mm. Y un contador de 36 copias.

Yo quería ser fotógrafo profesional y había ido a aprender unos meses el noble arte con un artista de fotos trucadas que se instalaba en los jardines de Méndez Núñez, junto a la fuente de los peces.

Todos los días le ayudaba a acarrear los cachivaches a la espalda hasta el jardín. Un caballito de cartón grueso con ruedas; unas siluetas descabezadas de mujeres vestidas con refinados ropajes y de hombres con vistosos uniformes, todas ellas de tamaño natural y tan bien hechas que vistas de lejos daban el pego, pues hasta parecían gente e incluso se tenían de pie. La cabeza se la habían arrancado adrede y en su sitio ponías la tuya. Así, como por arte de magia,

en el tiempo de un parpadeo, te convertías en una elegante dama o en un atrevido y apuesto general.

Ni que decir tiene que, aparte de los niños, la mayor parte de los clientes eran criadas y militares sin graduación.

El artista llevaba a las espaldas el trípode con la cámara fija. En una mano un caldero vacío. Luego en el sitio, llenábamos el caldero con agua de la fuente para hacer los revelados.

A mi me parecía un trabajo fácil y bonito el de ser fotógrafo. Ahora ya tenía la máquina y sólo me hacía falta un flash. Se lo encargué a un relojero, muy habilidoso, que tenía su tienda en la encrucijada de San Andrés con la Rúa Nueva. Le llamaban Cherforé.

El hombre, que ya de si era un milmañas, me hizo con un mechero viejo y una cajita de lata -de aquellas en las que se guardaban las píldoras-, un juguete muy ingenioso. Al apretar el mechero la chispa prendía en los polvos de magnesio que tenía la cajita y soltaba una llamarada tremenda, tan viva como un rayo. Por un momento te dejaba ciego.

Una tarde de un día cualquiera del mes de diciembre fui a recoger el artilugio.

Con la máquina en ristre y el flash nuevecito del paquete, orgulloso, di unas cuantas vueltas por las calles del centro con el ánimo de encontrar un posible cliente con quien estrenar el flash. Los comercios estaban vacíos y por las calles no se veía un cristiano. Había anochecido pronto, muy temprano, hacía un viento tan frío que no paraban ni los perros. Pese a lo que ya llovió desde aquella, aún hoy me acuerdo de todo como si fuese ayer.

De pronto, escuché por el otro extremo de la calle un alboroto de risas y cantos. Era gente joven, fiestera, que a buen seguro estaban celebrando algo. No serían menos de quince o veinte. Venían cogidos del brazo, haciendo ruido con los pies y cantando a todo pulmón: "Atrancar la calle, que no pase nadie..."

Dije para mí: "Llego la hora, esta es la mía". Me escondí en un portal y cargué el flash a toda prisa. Iba a hacerles una foto por sorpresa. Son las que mejor quedan. La gente no tiene tiempo de poner caras raras y salen al natural, tal y como son, como les vemos todos.

Así que, en el momento preciso, me planté en medio de la calle, les enfoqué y les pegué un grito:

- ¡Alto ahí! ¡Que nadie se mueva! -como un solo hombre se quedaron todos quietos, sin rechistar. Disparé las dos cosas a un tiempo.

Uno de ellos preguntó asombrado.

- Qué demonios fue ese relámpago ¿Qué paso?

Otro gritó.

- ¡Santa Barbara bendita!

- ¡Es una foto! Una foto para vuestros nietos -le contesté, burlón, pausadamente, dominando la situación.

- ¿Una foto...!

- Sí, una foto. ¡Nunca habéis visto otra mejor, ni la llegareis a ver en toda vuestra vida!

Una carcajada general resonó como un trueno por todas las paredes de la calle. Entonces caí de la burra. De repente, me di cuenta de la tremenda barbasada que había dicho. Aquella gente era ciega. Eran los vendedores del cupón de la Once que estaban celebrando su santa patrona. Santa Lucía, mengua la noche y crece el día.

Callado, eché a andar, avergonzado. Ni tan siquiera me despedí de ellos. Andaría unos cinco o seis pasos cuando escuché que alguien me llamaba.

- Señor, no se vaya. ¿Cuándo va a estar hecha la foto? A lo mejor queremos alguna.

Di media vuelta y les dije que mañana, a eso de las seis de la tarde, podría estar lista. Les di mi dirección.

Al día siguiente, a las seis en punto, sentí un barullo a la puerta de la casa. Eran todos los ciegos que venían por causa de la foto. Les hice pasar al salón. Uno de ellos apretó la foto con mano trémula. Con ella en la mano, emocionado, con los ojos en blanco, comenzó a explicar:

- Aquí, a la izquierda, está Manoliño con el sombrero en la mano; luego, la Marica; después el guapo de Chente, asomándole el pañuelo por el bolsillo de la americana; a su lado, la seriota de la Luisa; el Xanciño....; la alegre Maruxa a todo cantar....

Y así, uno tras otro, iba nombrándolos a todos, colocando a cada quien en su sitio. No se equivocaba,

no. Hasta parecía que los estaba viendo. ¡Quien sabe...? A lo mejor, hasta los veía.

Los otros ciegos sonreían y escuchaban, hechizados, en el más absoluto silencio, como si de verdad estuviesen mirando para la foto.

- Y... ¿yo donde estoy? -Preguntó el hombre que hablaba.

- Usted es el segundo por la derecha -le contesté.

- ¡Ah! Perdón, no me encontraba.

Cada uno me encargó una foto. Alguno incluso dos.

Con el dinero que me dieron le devolví el dinero a mi padre. Fue la mejor foto que hice en mi vida.

A foto de Santa Lucía

VERSIÓN EN GALEGO

A esta foto téñolle moita querencia. Quizabes non sexa só porque é moi boa, senón tamén por se-la primeira foto que fixen con flash na miña vida.

Foi alá polos anos trinta, a pouco de prestarme meu pai os cartos para mercar unha cámara portátil, unha Deica I, último berro, de 35 mm. e un contador de 36 copias.

Eu quería ser fotógrafo profesional e fora aprender uns meses o nobre arte cun artista de fotos trucas que se puña nos xardíns de Méndez Nuñez a carón da fonte dos peixes.

A cotío, axudaballe a carrexar os cachifallos ó lombo ata o xardín. Un cabaliño de cartón groso con rodas; unhas siluetas descabezadas de mulleres vestidas con requintadas roupaxes e de homes con vistosos uniformes. todas elas de tamaño natural e tan ben feitiñas que vistas de lonxe daban o pego, pois mesmo semellaban xente e ata se tiñan de pé. A cabeza arrincáranllela a mantenta e no sitio dela puñas a túa. Así, como por arte de maxía, no tempo dun

palpabrexo, ficabas mudado nunha elegante dama ou nun afouto e aposto xeneral.

Nin que decir ten que, a máis dos nenos, a maior parte dos clientes eran criadas e militares sen graduación.

O artista portaba ás costas o tripode coa cámara fixa. Na man un caldeiro baldeiro. Logo no sitio, enchíamo-lo caldeiro con auga da fonte para facer os revelados.

A mín parecíame un choio doado e bonito o de ser fotógrafo. Agora xa tiña a máquina e só me facía falla un flash. Encargueillo a un reloxeiro, moi arteiro, que tiña a súa tenda na encrucillada de San Andrés coa rúa Nova. Chamábanlle Cherforé.

O tal home, que de seu xa era un milmañas, fíxome dun chisqueiro vello e unha caixiña de lata -de aquelas en que se acochaban as pilulas-, un trebello moi inxenioso. Ó apertar o chisqueiro a faisca prendía nos pos de magnesio que tiña a caixiña e ceibaba unha laparada tremenda ,tan viva coma un lóstrego. Por un intre deixábate cego.

Unha tarde de un día calquera do mes de decembro fun recolle-la artimaña.

Coa máquina en ristre e o flash noviño do trinque, fachendoso, din unhas cantas voltas polas rúas do centro co ánimo de atopar un posible cliente con quen poder estrear o flash. Os comercios estaban baleiros e polas rúas non se vía un cristian. Anoitecera axiña, moi cedo, había un vento frío que nin os cans paraban. Pese o que xa choveu dende aquela, aínda me acordo hoxe de todo coma se fora onte.

De socato, escoitei polo outro extremo da rúa un balbordo de risas e cantos. Era xente nova, trouleira, que a bon seguro estaban a celebrar algo. Non serían menos de quince ou vinte. Viñan collidos de gancho, troupeleando e cantando a todo berrar: "Atrancar la calle, que non pase nadie..."

Díxen para min: "Chegou a hora, esta é a miña". Agochei nun portal e carguei o flash a toda présa. Ia facerlles unha foto por sorpresa. Son as que mellor quedan. A xente non ten tempo de pór caras raras e saen ó natural, tal e como son, coma as vemos todos.

Así que, no momento preciso, planteime en medio da rúa, enfoqueinos e pegueilles un berro:

- ¡Alto aí! ¡Que ninguén se mova! - coma un só home ficaron todos quedos, sen rechistar. Disparei ámbalas dúas cousas a un tempo.

Un deles preguntou abraiado:

- ¿Que demo foi ese relampo? ¿Que pasou?

Outro berrou:

- ¡Santa Bárbara bendita!

- ¡E unha foto! Unha foto para os vindeiros - contesteille, chufón, paseniño, dominando a situación.

- ¿Unha foto...!

- Sí, unha foto. ¡Nunca outra mellor vistes, nin chegaredes a ver en toda a vosa vida!

Unha gargallada xeral resoou coma un trono por tódalas paredes da rúa. Entón caín da burra. De supeto, dinme conta da tremenda barrabasada que dixeran. Aquela xente era cega. Eran os vendedores do cupón da ONCE que estaban a celebrar a súa santa patrona. Santa Lucía, mingua a noite e crece o día.

Caladiño, botei andar, máis corrido que un can. Nin tan sequera me despedín deles. Andaría uns cinco ou seis pasos cando escoitei que alguén me chamaba.

- Señor, non se vaía. ¿Cando vai estar feita a foto? Ó mellor queremos algunha.

Dei meida volta e díxenlles que maña, a iso das seis do serán, podería estar lista. Dinlles o meu enderezo.

Ó día seguinte, ás seis en punto, sentín un barullo á porta da casa. Eran tódolos cegos que viñan por mor da foto. Paseinos ó salón. Un deles premeu a foto con man trémula. Con ela na man, emocionado, cos ollos en branco, comezou a explicar:

- Aquí, a esquerda, está Manoliño co sombreiro na man; logo, a Marica; despois o guapo do Chente, aomándolle o pano polo peto da americana; o seu lado, a seriota da Luisa; o Xanciño...; a leda Maruxa a todo cantar...

E así, un tras outro, ía nomeandos a todos, colocando a cadaquén no seu sitio. Non se trabucaba, non. Perde coidado. Mesmo parecía que os estaba vendo. ¡Quen sabe...? O mellor, ata os vía.

Os outros cegos sorrían e escoitaban, enfeitizados, no máis absoluto silencio, coma se de verdade estiveran ollando para a foto.

- E... ¿eu onde estou? -preguntou o home da fala.
- Vostede é o segundo pola dereita -contesteille.
- ¡Ah! Perdón, non me atopaba.

Cada un encargoume unha foto. Algún ata dúas.

Cos cartos que me deron, devolvínlle o diñeiro o meu pai. Foi a mellor foto que fixen na miña vida.

LA
TRISTE
HISTORIA
DE UNA MUCHACHA
QUE VESTÍA UNA TALLA
INVEROSÍMIL Y CALZABA
UNOS ZAPATOS INMENSOS

Era rolliza, pelona y de piel rosada. Su apetito inmenso. Cada dos tres horas, su madre la alimentaba. Primero de sus fuentes, y cuando estas un día se secaron, la mujer echó mano de la lactancia artificial. Los biberones. Ocho de doscientos gramos, reforzados por un poco de cereal, se calzaba la criatura entre las nueve de la mañana y las doce de la noche, más el extra de las cuatro de la madrugada.

A los tres meses, Claudia era como un rollo de manteca, toda argollas. Pacífica, no siendo cuando la apremiaba el hambre, que parecía insaciable. Entonces se ponía a chillar desesperada, sin dar tregua ni descanso a su pobre mamá, quien durante el período de la lactancia y en la etapa del potito, no hacía otra cosa que atender las exigencias de la niña y preparaba a un ritmo demencial biberones y papillas.

La cría era el orgullo de sus padres, que todos los días la sacaban al parque en su cochecito, y contentos, exhibían sus doce kilos de carnecita rosa embutidos en faldones y dodotis.

-¡Miren que piernas! - decía la mamá a sus conocidas-

-¡Que hermosura!- ponderaban a un tiempo tres o cuatro señoras.

Luisito, que tenía cinco años, y era muy listo para su edad, comentaba despectivamente: "Parece una pepona", luego abultaba los carrillos remedando los mofletes de la pequeña, y pese a la mirada de advertencia de su abuela, repetía terco: "¡Sí!, ¡una pepo-na!"

Luisito vivía en el mismo edificio que Claudia, y estaba harto de que cuando su madre y su abuela lo llevaban al parque, no tuvieran nada mejor en que ocuparse que de admirar las extremidades de aquel bebé rosado y gordinflón.

A los siete años, Claudia seguía siendo una niña obesa.

-Se le pasará -decía su madre. Pero no.

Cuando empezó en el instituto, aunque estaba muy crecida seguía siendo una cría gordinflona.

Sus padres en esa etapa de su vida empezaron a discutir constantemente, a veces entablaban delante

de la niña verdaderos duelos verbales, que acababan en pelea. Luego, la madre para compensarla trataba de crear en torno a ella un ambiente de falso bienestar y permitía y fomentaba el que se atracase con todas las exquisiteces y bombas supercalóricas del supermercado, tales como embutidos, dulces, chocolates, amen de refrescos gaseados cargados de azúcar

Claudia se sentía insegura. Pronto se convirtió en una comedora compulsiva sin que nadie hiciese nada para evitarlo. Iba y venía del Instituto cargada de golosinas, y aunque le dolían las burlas de sus compañera, exorcizaba todos sus males imaginando la rica comida que se encontraría al llegar a casa.

Luisito hacía su último curso en el Instituto. Se había convertido en un chico guapote, deportivo y bromista, un líder entre sus compañeros. Nada se decidía en el grupo sin contar con su aprobación. Todas las chicas estaban locas por el, incluida Claudia; pero era un secreto que se guardaba para ella sola, por miedo al ridículo. Sabía que estaba en total desventaja frente a las demás, que se reirían si supiesen todo lo que se atrevía a soñar.

Un día coincidieron en el ascensor. Él, impulsivo, le soltó: "¿Qué tal, gordi? A ver cuando te decides a adelgazar..." Lo dijo a la ligera, sin pensar en el daño que acababa de causarle. En el portal lo esperaba Marta, una compañera de clase. Era muy bonita. Después de besarse, enlazados por la cintura se marcharon hacia la parada del autobús.

Claudia les siguió con la mirada empañada por las lágrimas.

-Soy horrible, soy deforme -pensó. Llegó llorando al Instituto, y a media mañana la mandaron de vuelta a casa.

-¿Que le pasa?- pregunto el padre, mientras cerraba apresurado las maletas para irse de viaje.

-Cosas de la edad- contestó la mujer- Hoy le vino la regla. Es la primera vez-

-¡Ah! -respondió él, y sin más salió de sus vidas dando un portazo.

Desde que se tropezara con Luis en el ascensor, la mente de la niña empezó a cambiar. Odiaba al vecino, lo odiaba y le adoraba al mismo tiempo, y lo mismo empezó a sucederle con la comida. Ansiaba co-

mer, para después correr a encerrarse en el cuarto de baño y vomitarlo todo. En unos meses adelgazó un montón.

Hacía ya dos años que su madre no paraba de repetir: "Claudia, hija, no comes nada", "¡Claudia es muy tarde, deja ya de estudiar!". La perseguía todo el santo día con su cantinela. ¿Es que no podía ocuparse de sus cosas, dejarla en paz? Estaba harta de ella.

"Me encuentro perfectamente mamá." Lo decía muy seria, muy segura, y se encerraba en su cuarto a estudiar, a leer o escuchar música.

Cada vez sacaba mejores notas, cada vez comía menos. Era ahora una adolescente casi esquelética, de grandes ojos y tez transparente. Obsesionada, se miraba en los espejos, y aún se veía gorda, muy gorda...

Una tarde entró en la cocina , y se comió una hermosa aceituna gordal... No pudo evitar la tentación. Enseguida empezó a sentir que aquella aceituna se atravesaba en su estómago, y le hacía un bulto descomunal... Hasta que vomitó la aceituna, no paró.

No había vuelto a ver a Luis, que estaba en la Universidad, pero a veces soñaba con él, y miraba una fotografía que su padre les había sacado en el parque cuando eran pequeños, en la que ella era una niña gordinflona... Después, se complacía en imaginar lo que él diría cuando la viese con su nuevo aspecto, la gordi, la pepona del Instituto, se había transformado en la sofisticada Claudia, orgullosa de su nuevo look...

Le gustaba ir de compras con sus amigas, a esas tiendas donde vendían ropa de tallas inverosímiles, tallas que se ajustaban a un ideal que no se correspondía con la realidad. Aunque cada vez, eran más, las que como ella, se enfundaban en una treinta y cuatro, o treinta y seis...

Ese otoño Claudia llevaba unos pantalones de campana, y usaba unas camisetas que no le hubieran servido ni cuando era un bebé. Se compró unos zapatos que estaban de moda, enormes, y con plataforma. Eran como dos tanques que sostenían sus piernecillas de alambre; con ellos caminaba ligera por las calles, toda espíritu.

Se sentía muy bien cuando no comía nada, y hasta tenía la sensación, de que si se lo proponía, podría

echarse a volar como un pájaro...¡No!, estaban un poco gordos... mejor como una mariposa... Cada vez le gustaba menos vivir con su madre, siempre amenazándola con sus repugnantes platos de comida. Aunque ella, era una maestra simulando que se lo comía todo. Como un prestidigitador, era capaz de sentarse a la mesa y hacerla creer que había vaciado el plato , sin haber probado apenas nada. Tenía sus trucos.

Mientras caminaba se observaba en las lunas de los escaparates. Con sus nuevos zapatos parecía más alta, la hacían más esbelta, habían sido un acierto.

Se lo tropezó inesperadamente, cuando estaba a punto de entrar en el ascensor. No la reconoció.

-¡Hola Luis !- saludó emocionada.

-¿Claudia?- preguntó estupefacto, mirándola sin saber que decir. De pronto le soltó, impulsivo como siempre- ¡Chiquilla, te has pasado, das pena...!

Quiso arreglarlo pero ella no le escuchó. Precipitadamente salió a la calle, y se echó a caminar sin saber muy bien hacia donde. .Ahora los zapatos le pesaban demasiado, y Claudia, se sentía triste, muy

triste. "Estoy vacía", pensó mientras recorría el parque desorientada. "Mi alma, o mi cuerpo... ¿acaso tienen algún valor, algún sentido?... ¿a quién le intereso yo?"

Envidió la levedad de las hojas que se desprendían de los árboles a lo largo de la alameda, y que sin esfuerzo subían impulsadas por el viento de octubre hasta perderse en el cielo gris.

Se acurrucó en un banco e instintivamente adoptó una posición fetal. Se estaba bien así... Volver al principio, o mejor aún, dejar de ser... Se sintió inmersa en, una dulce languidez... "Soy una hoja" divagó. "No... una delgada lámina, no... un suspiro. Nada, soy nada, no..."

Tan sólo deseó ser un beso, un beso silencioso, posándose como una mariposa en los desdeñosos labios de Luis.

Tenía sueño, y estaba cansada, muy cansada. Acababa de cumplir dieciséis años y de pronto comprendió que el peso que más detestaba era el peso de vivir.

EL
ENTIERRO
DE MOISES COHEN

La señora Sara Singer tiene reclinada la cabeza en el respaldo de la butaca, los ojos cerrados, una mano está como abandonada en el regazo, la otra se la estrecha su nuera Rebeca, queriendo así manifestarle su afecto, decirle que le comprende y que siente su dolor. Ella también estaría así ante el cadáver de un esposo tan amante como fue Moisés cohen, ahora de cuerpo presente.

Sara Singer se levanta, estira su vestido con rutina, con el gesto automático de siempre y dice a su nuera:

-¡Vamos!

Reúne al servicio en el salón y da órdenes.

-Pongan mantel blanco en la mesa del comedor y jarras con agua y con vino, todo se servirá en cristalería fina. Llenen bandejas con pan en abundancia y distribúyanlas por la mesa, cuiden de que siempre estén llenas. Cubran los espejos de la casa con lienzos negros y entornen todas las ventanas.

Los obreros de nuestra fábrica que lo deseen podrán entrar en la casa y serán tratados con la misma consideración que la familia, si quieren velar al patrón lo harán hasta las doce de la noche. A esa hora se cerrarán las puertas y sólo en la intimidad velaremos a mi amado esposo.

Sara Singer despide al servicio, sus ojos se niegan a llorar mientras que su corazón aturdido late sin control.

Los empleados de la funeraria han hecho su trabajo. El cadáver del señor Moisés Cohen está instalado en el centro del vestíbulo, custodiado por cuatro imponentes velones con su llama bamboleante, como movidas por un viento que no hay.

Isaías, Ismael e Isaac rodean el féretro de su padre, están pasmados. El cadáver de su progenitor tiene como un gesto complacido, sereno y hasta burlón. No puede ser, se dicen, no se puede estar así si se está muerto... Y no quitan la vista del padre.

Sara Singer se dirige a sus hijos. Estos la besan en la frente con cariño, la madre con los ojos secos que

siguen sin llorar mirando el cadáver de Moisés Cohen, su esposo, dice a sus hijos:

-Hijos míos, vuestro padre ha sido trabajador y honesto, bueno con todos, verdaderamente fue un hombre grande, merece que le hagamos un buen entierro. Propongo que sea conducido al cementerio en un coche tirado por seis caballos.

Isaías, el hijo mayor, mirando a su madre, dice:

-Padre ha sido, en efecto, un gran hombre, pero su grandeza residía en su sencillez. Creo que un coche para su entierro tirado por seis caballos le parecería una ostentación. Cuatro caballos es lo más apropiado para conducirlo a su última morada. ¿Qué os parece? -dijo, mirándolos a todos.

Ismael tomó la palabra. Era el hijo del medio, siempre molesto por el lugar que ocupaba. No ser el mayor ni el más joven es un fastidio, así que aprovechó para hacerse oír diciendo:

-¿No has pensado que a padre le molestaría muchísimo ser conducido al cementerio por un tiro de cuatro caballos ahora que está muerto, cuando en vida nunca tomó un carruaje por ahorrar?

Todos le miran. Lo que ha dicho es cierto-.

Por eso Isaac, el más joven, sin quitar la vista del túmulo de su padre, dijo:

-¿Creéis que padre no pensaría que ya empezamos a derrochar su fortuna si su féretro es conducido por dos caballos?

Los cuatro quedaron en silencio. Y sintieron con toda claridad la voz de Moisés Cohen diciéndoles:

-¡No os preocupéis, hijos míos! ¡Me habéis convencido! ¡Iré andando!

Los cuatro miraron el féretro asombrados, pero sólo vieron la llama de los velones proyectando extrañas sombras sobre el cadáver.

ENCADENADA
AL DOLOR DE TU SILENCIO

Ya prácticamente incrustada en la butaca de terciopelo rojo, Inés, profundamente sobrecogida desde el comienzo de la representación, necesitó de unos instantes para conseguir enderezarse, y de otros tantos para que sus manos, que habían descansado todo aquel tiempo entre las de su acompañante y que se habían ido crispando más y más a medida que la obra transcurría, le respondieran.

Sobre el escenario continuaba aquella criatura, que no tendría más de doce años, menuda, de tez morena y cabellos oscurísimos, que cubría su cuerpo con una vestimenta a medio camino entre kimono y sari, de color rojo brillante, y que en ningún momento había perdido aquella elegancia sorprendente, por lo inusitada, para la edad que aparentaba.

Su voz infantil, suave y de acento cadencioso, había comenzado desgranando palabras en un lenguaje tan desconocido como lleno de simbolismo. Bajo la luz que le llegaba desde lo alto, de un tono azulado y que impregnaba de magia el ambiente, sus palabras, a modo de conjuro, parecían hacer cobrar vida a los

actores, que en un absoluto mutismo, y como si de almas en pena se tratasen, aparecían y desaparecían entre las bambalinas.

Recién levantado el telón, sobre el escenario, en aquellos momentos vacío de atrezo y tenuemente iluminado, hasta una docena de cuerpos pintados por completo de negro retrocedían y se alejaban lentamente, dejando paso a otros tantos pintados de blanco que desde el fondo, y con la misma lentitud, avanzaban hacia el patio de butacas. En perfecta sincronía con sus movimientos, la luz de los focos aumentaba segundo a segundo de intensidad, mientras que lo que era un sutil murmullo casi inaudible se transformaba de golpe en una infinidad de sonidos que, de ser conscientes, podríamos escuchar a nuestro alrededor.

Súbitamente, al tiempo que con enérgicos e inequívocos gestos los acallaba, claras, y ya comprensibles, las palabras de la joven se adueñaron de todos los rincones:

"La luz cetrina del amanecer se extendía precedida por un intenso silencio que era roto, muy de cuando en cuando, por los agudos chillidos de las aves.

Rauhine auna, la diosa de la soledad, cual dueña absoluta de la vida y de la muerte, envuelta en la mana y en sus ura maru no te areori, avanzaba solemne. Y con la misma solemnidad se detuvo para apercibir ese breve instante de quietud imperturbable al que, antes de la llegada del día, se entrega el universo.

También Maloway, la soñadora como la conocían en el poblado, permanecía en una quietud absoluta. Poco antes, los dedos de sus pies descalzos se hallaban a escasos centímetros del final de la explanada. Allí, en aquel lugar donde la meseta, en su continuo intento por alcanzar nuevamente las aguas del océano, se doblaba sobre sí misma convirtiendo la llanura en una escarpada pared de piedra, tan lisa como impresionante. En la meseta había pasado Maloway los últimos cinco días con sus respectivas noches. Los días y noches más terribles de su vida.

Así: la soñadora, se le llamaba desde el día en el que Kupe, el nombre con el que ella le "bautizara", se alejó de la isla llevándose su amor y dejando a cambio la promesa de regresar. A partir de aquel momento Maloway vivió pendiente del sonido de los ihara rahi, y de sus mensajes. Su alma se estremecía con

cada noticia que llegaba del hombre al que amaba o al escuchar el nombre de los puertos en los que había recalado su barco. Y Desde entonces, ¡cuántos y cuántos sueños!

Soñó, y deseó, ser para él ao, y bienvenida; y náve-náve y rearea; y ser la tiare de la antigua Areoi , y su anuanua; y ser bosque, jara, amapola y secoya; soñó ser itatae, y fondo marino, y are, y hua miti, y brisa, y hitia. Soñó recorrer campos y praderas, y surcar ríos y mares. Y un día, muchas jornadas después, su alma se lleno del más grande y hermoso sueño que los seres humanos son capaces de soñar.

Pero en aquellos momentos, Maloway sólo sentía un vahído y un intenso vértigo que le subía desde la boca del estómago hacia la garganta, y le nublabla la visión; ni el uno ni el otro eran producto del miedo: no tenía miedo. Su rostro se alzaba hacia el cielo en busca de la luz y el calor del sol, el viento se arremolinaba en torno a su cuerpo y sus ojos se llenaban de las bellas imágenes que la habían acompañado durante sus pocos años de vida.

¡Cuántos siglos habrían transcurrido desde que sobre la mar tropical, muy bajas, pasaban las nubes

oscuras. Como crecientes olas de humo se elevaban en infinitas vedijas que, desde las islas volcánicas, meciéndose en el aire, se acercaban pausadamente hacia la aurora, semejante a una intensa ascua roja!

Después, Ra, el resplandeciente globo del día, se remontaba surgiendo de lo profundo, la noche moría, y la luz, como una potente himene, flotaba sobre la mar. En el antaño, en el alba gris de las edades, la primera semilla acudió con el sol a las desoladas inmensidades del agua y en sus silenciosas profundidades penetró la luz. Sus rayos calentaron y animaron todas las cosas vivientes. Y se formó la vida. Desde aquel momento, todo fue movimiento y lucha. La existencia se transformaba y renovaba mientras, mañana tras mañana, llovía nueva vida; y así, durante millones de siglos.

Desde una lejana isla volcánica del sur, venía, llevado por la corriente, sobre la mar, un viejo árbol. El agua, de color azul oscuro, susurraba arrumacos alrededor del tronco y las burbujas de espuma blanca rociaban sus secas hojas. Era un árbol saturado de sal, arrancado por la tempestad y abandonado a merced del viento y de las olas.

Pero de sus vástagos pendían racimos de semillas bien protegidas, y para ellas aún había esperanzas. Si conseguían ser arrojadas a tierra algunas echarían raíces, y entonces crecerían frondosos arboles de madera aromática como la del miro. Durante cientos de años producirían hojas, flores, semillas. Para aquellas semillas aún había esperanzas.

Con algo de torpeza, Maloway avanzaba pisando con un cuidado casi reverencial la obra de los corales que, como gigantescas naciones unidas por la consecución de un bien común, habían trabajado al unísono. Ascendiendo desde las zonas más profundas del océano se esforzaban en crear, cortando de esa forma el paso a las inmensas y embravecidas olas y permitiendo el nacimiento de tranquilas lagunas en las que la vida podía reproducirse. Allí, y tras mil peripecias, fue arrojado el tronco, y de él descendieron: cangrejos ermitaños, un ejercito de hormigas y varios lagartos azules. Y allí echaron raíces las semillas, convirtiendo la vasta y desolada superficie en una tranquila isla madreporica. Hasta que llegó el día del gran cataclismo:

En el fondo de la mar, bajo la isla, estaba el volcán. Un volcán que fue cimiento de la primera piedra

del reino del coral. De su negro y brillante basalto se levantaban las paredes verticales que los corales habían construido con cuidado sobre aquella primera piedra. Hacía millares de años que las fuerzas volcánicas parecían extintas; no era así, seguían latentes y acumulando nueva fuerza. Bajo la maciza mole de la isla se desarrollaba una energía terrible. El gigantesco edificio era como la tapadera puesta al cráter. Siglo tras siglo la fuerza del volcán seguía concentrándose y su enorme presión crecía más aprisa que el edificio que construían los corales. La isla madreporica se agitaba cada cierto tiempo sobre su creciente fuerza. No tardaría en comenzar a desarrollarse una violenta tragedia, un abrumador cataclismo.

Y llegó el día: se elevó de la mar un sordo bramido y la isla tembló. Los peces, aterrados, se precipitaron a esconderse en las cuevas. El brillante color rojo del apai, se tornó blanco. El de los pulpos se volvió de pronto amarillo pálido, y el miedo inmovilizó sus ojos. Se quebraron los árboles, crujiendo como si fueran ramitas, y el agua hervía y silbaba al rededor de la costa. El vapor, clamando como una legión de demonios, ascendía hacia un cielo sin nubes y las aves volaron chillando hacia el horizonte. La isla de coral fue arrancada del abismo azul oscuro. Un furioso alarido

rasgó los temblorosos velos de la niebla y las cenizas volcánicas cayeron como lluvia sobre la mar.

Las escarpadas paredes se elevaban ahora por encima de las olas. A través de las grietas pasaron estruendosos torrentes de agua de la albufera que enfriaron las murallas exteriores del arrecife anular e impidieron que se derritieran. Las nubes de humo oscurecieron el cielo de la isla. Peces de brillantes colores y tortugas flotaron muertos sobre el agua que aún hervía. De las cuevas, ya en lo alto y ya secas, salieron los octópodos para volver a la mar. Otros innumerables moluscos habían perecido en los agujeros de los laberintos del coral.

El volcán dejó de bramar. Poco a poco, el viento ahuyentó la cortina de vapor y humo. A través del rojizo velo de niebla brilló un sol que no tenía su color sino que lucía blanco y azulado. Durante muchas noches las estrellas brillaron en el cielo con luminosos destellos verdes.

Pero allí estaba, resplandeciente y nueva, la isla. El mundo que estuvo debajo del agua había sido elevado a la superficie desde el abismo. Y era cuatro veces más alta que las más altas palmeras, y diferen-

te de todos los millares de isletas desperdigadas en aquella parte del océano. Los corales estaban muertos, pero su obra había llegado mucho más cerca del sol que todos los otros edificios anteriormente levantados. La isla había dejado de ser una isla madrepora.

La antigua albufera había sido transformada en una elevada meseta que tenía la forma de un plato, rodeada por las escarpadas paredes del antiguo arrecife anular. Aquí y allá había grietas, pero, en conjunto, el edificio construido por el coral estaba prodigiosamente bien conservado.

Habían transcurrido muchos siglos desde entonces. Muchos siglos desde la última erupción del volcán, y sobre la mar se levantaba la obra de los corales, que blanqueaba al sol. Las cavernas, donde antes se habían agitado las impetuosas corrientes de la mar y donde los peces habían jugado y cazado, permanecían abiertas al canto de los vientos y a los desposorios de las aves.

Maloway, que deseó siempre como morada final el océano, comprendía cuán inútil había sido desearlo. El lugar de su eterno descanso ya no sería otro que un

grupo de corales secos. Su único intento por adentrarse en el estrecho sendero que le regresara a la orilla de la mar había sido desbaratado, y ella, detenida y conducida de nuevo a la cumbre por los jóvenes guerreros que, por orden del jefe de la tribu, esperaban a que, vencida por el sufrimiento, pidiera clemencia o, de no ser así, la llegara de su último suspiro.

Y llegaría. Y ojalá llegara cuanto antes, se dijo, tratando de alejar de su pensamiento la cruel agonía que iba a padecer, y la visión de su cuerpo: destrozado ya por las manos de los guerreros y sus viles deseos, deshidratado y abrasado por el sol. Y llegaría porque no suplicaría por su vida. Jamás, se repetía, pediría clemencia por haberse atrevido a amar a un extranjero, ni la pediría por haberse atrevido a soñar. ¡Jamás!

Mientras seguía repitiéndoselo, quizá para no perder el valor, y sin una queja, a pesar de los intensos dolores que padecía su cuerpo, consiguió incorporarse un poco. Sus vigilantes habían caído en un profundo sopor provocado por las hojas mascadas y los vapores del jugo de las raíces. El día aumentaba su crueldad, la noche su depravación. Aquellos hombres que se denominaban a si mismos bravos guerreros, enaje-

nados, envilecidos, entregándose al desenfreno, a la impudicia y a la degradación, hicieron de cada una de ellas, una orgía. Cuando no con, o en su cuerpo, lo fue, con o en el de ellos.

Al atardecer, Maloway deseaba la muerte. Una muerte que ella misma se la hubiese dado, de haber podido, antes que soportar otra vez el oprobio al que, enloquecidos por las drogas y el deseo, la sometían. Antes que volver a soportar aquellas manos que, tenazmente y sin descanso, obligaban a las suyas a acariciarse y a recorrer los recónditos, y para ella desconocidos, senderos de su cuerpo.

El saber que la posesión de Maloway, incluso en su último segundo de vida, pertenecía a Moerl, el jefe, cuando él lo decidiera o cuando suficientemente excitado o ebrio les alejara de ella, y el miedo o el respeto que desde siempre les había causado, hacía a los jóvenes aún más crueles. Perversos e insaciables, la sometían a todo tipo de vejaciones, instándole a gritar el placer que debía sentir, y entregándose ante sus ojos a repugnante prácticas que le provocaban un asco infinito. Pero Maloway resistió todo sin una queja, sin un grito, sin una súplica.

Su resistencia enfureció al jefe, quien, escupiendo y maldiciendo a sus guerreros, les ordenó condujeran hasta la explanada a Aeorly, la más desalmada vahine de la aldea. La mujer que se encargaba de preparar a las adolescentes próximas, y no tan próxima si a ella le agradaban, a contraer nupcias.

Cuando Maloway consiguió incorporarse por completo y la vio frente a sí, supo que el final de sus desgracias no había llegado. A pesar de ello, en un desesperado intento por conseguir acercarse al final de la explanada, por lograr librarse de tanta ignominia, aún tuvo fuerzas para musitar unas sumisas palabras:

—Aeorly, no deseo morir. Enséñame qué hacer para que el jefe me perdone la vida, y me tome como a una más de sus mujeres, te lo ruego. Estos no han sabido darme ningún placer, temo sea culpa mía; temo ser como el basalto del volcán y no agradarle.

Aeorly se regocijó en el placer que le producía escuchar sus suplicas, y en el que le producía el pensamiento de acceder a su petición. Lo haría. Y no sería como otras veces en las que, hastiada de dirigir a las jóvenes para que aprendiesen cómo comportarse

en su noche de bodas, las dejaba en manos de Numal. Sería aún mejor que aquellas otras veces en las que no podía reprimir el deseo de hacer que gritaran de excitación, momentos en los que, la tradición, se convertía en su gran juego. Aquellos momentos en los que, despacio y con suaves palabras las calmaba, mientras derramaba en sus labios el jugo de una mezcla de raíces que únicamente ella conocía para, víctimas de sus efectos, conducir las hasta la delgada línea que separa el paroxismo de la locura, locura de la que alguna de ellas no habían logrado regresar, y, finalmente, hacer suya sus almas. Ella enseñaría a Maloway todos los secretos de su cuerpo y de cualquier otro cuerpo.

Y su placer aumentó al recordar aquel día, tiempo atrás, cuando la poderosa voz de toearue el violento viento del noroeste, que se alternaba con los alisios durante la estación de las lluvias, le hizo llegar la palabra con la que Tahauru, el espíritu de la mar, había elevado a Maloway por encima las demás jóvenes de la aldea: tapu. Nunca, salvo que lo mereciesen sus acciones, le estaría permitido tocarla. Y, ahora, por fin, lo merecía.

Bruscamente alejó a Numal su asistente en aquellos rituales, disfrutando al contemplar en sus ojos la ira y

la desilusión. No la necesitaba para enseñar a Maloway. Lo haría ella misma y, de tal forma, que jamás podría olvidarlo. Tanto, que el resto de su vida suspiraría por su cercanía, al igual que ella había suspirado por la suya cuando acariciaba o martirizaba otros cuerpos. Llegarían días en los que no pudiendo resistir más, abandonaría el lecho conyugal para adentrarse en su tienda en busca de sus manos. Y allí la estaría esperando. Para rechazarla unas veces, para tomarla hasta hacerle desear la muerte, otras, aunque necesitara de todos sus conocimientos para lograrlo.

La vehine acarició la mejilla de la joven y, descuidadamente, como sin querer, el comienzo de los senos.

—Así será, Maloway, ya que así lo suplicas. Y verás que es sencillo y grato. Será fácil, y tan nuevo, desconocido y hermoso, que desearás que no termine nunca.

—Aeorly, - suplicó de nuevo Maloway-, permite que antes me asee, y pinte algunos de los signos de virginidad en mi cuerpo.

La mujer se estremeció ante el deseo de borrarlos ella misma. La saliva acudía a su boca como si estuviese degustando el mejor de los manjares. Pero no le

permitió alejarse, con fuerza la atrajo hacia sí, y con unas ansias casi tan antiguas como su maldita, degenerada y maligna casta, beso los labios de Maloway que luchaba por esconder en el fondo de su alma la repugnancia que sentía. Durante unos segundos su mano izquierda aprisionó aquel joven y dolorido cuerpo contra el suyo, mientras que la derecha lo recorría hábilmente.

Maloway, sumida en la angustia y el temor de no encontrar la forma de acometer su plan, sentía en su cuello la respiración entrecortada de Aeorly y, poco a poco, la entrega desmayada del cuerpo de la mujer sobre el suyo, y las violentas sacudidas de placer de quien estaba acostumbrada a tantos otros. Y recuperó la esperanza de lograr que aquel horror finalizase. Torpemente pasó sus manos por entre las piernas de Aeorly. Escuchó su gemido, y supo que estaba en condiciones de ganarle la partida.

Sobreponiéndose al asco, y mientras su pensamiento recitaba antiguas frases dirigidas a Taaroa, halló fuerzas para que sus manos le respondieran. Las elevó hacia Aeorly. Primero suavemente, intensamente después, acarició aquellos senos que, entre gemidos de placer, se ofrecían y buscaban sus dedos. Pausada-

mente la empujó y, apretándola más contra sí a cada paso, emprendió el camino hacia la explanada. Las violentas convulsiones de la mujer entorpecían y dificultaban tanto su marcha, que, a un paso del agotamiento, y sujetándose al cuerpo de la vahine para no caer, tuvo que detenerse. Aeorly se estremeció por un contacto que creyó deseado, y echando la cabeza hacia detrás, dejó al descubierto sus ojos extraviados, y su boca entreabierta que, a borbotones, vomitaba palabras obscenas.

Maloway, consciente de que no le quedaba mucho tiempo, siguió acariciándola y obligándola a continuar la marcha. Con una lentitud calculada, una de su manos se acercaba y alejaba de las zonas más íntimas de Aeorly, que ya desde hacía incontables minutos le ofrecía, al tiempo que la insultaba groseramente. Sin prestar atención a los insultos ni a ninguna otra palabra de las que oía, se esforzaba en dirigir a sus pies para que salvaran las dificultades, y los desniveles de un terreno que se tornaba abrupto. La mujer, que se debatía entre los sus antiguos deseos y el rencor, entre la excitación y la impaciencia, comenzó a oponer una ligera resistencia.

Muy cerca ya del precipicio, y para distraerla de sus intenciones, obedeció las ordenes que, a gritos, le daba la vehine. Hundió sus manos en el vello suave de su sexo, palpándolo con delicadeza, tal y como le decía. Con suavidad, sus dedos buscaban el clítoris. Iban y venían, empujándolo hacia la superficie, obligándolo a retroceder; apretándolo y soltándolo lento o intensamente, mientras que sus pies luchaban por alcanzar su liberación. Los gemidos de Aeorly desgarraron el silencio cuando se convirtieron en alaridos.

Maloway ansiaba acabar sus días como los había vivido: con dignidad. Ansiaba arrojar su cuerpo, y los últimos cinco días vividos, al prometedor olvido del abismo. El viento, que azotaba con fuerza sus cabellos, le hizo saber lo cerca que se encontraba de su destino final. Fue entonces cuando la alejó de sí, y le dijo:

—Ahora, Aeorly, contempla tu gran obra, y disfruta de lo que has conseguido, porque jamás olvidarás lo que vas a ver, ni olvidarás lo que vas a oír:

Y en su idioma, no en el nacido de los viajes y los vientos, de la navegación y la lucha diaria por la subsistencia, sino en el idioma más antiguo del mundo

que tan bien conocía: el del amor, relató sus pensamientos dirigidos a Kupe desde aquel aciago día en el que se le había condenado a pagar su desobediencia a las leyes. Sus pensamientos de los últimos cinco días, en los que, ella y su cuerpo, habían servido para lo que únicamente servían los cuerpos de las mujeres de aquella y otras latitudes desde que el mundo era mundo. Para lo único que servía el cuerpo de las mujeres privadas desde tiempo inmemorial de cualquier derecho. Del derecho a pensar, a imaginar, a sentir, a decidir, a elegir, a amar. Privadas del más elemental y sagrado de todos los derechos: el de la dignidad, un derecho que es inherente al ser humano en el mismo instante en el que es engendrado.

Desde la profundidad del escenario, una voz exquisitamente modulada, recitó el canto final de Maloway:

'I hea? E haere oe i hea?'

Espérame entre las olas, amado mío. Busquemos un lugar oculto a todas las miradas. Un lugar donde la vida no sea castigada con la muerte, ni con el alejamiento los sueños, Donde la esperanza no sea castigada con la incomprensión, ni con la intolerancia el

amor. Perdóname 'hoa'. Te juré que jamás, nadie que no fueras tú, rozaría mi piel ni libaría cadencias en mis labios ni se sumergiría en lo recóndito de mi alma. No me rehuyas ahora, amado.

No lo tomes en cuenta, pues mi cuerpo, que como el negro basalto del volcán, ha soportado ya la última ignominia de este oscuro presente, se prepara para traspasar las puertas hacia un luminoso futuro. Desde esta muerte en vida, volará hacia la vida plena. Espérame, amado, entre las olas. Que tomando de las aves su plumaje, y del dios Ra el brillo que le falte a mis ojos muertos ahora, como lo está mi alma, por tan crueldad, voy hacia ti. Voy hacia ti para ser la melodiosa voz de la mar en tu mar, y viento con tu viento. Para ser sol con tu sol y luna con tu luna. Yo seré tu fetia de la noche, tu fetia-ao, como te prometí, mientras desees conservarme a tu lado.

Espérame, amado, que en los vientos alisios me alejaré sin una queja, sin una despedida, si algún día dejases de quererme o si algún día así lo desearas."

Aún se oían en la lejanía los ecos del grito triunfal de Maloway al arrojarse al precipicio. El sonido de su más bello sueño: la libertad, resonaba junto con el

de las aves que prestándole sus alas y sus hermosos plumajes, dirigían su vuelo hacia las aguas profundas del océano. Un océano vestido para aquella ocasión con el máspreciado tono de su infinita gama de tonos azules: el lapislázuli, y que, en calma, una calma tan profunda como sus insondables fondos, esperaba para acoger a Maloway en la que siempre había sido su morada, antes de que emprendiera el camino hacia las estrellas.

Un terrible silencio se extendió por la sala, y quizá por el mundo. En el escenario las luces adquirieron un intenso tono violáceo. Ladera abajo, entre los corales y Ra, entre las olas de cartón piedra, que iba y venían, el cuerpo de una bella muchacha parecía rodar sin descanso por los siglos de los siglos.

Mientras que una larga hilera de jóvenes vírgenes se despojaban de sus vestiduras blancas, la narradora, se despojaba de la suya, roja brillante.

Para nuestra vergüenza desnudaron sus cuerpos y sus almas. Para nuestra vergüenza, y para que pudiéramos contemplar las terribles vejaciones y torturas a las que habían sido sometidas: clítoris cosidos, desgarrados, cortados. Ablaciones. Cicatrices que les re-

corrían los senos. Quemaduras por ácidos. Horrendas deformaciones en sus caras, brazos, caderas, piernas, pies, sexo. Desnudos sus cuerpos y sus almas, en sus ojos no se reflejaban sino la locura de los seres humanos.

"Y es que, -continuó diciendo aquella modulada voz sin rostro-, la crueldad de la naturaleza, cuando destruye o crea, no tiene parangón posible con la del hombre, que tras largos siglos de existencia sobre la tierra, sigue siendo el peor enemigo para su especie".

El telón caía sobre el escenario. Un coro de jóvenes voces repetía: "si lloras, no lo hagas por mí, llora por los miles de seres que en silencio, y sin una queja, sufren humillaciones, torturas, ofensas, vejaciones. Lloro por los miles de seres que aún viven en un mundo que les priva hasta del sagrado derecho a su dignidad. Lloro por los que no siendo ciegos no quieren ver, por los que no siendo sordos no quieren oír y por los que no siendo mancos lo parecen. Lloro por los que, llamándose justos, a diario lavan sus manos en las negras aguas de la tropelía, el atropello, los desmanes, los desafueros, las injusticias, la violencia, la arbitrariedad, el abuso, la brutalidad, el despotismo y barbarie."

Desde muchos minutos antes de que la representación tocara su fin en el regazo de Inés reposaba su humedecido pañuelo.

FIGURAS DE MI PUEBLO

Impecable, siempre impecable, perfectamente vestido, afeitado, bien peinado y elegante, salía de su casa don Piticlín de las Grandes Bajadas.

Diariamente acudía al café Castillo, donde con otros señores del pueblo jugaba un buen rato al dominó; luego paseaba solo o en compañía de algún desocupado como él llevando siempre la palabra, en un tono discutiendo, enérgico, casi dominante, que su interlocutor parecía aceptar sin chistar, como reconociendo que don Piticlín sabía mucho, que sus tres licenciaturas, un doctorado, mil lecturas y algunos viajes le otorgaban la sapiencia necesaria para decir siempre la última palabra.

Satisfecho don Piticlín con sus victorias dialécticas, se retiraba feliz a su casa, en donde trabajaba hasta la hora de cenar en un tratado para armonizar aromas.

Así, envuelto en deleitosa placidez, discurre don Piticlín sobre la combinación de los olores.

Pero... conseguir algo sencillo, qué difícil es. Lleva días dudando, cavilando... No está seguro de si el efluvio de la cascarilla y el de la tinta china armonizan realmente. De lo que si está satisfecho es de lo bien que van juntos el olor del queso y el de la goma de borrar; piensa que en fragancias está tan bien lograda esta composición como en los colores la unión del amarillo patito y el verde manzana.

- ¡Qué interesante es todo esto! -decía don Piticlín, disfrutando con su trabajo.

Cenaba en compañía de su padre, anciano señor con el que comentaba con gran parsimonia los aconteceres del día. Su padre le escuchaba con ternura y tristeza.

Después de cenar padre e hijo leían una hora, el anciano la vida de algún santo -era profundamente religioso-, don Piticlín leía invariablemente las asombrosas aventuras del Barón de Mückhausen.

En esta sucesión de orden, sosiego y paz pasaba la vida de don Piticlín hasta que... se cruzó un gato en su camino.

Una tarde don Piticlín no acudió al café Castillo, no jugó al dominó, no paseó ni llevó la voz cantante, se quedó en su casa espiando la galería de enfrente donde su nueva vecina, doña Guiomar, acariciaba a un gato.

Morito -el gato- ronroneante, perezoso, satisfecho, se dejaba acariciar por las bonitas manos de su dueña. Don Piticlín veía como doña Guiomar pasaba una y otra vez las manos sobre el lomo del felino y... Morito ronroneaba de forma intensa y feliz.

- ¡Quién fuera el gato! -pensó don Piticlín, mientras un algo misterioso lleno de colores hacía fulgurar y titilar su corazón.

- Estoy enamorado -se diagnosticó don Piticlín, y abrió la ventana para ver mejor el pelo trigueño, los ojos color de miel y las bonitas manos de doña Guiomar acariciando a Morito, que seguía repantingado en el regazo de su dueña.

¡Zas! De repente, Morito dio un brinco y salió disparado del regazo y de la galería. doña Guiomar se puso en pie y a don Piticlín le pareció la mujer más armoniosa del mundo.

Aquella noche don Piticlín se desveló, se sentía un hombre distinto, lleno de anhelos que antes de ver a Morito acariciado por doña Guiomar eran desconocidos para él.

Quedó dormido de madrugada, sereno y tranquilo, los planes que ideó para conseguir, primero una mirada, luego una sonrisa y después el amor de doña Guiomar le parecían realizables.

Eran casi las once de la mañana cuando despertó, algo tan inusual en él que preocupó a su padre. El anciano señor abrió cuidadosamente la puerta del cuarto de su hijo para cerciorarse de que estaba bien, de que nada le pasaba y le vio ante el espejo del armario: como siempre, impecable, perfectamente vestido, afeitado, bien peinado y elegante, pasando revista a su persona. Estaba tan satisfecho que no cabía todo lo que sentía dentro de sí.

Por eso dijo en voz alta, remirándose en el espejo:

- ¡Piticlín guapo! ¡Piticlín buen tipo! ¿Qué le falta a Piticlín?

- ¡Sentido, Piticlín! ¡Sentido! -dijo su padre.

JOSÉ

Gritaba en su interior: "Juana no me quiere. Es mala y a mamá no le importa. Me parece que es una bruja y nadie lo sabe". Pero Juana abraza a la nena, la besuquea, la tira por los aires y la recoge muy alegre; le dice bonita y lista... Y a él le parece que las brujas no hacen esas cosas. Debe ser para que no la descubran, como hace la madrastra en el cuento de Blancanieves. ¿A quién podrá explicar él lo que sabe, si nadie le hace caso?. La abuela aún lo quiere y le compra cositas, pero cada vez le hace más monerías a la nena, y siempre habla de que han tenido mucha suerte al encontrar a Juana."¿En dónde la ha encontrado? Además, siempre está diciendo que José está celoso. "¿Qué es celoso?" Es una cosa mala pero ¿qué? Papá se enfada cuando lo oye, y no quiere que hablen así delante del niño, tampoco mamá, porque ella también lo dice. Se lo podría contar en secreto a papá, si no estuviese siempre repitiendo que no se pueden decir cosas malas de la gente.

Juana conversa con su vecina del banco verde y no se ocupa de comprobar si José sigue a su lado, sin moverse, como ella le ha ordenado. Sabe que él siem-

pre obedece; pero no le va a hacer caso... Y se va alejando pasito a pasito, sólo un poquito, para no oír su rasposa voz que, aún en conversación amable con sus amigas, parece estar regañando, regañándole a él, claro, que es con quien siempre se enfada.

El estanque con los pececitos de colores está cerca. Los pececitos estarán abriendo sus boquititas redondas, para recoger las miguitas que les echan. A él también le gustaría hacerlo, pero Juana no le deja: "Podes caer na auga e despois quen verá a tua nai. Ademais o pan non é para destragar"(*). Siempre le habla de esa manera rara que casi no entiende y que hace su voz aún más horrible.

Un mendruguito está abandonado entre la gravilla del suelo, casi oculto. Mira en dirección a la niñera. Duda... Se agacha con parsimonia. Finge jugar, aunque eso le puede merecer también un buen grito. Se decide. Ya tiene en la mano el tesoro. Comprueba la situación y se desliza lentamente, girando. Cada vuelta un desplazamiento hacia adelante; cada vuelta, una ojeada a Juana. Ya no la divisa. Ya puede correr.

El pan está duro, los dedos le duelen, se le han puesto rojos y no consigue una sola migaja; pero insiste...

¡Chof! El mendrugo ha salido disparado y se hunde en el agua. Desolación... Reflota, alejado del borde, convertido en sopa. Unos niños grandes tratan de atraerlo a la orilla, haciendo con las manos movimientos de remo. Observa admirado y quiere participar. Ha olvidado a Juana, el enfado, el miedo, el deseo de llorar, la tristeza.

Apoya en el pretil el pecho huesudo, estira un brazo más allá de lo que parece posible, hasta que toca el líquido. Y consigue imitar a los otros. Sabe que debe tener cuidado... No ocurrirá nada; los pies estarán firmes en el suelo y se agarra a la piedra del estanque, con la mano que le queda libre. Ah, ah, ah, ah...

-¡José! ¿Qué haces, José?

La segunda llamada fue gratuita; el primer grito le ha hundido la cabeza en el líquido. Resiste a la inmersión total con la mano que reservó, desde el principio, para la emergencia. Los pies le han fallado, dan golpes al aire; pero las piernas se apoyan, aún, como la mano, sobre el círculo de piedra.

Al corazón le pasa algo. No sabe si le estalla, si se le para o corre como un loco; lo que importa es que

está muy mal. No se ha ahogado. Ya ha aprendido lo que es ahogarse. Una parte de su cuerpo sigue a salvo y alguien vendrá a ayudarlo... No llega; nadie lo saca... Están los niños y está Juana chillando. Pero ella dejará que se ahogue y después gritará: "¡Xa o dicia eu! Este neno é o demo"(**) Nadie viene... Sigue agarrado, pero el brazo le duele y se le soltará, y él irá a nadar con los pececitos. Y eso no parece muy bueno... Y los peces ya no están, sólo ve unas cosas oscuras y feas allá abajo... Piensa en mamá, en papá, en la abuela y también en la nena y en Juana. Ya no le tiene miedo. Ahora a lo que teme es a quedarse allí para siempre y a que los niños vengan a echarle miguitas de su merienda. Un pez grande, muy grande, lo ha tomado en sus brazos... Pero los peces no tienen brazos. Ni pelo. Este tiene la melena larga, muy larga; más larga que la de mamá cuando se deshace el moño y deja que el pelo le caiga sobre la espalda. No tiene la cara estrechita de los peces. ¡Y tiene nariz!. Y collares sobre un pecho como el de las señoras. Y también lleva una corona..."¡Ya sé!. Es la sirena del libro de estampas de Pedrito"

Es muy dulce. Lo sujeta en sus brazos, lo mece, lo acaricia y le da besitos en la boquita; unos besos fuertes y muy raros. Claro, son besos de sirena. Cuánto tiempo hace que no lo quieren tanto.

Voces de personas. No entiende lo que hablan. Después oye: "Ya vuelve, ya vuelve". Vuelve a cerrar los ojos; no quiere abrirlos. Así está muy bien, aunque le estén dando cachetitos; no hacen daño, acarician. Pero una y otra vez repiten: "Abre los ojos. Abre los ojos. Despierta"

Está en los brazos de Sirena. Es menos bonita que en el cuento; tiene la carita llena de colorines emborronados, como sus pantalones cuando vuelve del jardín; pero son muy alegres y brillantes. Y le está hablando suave. No le entiende; pero le gusta oírla. A su lado hay un guardia. Dos. Y peces muy grandes, de muchos colores, con mucha luz que hace guiños y te hace cerrar los ojos, igual que la corona de Sirena. Y están los enanitos del bosque. Y una niña con un lazo muy tieso y muy grande, más que la cabeza. "¡Es Alicia! ¡Es Alicia!".

Ya se acuerda, se ha caído por el tobogán y está en el Mundo al Revés. Por eso está diciendo Juana que ella no puede quedarse allí. Claro, tendrá que ser buena y ella no quiere. Ya no se oye ese pitido tan molesto que ha estado sonando sin parar tanto tiempo. Ahora puede oír perfectamente a Juana cuando dice

-¿Qué voy a hacer con la niña?

Lo envuelven en algo como si fuese un bebé. Y un payasito le promete que lo invitará al circo cuando esté bueno, y lo tendrá con él en la pista.

Lo meten en un coche blanco y grande. Los enanitos y los payasos tocan una musiquita muy bonita, y le dicen adiós con sus manos blancas que parecen palomas volando, en espera de que el coche se ponga en marcha, para acompañarlo, porque no quieren dejarlo solo con Juana.

Juana ha apoyado la mano en su cabeza mojada y se la seca con algo que tiene agarrado; después estira sus dedos de ave, y se los pasa por la frente, y por las mejillas, y por la cabeza. Raspan, pero gusta. Sostiene a la nena con un solo brazo y no la mira; el otro brazo es todo para él.

Cierra los ojos. Quiere retener esas imágenes cuando haya salido del Mundo de Alicia.

Traducción:

(*)Puedes caer en el agua y después quien verá a tu madre. Además, el pan no es para desperdiciarlo

(**) Ya lo decía yo. Este niño es el demonio.

LA HERIDA

Su barba arañando tus mejillas, lija en la piel de un bebé. Hablar de pieles, pensar en pieles quince años más tarde mientras él, su barriga rozando la cerradura del Volvo, habla por el móvil con un tal Jaime, al que imaginas barbudo y virgen, y tú, en el coche aparcado justo detrás, golpeas con los nudillos el volante, con la certeza de que ese cuerpo ventrudo que, podrías jurarlo, apesta a colonia y a tabaco, es el del hombre de tu vida. Que ese tipo vulgar, un absoluto cabrón, es el deseo para ti.

Cierra el teléfono, lo guarda en un bolsillo, saca del otro la llave del coche.

- ¿Carlos? -asomo la cabeza por la ventanilla. Le interrumpo en medio de un salivazo. Él vuelve hacia mí sus ojos redondos y ovinos. Detiene la llave en su camino hacia la cerradura, la sostiene un segundo en

el aire antes de agarrar firmemente el llavero y apuntarme con él.

- Tú, tú... -pequeña zorra, puta, cabrona de mierda, ¿no es eso lo que estás buscando en tu memoria- ¿Adela? -asiento brevemente con la cabeza. Él se pone en cuclillas junto a la puerta del coche, coloca su rostro a mi altura. Huele a colonia y a tabaco- Vaya, vaya. Adela. Cuánto tiempo. ¿Qué es de tu vida?

Su rostro afeitado, hinchado, las sombras bajo los párpados. Tan distinto. Y, sin embargo, es él. El pelo negro, sin una sola cana. Las orejas pequeñas, pegadas al cráneo. Los dientes perfectos, tan blancos. Él te enseñó a cepillarte los dientes, recuerdas. Te supervisaba antes de cada mamada. Ante todo, la higiene. La higiene. Cuánta mierda dentro. Cuánta. Adela a cuatro patas en un portal. Adela tirada en el pasillo, expulsada de la cama porque su tos de alérgica ca, mientras la máquina devora una vida en sus entrañas.

La habitación de un hotel de verano en pleno invierno. El frío baño alicatado hasta el techo. Te cepi-

llas los dientes con fuerza, arriba y abajo, el interior de los carrillos, la lengua.

Sobre la colcha, desnudo, espera él, toqueteando distraídamente su pene. Te oye entrar, te mira, sonríe.

- No has cambiado nada.

- Tú tampoco -miento. Me arrodillo sobre la cama, cojo su sexo, frío y flácido, entre mis manos, me lo meto en la boca. Y chupo. Chupo como si ese fuera el fin de mi vida, como si no hubiera nacido más que para tener su sexo embistiendo mi paladar una y otra vez. Él presiona con una mano mi cabeza mientras un dedo áspero, de uña larga, hurga en mi vagina, buscando algo que jamás podrá encontrar, que ya no está allí. Su voz, algo más ronca que hace quince años, repite, eres una zorra, una zorra, una zorra, bien sé lo que te gusta, y yo cierro los ojos con fuerza, esperando que el dolor me haga olvidar al pequeño fantasma desmembrado entre mis piernas.

SOÑADORES DEL MAÑANA

Desnúdate, Marcos -le habían dicho- Y quítate también el calzado -añadieron-. Obedeció, y cuando ya se había desprendido de toda la ropa, de sus zapatillas grises y también de los calcetines, le empujaron suavemente hacia el interior de la cámara y cerraron la puerta tras él. Se encontraba indefenso estando así, desnudo, y por su gusto se hubiera mantenido vestido, pero las reglas eran estrictas y no podía hacer otra cosa que aceptarlas. El juego de la esfera, tanto si le agradaba como si no, había comenzado.

Notó de inmediato que la superficie que pisaba era suave y mullida, casi esponjosa, pero su atención se centró totalmente en lo que vio aparecer, surgiendo de la nada, en el centro de la cámara. Al principio era algo imperceptible, transparente y poco definido, pero pronto comenzó a brillar y a aumentar de tamaño, tomando la forma de una esfera. El objeto, la esfera, estaba formado por varios aros incandescentes entrecruzados de un color naranja fuerte, dando la impresión que de un momento a otro llegarían a fundirse, a derretirse completamente, debido a la alta temperatura que debían soportar y que su incandes-

cencia revelaba. Los aros se expandieron, la esfera creció aún más y en su interior comenzaron a brotar infinidad de diminutas burbujas que estallaban tan pronto como aparecían. También surgieron unos triángulos de tonos rojizos con parecida intensidad de energía a la contenida por los aros y que se mantenían en constante movimiento, triángulos que en décimas de segundo se disipaban con grandes destellos, al igual que las burbujas, y que eran sustituidos, antes de desaparecer, por otros triángulos mayores y aún más refulgentes. El tamaño de la esfera había aumentado considerablemente y dentro de ella continuaba acelerándose el proceso: los elementos que aparecían y desaparecían, destruyéndose unos a otros entre fuertes estallidos, se entremezclaron ahora con unos filamentos de diferentes tamaños que llegaron a atestar la esfera y que se retorcían y agitaban incesantemente con grandes sacudidas a modo de latigazos, ofreciendo vivaces fluctuaciones de una luz muy potente y de color azulado. Algunos filamentos escapaban de la esfera y estallaban en el exterior de la misma. En el centro de todo ello, en el núcleo, se hallaba situada una pequeña bobina de reluciente metal que relampagueaba y giraba lentamente sobre sí misma. Marcos sabía que el fenómeno era pura energía. En realidad, toda esa energía podía percibirse

perfectamente por el calor y la iridiscencia que la esfera emanaba, tan intensa que se sintió deslumbrado y, aunque lo intentó, no pudo fijar la vista directamente en ella. Lo cierto es que la esfera había sido creada, por medio de una avanzada electrónica, a semejanza de un mundo naciente, un mundo en los albores de su formación y colmado de desatadas y furiosas tempestades.

Con anterioridad a su entrada al recinto, se le había informado de que podría disponer de dos minutos para preparar su estrategia, dado que ese sería el tiempo que tardaría la esfera en desarrollar su potencial. Luego, la esfera se pondría en movimiento, rodando sin cesar por la cámara, y el juego duraría tanto tiempo como él fuese capaz de eludir su contacto. Si no quería perder debería evitar que la esfera le alcanzase, que le rozase siquiera. Marcos pensó que muy poca estrategia podía desarrollar y que quizá no lograse resistir siquiera unos minutos. Finalmente, decidió que no se dejaría vencer con facilidad, aunque lo cierto era que no veía el modo de conseguirlo; era un reto, pero un reto desigual, el desafío de un poderoso ingenio contra un simple mortal. Él era el mortal y sabía que acabaría sucumbiendo sin remedio. Era imposible que, más tarde o más

temprano, la esfera no acabase impactando y, en ese caso, venciendo, contra cualquiera que se encontrase ante su desafío; para eso había sido creada, para que la esfera resultase siempre vencedora, pero Marcos se dijo que trataría de mantener el juego durante más tiempo del que nadie lo hubiese hecho antes, y poder ser recordado por esa proeza.

Mientras la incandescente esfera terminaba de completar su espectacular transformación, Marcos escudriñó con prisa e interés el interior del recinto, calculando las posibilidades de que dispondría para poder resistir con mayor éxito. Vio que el lugar era rectangular, que tendría aproximadamente quince metros de largo por diez de anchura y una altura de seis, y que las paredes estaban forradas del mismo material que el del suelo. Observó con atención unos resaltes que se encontraban incrustados a lo largo de las paredes y a distintas alturas. Las distancias desde el suelo a esos resaltes o pequeños puntales oscilaban entre treinta y cincuenta centímetros, estaban muy separados entre sí y cada uno de ellos apenas sobresalía dos centímetros de la pared, siendo su ancho, posiblemente, de unos siete centímetros, insuficiente tamaño para subirse en ellos y poder descansar, pero sí que parecían unos apoyos muy apropiados

y suficientemente robustos, si convenía, como para poder encaramarse en alguno, sostenerse algunos instantes con la punta de un pie y, con esa base, lograr tomar el impulso necesario para esquivar a la esfera y saltar por encima de ella en los momentos en los que se sintiese acorralado. Interrumpió sus cálculos cuando, provenientes de la esfera, oyó unos extraños sonidos.

La esfera, al parecer, ya había finalizado su transformación y había comenzando a rodar, produciendo un ruido sordo al desplazarse por el suelo, despidiendo chispas alrededor de ella y produciendo fuertes chasquidos que resultaban inquietantes; y mientras rodaba palpitaba acompasadamente como si respirase, como si fuese un extraño animal preparándose para atacar. Marcos se estremeció y calculó que la altura de la esfera, su diámetro, debía ser alrededor de un metro, suficiente para que tuviese una presencia imponente y pudiera ser arrollado por ella con facilidad. Vio la velocidad de su movimiento, se asombró de que avanzase tan lentamente, y se dijo que si era toda la rapidez que la esfera podía alcanzar, él no tendría dificultad alguna en evitar su contacto durante algunas horas, por lo menos hasta que el cansancio o el sueño le venciesen. Se equivocaba; la esfera rodó

despacio hasta chocar contra una de las paredes y rebotó con fuerza, como si la pared le hubiese dado el impulso que necesitaba, tomando entonces, repentinamente, una gran velocidad, dirigiéndose hacia el lugar donde él se encontraba. La evitó dando un rápido salto y logró de ese modo esquivarla, pero la esfera iba adquiriendo, a cada rebote que daba contra alguna de las paredes, una velocidad mayor y pronto se vio acorralado, especialmente cuando en uno de los rebotes la esfera saltó hacia el techo y, durante un instante que llegó a hacérsele eterno, creyó que le caería encima, aplastándole sin remedio. La esfera era ya incontrolable. Marcos sudaba a chorros por todos los poros de su cuerpo y agradeció que la especial superficie del suelo le ayudase a no resbalar. En una ocasión, no obstante, hizo un movimiento equivocado, dio un traspies y a punto estuvo la esfera de arrollarle dándole de pleno, pero en el último momento y con un gran esfuerzo saltó hacia un lado, logrando así evitar el contacto. Fue entonces cuando notó vivamente en una de sus manos, sin siquiera haber sido tocado por la esfera, el fuerte calor que ésta desprendía. Recordó, de pronto, que si tan sólo hubiera sido rozado, la energía de la esfera le habría electrocutado al instante y, por tanto, el juego habría finalizado y él, ahora, estaría muerto; ése era el

motivo de que le hubieran despojado de sus ropas, para que nada aislase su cuerpo cuando, inevitablemente, entrase en contacto con la esfera y para que su muerte ocurriese de una forma instantánea; también porque, si conservase la ropa, ésta se inflamaría con tan sólo acercarse a la esfera, y en ese caso moriría quemado entre atroces dolores.

El ingenio, repleto de energía portadora de muerte, le otorgó, impensablemente, una pequeña tregua. En uno de los rebotes, el globo salió despedido hacia una de las paredes laterales, rebotó contra la pared opuesta y se mantuvo rebotando entre las dos paredes sin ocurrir como hasta entonces, que había rodado y rebotado de forma desenfrenada a lo largo y ancho de todo el recinto, sin poderse prever sus movimientos ni la dirección que tomaría a cada impulso recibido al chocar contra una pared. Los rebotes continuaron de ese modo y Marcos se retiró a un extremo del recinto rectangular, el opuesto al que ocupaba en ese momento la esfera. Gracias a ello pudo permitirse un ligero descanso y pensar en los motivos por los que él se encontraba allí dentro, desafiando a la muerte, porque ninguna duda albergaba de que la muerte era todo lo que le esperaba. Al final, perdería en el juego; todos acababan perdiendo sin remisión. Po-

dían aguantar minutos, horas o días pero el final sería el mismo, y perder, lo sabía, significaba el fin de su vida.

"La cámara de la esfera". Esa era la sentencia a la que le habían condenado hacía escasamente una hora. Fue una sentencia rápida y nadie pronunció la palabra muerte, aunque ser condenado a esa cámara tenía el mismo significado. A la pena de muerte la denominaban "pena de terminación", y hacía ya algún tiempo que la habían instaurado en la comunidad por considerarla necesaria, pero al contrario que en la Tierra en épocas pasadas, en las que los jueces fijaban el día, la hora y hasta el minuto exacto en que sería cumplida la sentencia, a menudo con un intervalo de años hasta su ejecución, y durante los cuales el condenado gastaba recursos del Estado, años en los que el reo se desesperaba, sufriendo y esperando en el corredor de la muerte a que llegase el instante final, ahora, con la esfera, el individuo únicamente podía disponer del tiempo que se mantuviese con vida luchando, del tiempo que fuese capaz de conseguir por sí mismo para sobrevivir. Estaba calculado que el enfrentamiento del reo ante la muerte, y su final, fuese muy rápido, y que mientras durase la lucha, reflexionaría de un modo especialmente intenso so-

bre su vida pasada. Y ése era el objetivo social del juego con la esfera, que el condenado bucease activamente en su interior y que descubriese, merced a su inevitable juego con la muerte, la verdad de su existencia, la pasada y la futura y, gracias a ello, afrontar su paso a la eternidad, limpio de alma y con el espíritu libre de culpas. Psicológicamente, y en opinión del Consejo rector, la cámara de la esfera era lo más adecuado para que el condenado se redimiese completamente en el instante supremo y aceptase morir rápida y dignamente y sin los sufrimientos y torturas mentales de antaño; y esa filosofía, ese convencimiento místico era llevado a la práctica por el Consejo. De todos modos, la esfera no permitía muchos momentos para sufrir o para pensar cobardemente: obligaba a luchar hasta el final para defenderse, era el enfrentamiento último a la verdad. El juego también convenía por economía de Estado porque, instaurándolo, los ya insuficientes recursos que se poseían no se verían mermados, aunque más que de Estado debería hablarse de comunidad, una comunidad que representaba a toda la humanidad, ahora reducida a aquel puñado de supervivientes que viajaban por el espacio, reclusos dentro de una nave depositada en la superficie de un asteroide de escasos cincuenta kilómetros cuadrados, y huyendo de ese

modo del holocausto de la Tierra con la esperanza de llegar, algún día, a un planeta apto para acogerles. Viajaban con rumbo incierto, aunque la sonda que enviaban con regularidad ya les había dado una buena noticia. Dentro de poco llegarían a su destino, a un planeta habitable, aunque Marcos nunca podría llegar a verlo.

Marcos, durante esos minutos de intensa lucha para defenderse de las acometidas de la esfera, vio pasar ante sus ojos, como si fuese una película, toda su vida pasada. Se acordó hasta del más mínimo de los infinitos detalles que había vivido desde su infancia, que ya tenía olvidados y que habían sido relevantes. Su mente repasó fielmente, analizándolos como si los viviese de nuevo pero con una perspectiva diferente, todos los sucesos que habían tenido importancia en su existencia y se arrepintió de todo lo que supo, ahora, que no debía haber hecho. Se sintió culpable de muchas cosas que hizo y de muchas otras que pudo hacer y que no fue capaz o no quiso llevar a cabo, y junto a su arrepentimiento sintió una gran paz que invadió con plenitud su espíritu. Supo, entonces, que su suerte se encontraba en manos de un ser superior y se abandonó, completamente tranquilo, a su destino final.

La esfera, que había continuado rebotando entre las dos paredes más cercanas entre sí pero adquiriendo cada vez mayor velocidad, en uno de los rebotes dio un giro inesperado y se dirigió hacia el fondo del recinto, justo donde él se encontraba. Para librarse se subió de un salto, tal y como había calculado antes, a uno de los salientes de la pared, apoyándose ahí con un pie durante un instante y cayendo a continuación al suelo, pero esos dos segundos que transcurrieron mientras saltaba fueron suficientes para que la esfera no le encontrase en su camino. La esfera rebotó sin encontrar su cuerpo y lo hizo chocando contra la pared, por debajo de él, con fuerza, rodando a continuación vertiginosamente hacia el fondo opuesto. Rebotó una vez más al tocar la distante pared y regresó tan rápidamente como se había alejado, pero en esta ocasión en dirección a una de las esquinas. Marcos lo advirtió, más bien lo adivinó, y saltó divertido y con rapidez hasta la esquina opuesta, congratulándose por su acierto y también por el juego que le había permitido redimir su espíritu y su alma. Ahora no le importaba su final y se sentía liberado de todos los sufrimientos de esta vida, se sentía en paz con el mundo. La brillante esfera rebotó en el rincón con un inesperado, raro y espectacular efecto, y así, cuando parecía que se alejaría, marchando otra

vez en busca del fondo opuesto de la cámara, la esfera hizo todo lo contrario y salió disparada hacia la posición en la que él se encontraba, rodando velozmente pegada a la pared y recorriendo en décimas de segundo los diez metros que le separaban de Marcos, sin tiempo para que éste pudiese reaccionar y sin dejarle, por tanto, escapatoria alguna.

A Marcos no le importó, desde que le condenaron sabía que ése sería su destino. Cerró los ojos y apenas notó la electrocución, que fue instantánea. En ese momento, mientras perdía el sentido y entre brumas se alejaban, olvidándolas, las imágenes que hasta entonces retenía su cerebro, le pareció oír una voz reclamándole desde un remoto infinito y que le llamaba amistosamente por su nombre...

En el área de uno de los más importantes hospitales militares, reservada para casos clínicos especiales, el doctor Estévez, capitán médico del ejército y conocido neurólogo, se encontraba dando instrucciones a una enfermera:

-Gloria, debo ausentarme del hospital. Hay un vuelo que sale dentro de dos horas hacia la capital y me ha

sido reservada una plaza. Apenas tengo tiempo de llegar al Aeropuerto. Esta tarde mantendré una reunión urgente con el presidente. Nuestro proyecto, y que Vd. conoce porque también forma parte de él, se encuentra en estado muy avanzado y debemos precisar algunos detalles importantes antes de que el conflicto acabe por estallar. Me han comunicado desde el Hospital Central del Ejército que las últimas revelaciones de sueños, facilitadas por nuestros pacientes, indican que, como nos temíamos, pronto se abrirán las hostilidades y sin previo aviso. Nuestros servicios de información así lo han corroborado. Le ruego que se haga cargo del último paciente especial que tenemos ingresado y le recuerdo que debe grabar cuanto éste diga tan pronto se despierte. Vd. sabe la importancia que tiene para él y para nosotros que recuerde todo lo que haya soñado bajo la influencia de la droga. Vd. conoce que estas drogas han desvelado una percepción extraña en las personas a quienes se las hemos administrado, personas que demostraban al principio los mismos extraños síntomas y que, gracias a los tratamientos que les hemos procurado, pudimos sorprendentemente conocer, cuando recordaron y nos revelaron lo que habían soñado, las intenciones de las Naciones que secretamente han unido sus fuerzas y decidido atacar al resto del mundo para conseguir

la supremacía mundial. No dejan de ser sorprendentes esas premoniciones, ¿verdad, Gloria? Sobre todo, cuando pudimos verificar exhaustivamente la mayoría de los datos y comprobamos que todos los sueños se habían cumplido, que fueron exactos a la realidad, a la de nuestro más inmediato futuro y hasta en los más mínimos detalles. Gracias a los soñadores, sabemos que esos países conseguirán la destrucción de la humanidad. Les advertimos sobre lo que ocurriría, les explicamos que conocíamos sus intenciones y tratamos de convencerles por todos los medios de que desistiesen de ellas, pero no nos han hecho ningún caso. Nosotros no podemos hacer más. Nuestro país, como todos los países democráticos que se precian de serlo, no puede, o no debe, aún conociendo que va a ser destruido, ser el primero en atacar. Sin embargo, tampoco puede permitir ser exterminado sin lucha. Y por ello, Gloria, una vez iniciadas las hostilidades, será solamente cuestión de días que la vida en la Tierra quede totalmente arrasada. Es muy importante conocer lo que haya soñado este último paciente, quizá pueda manifestar algo vital y que todavía desconocamos. Desde luego, le llevaremos con nosotros, al igual que haremos con los demás pacientes que hemos tratado; son demasiado importantes para dejarlos en la Tierra. La partida de nuestra nave será den-

tro de dos días, me lo acaban de comunicar. Lamentablemente, ningún soñador nos ha revelado si nuestra misión obtendrá, o no, el éxito que deseamos, y la incógnita, Gloria, es si los técnicos de la nave serán capaces de aterrizar, o... de asteroizar felizmente (y aquí, el doctor Estévez se permitió esgrimir una triste sonrisa) en el asteroide, al que hemos bautizado con el nombre de Éxodo. Si lo conseguimos, el asteroide será nuestra base y el medio de que dispondremos para poder viajar por el espacio sin consumir el preciado combustible que más adelante podremos necesitar. Si nuestros planes resultan como esperamos y alcanzamos nuestros objetivos, que son evitar que la raza humana desaparezca, deberemos dar muchas gracias a Dios. Por cierto... con nosotros viajarán algunos hombres que han sido escogidos por su santidad y su demostrada inteligencia. Ellos serán los que regirán nuestras leyes y fortalecerán nuestros espíritus en el largo trayecto que nos aguarda. Nuestra esperanza, como bien conoce, es la de encontrar un mundo que reúna las condiciones adecuadas para la vida, y en el que los elegidos para este viaje podamos comenzar de nuevo. Y, si lo conseguimos, Gloria, ojalá logremos sentar las bases para una nueva civilización en la que el hombre no vuelva a cometer las mismas atrocidades...

Gloria escuchó atentamente las palabras de su superior, asintiendo con emoción y también, con gesto grave, a todo lo que éste le había comunicado. Se encaminó a la habitación y se dispuso a esperar a que su paciente despertase y pudiese relatar lo que había soñado debido al influjo de las drogas. El paciente soñó, y lo hizo en voz alta mientras ella le velaba, y Gloria conoció, entonces, que el periplo por las estrellas tendría un feliz desenlace. El tiempo transcurría, apremiante; comprobó por el detector que el durmiente ya no soñaba y supo que el paciente había llegado al término de sus sueños. Con gran felicidad por conocer que la expedición conseguiría llegar a un planeta habitable, pero a la vez con un gran pesar en su alma al ser conocedora del triste destino de este soñador y visionario del futuro, decidió despertarle, llamándole suave y dulcemente por su nombre: MARCOS...

UNA
MAÑANA
PARTICULAR

En una de esas ocasiones en que la conciencia solidaria avisa antes de clavarnos su berbiquí, decidí recoger, en el trayecto matutino hasta mi trabajo en el extrarradio, a un autoestopista plantado en la rotonda desde la que parten la mayoría de las vías que dejan atrás la ciudad.

Un anciano, de pelo blanco y mirada concentrada, trepó hábilmente al asiento del acompañante de mi todoterreno, dejando el cesto que le colgaba del brazo, tapado por un trapo de cocina que había visto épocas mejores, en la banqueta posterior. De no haber tenido un aspecto cortésmente aséptico, inofensivo en términos generales, hubiera pospuesto mi generoso proceder hasta mejor ocasión; pues soy un probo ciudadano bajo determinadas condiciones. El anciano no mostró, en su primer contacto visual conmigo -recordemos, su eventual benefactor -, ningún gesto de agradecimiento, por lo cual supuse de la existencia de un cierto código normativo al respecto de las relaciones de transporte de pasajeros no regulado por carretera.

- Buenos días, mi nombre es Leopoldo Winterbottom y me dirijo al mismo lugar que Usted. Intenté disimular mi sorpresa, tanto por su improbable nombre como por el farol, o alternativamente el lamentable desconocimiento que parecía mostrar sobre su futuro inmediato. Me estaba acomodando, de forma acelerada, a lo que ya daba por sentado como el manual de la cofradía del autoestopista.

- Estupendo; yo soy Javier Gómez, y ya veo qué poco le importa su destino. Sin mudar la expresión, o quizás mejor dicho su falta, el vejete me contestó que estaba equivocado; que conocía cada uno de sus pasos y, que por el hecho de que yo me dirigiera al polígono Sur, a unos 12 kilómetros de la ciudad, precisamente por ello, me había estado esperando en la rotonda desde hacía unos cinco minutos.

En aquel momento ya no pude reprimir mi estupor. Evidentemente, el haber parado ante su brazo en alto con el pulgar extendido había sido decisión mía; pretender que la casualidad hubiera intervenido en ese acto ya era una concesión; pero lo que me estaba diciendo aquel hombre era simplemente una desfachatez; por muy venerable que fuera su aspecto.

- Tengo una cierta facultad para saber lo que pasará, joven. Llámelo intuición, si quiere, pero cada mañana me levanto con una perfecta descripción mental de los sucesos que van a pasarme durante la jornada; como si ya estuviera escrito, inevitablemente tengo que atenerme al guión. Los esfuerzos que he realizado para salirme del mismo han sido en vano; cada uno de los intentos para saltármelo han fracasado, de forma que al final me he resignado a navegar siempre con viento de popa. Hace ya mucho tiempo que no decido mi rumbo, me viene dado por algún misterioso designio; y hoy me ha tocado compartirlo con Usted.

Como es comprensible, para un hombre felizmente casado, católico practicante en lo divino y absolutamente descreído en lo humano, y que ha pasado por el sistema educativo en vigor desde que a nuestra época se la conoce como contemporánea, las recientes afirmaciones solo podían llevar a la conmisericordia hacia el desgraciado acompañante, y a la inquietud por saber de qué institución psiquiátrica se había escapado el aparentemente inocuo pasajero.

- Javier, es Usted ingeniero y trabaja en una fábrica de plásticos del polígono. Concretamente, es ad-

junto al director de calidad; y aunque no se lleva las medallas, es quien hace todo el trabajo mientras su jefe mantiene la mesa llena de papeles para pretender que atrocemente ocupado. Además, Usted sospecha que antes de que nadie de más arriba pueda darse cuenta de la valía de cada uno, le va a poner de patitas en la calle.

La cabeza empezó a darme vueltas. Este hombre conocía a algún soplón de mi entorno, y no lograba entender el interés que podía tener en resumirme, a esas horas de la mañana, mi vida profesional. - ¿Pero qué está diciendo, hombre de Dios? Deje de tirar salvas que esto no es una teleserie, que no ha acertado una ni de casualidad -, mentí mientras comprobaba de reojo en el teléfono móvil que efectivamente tenía grabado el número de la policía.

- No importa, comprendo que le resulte extraño todo esto. No se preocupe, no pretendo nada. Simplemente ocurre que aparece Usted como secundario en mi episodio de hoy. Por mi parte, le contaré que mi vida, aunque pueda parecer lo contrario, está completamente asegurada en lo que hace a lo material. La aparente desazón de no poder decidir por ti mismo el siguiente paso, es en realidad tranquilidad, de

que una especie de providencia hará que tenga asegurado sustento y techo; esta rutinaria preocupación me es ajena; por ello no hago si no dedicarme a intervenir, de forma involuntaria, en las vidas de mis congéneres. Debo añadir que no he tenido hasta el momento la desgracia de ser agente portador del infortunio para nadie; antes al contrario., quien me ha conocido no ha tenido motivo para quejarse a los hados.

- Ya veo...contesté francamente alucinado ante el personaje. - O sea, Leopoldo, que es Usted un portador de la suerte - Estábamos acercándonos al final del trayecto, por lo cual prestaba especial atención a no salirme de la carretera debido al progresivo desquiciamiento que estaba sufriendo.

- Sí, veo que lo está pillando...pero vaya frenando, Javier; en la próxima curva le va a parar la policía...

No pasaron dos segundos antes de que se cumpliera su predicción, fruto sin duda - esperaba yo, en realidad -, de conocer los hábitos de la policía de tráfico. Me negaba a creer la sarta de patrañas que iba

soltando sin pasión; esto no pasa en Europa, en el Siglo XXI, a mí!

- ¡Maldita sea, Leopoldo, no se ha puesto el cinturón de seguridad...Ahora me va a caer una buena!-, me puse hecho una furia mientras desaceleraba, haciendo caso de los aspavientos del policía, que me conminaban a parar.

Un agente ya se acercaba a mi ventanilla, con una multa en la recámara del talonario, lista para disparar; las impenetrables gafas de sol y los lentos andares de Clint Eastwood. Su compañero, al lado de las dos motocicletas en el arcén, esperando la siguiente presa.

- Buenos días; ¿Me permite los permisos de conducción y de circulación, por favor?

Tardé unos instantes para encontrar esos papeles que uno sabe que están en el vehículo pero no exactamente dónde hasta dar con ellos, mientras un sonriente Leopoldo iba sosteniendo la ingente cantidad de desperdicios que mis hijos son capaces de generar y depositar en la guantera. Mientras el agente revisaba los documentos con atención, observé que su com-

pañero se daba la vuelta por detrás del coche y le echaba una ojeada.

-¿Me puede decir el número de su matrícula, por favor?

- por supuesto...- Menuda chorrada, pensé mientras se lo daba. Me pregunté qué es lo que les enseñan a los policías en la academia. - Oiga agente; ya habrá podido ver que yo sí llevo el cinturón; verá, este señor al que he subido pues ni se ha dado cuenta de que...

- Está Usted circulando sin las placas, caballero. Comprenderá que debemos hacer unas comprobaciones al respecto, por lo que deberá esperar con nosotros hasta que desde la central nos puedan ampliar sus datos.

Creí estar soñando, mientras veía a mi acompañante sonreír divertido. - ¡Por Dios, Leopoldo!, ¿Le parece gracioso lo que está pasando?, porque yo la gracia no se la veo por ninguna parte. Es Usted un cenizo; nunca me había encontrado con una situación así -, llamé a la telefonista de la fábrica para informar de mi retraso; reflexionando sobre la gravedad

de mis pecados anteriores, y sopesando el calibre y la justicia de la penitencia impuesta.

- Debe tener paciencia, Javier. Muchas veces no sabemos los motivos de lo que nos pasa, ni por supuesto sus consecuencias. Igual le está tocando la lotería en estos momentos, no sé. Yo cada día me sorprendo, a pesar de las circunstancias que rodean mi vida, de todo lo que me es dado ver y conocer. Supongo que no hará falta que le diga que no tengo ni idea de lo que está pasando.

Opté por no contestar a la retahíla de insensateces que soportaba de aquel Séneca de pacotilla. La próxima vez que viera a un autoestopista, pisaría a fondo el acelerador. Al cabo de un rato de rumiante silencio e irreproducibles pensamientos, recordé lo de las placas de matrícula y bajé a mirar que podía haber pasado. No estaban arrancadas, desde luego; nada producto de un golpe, que de todas formas hubiera advertido. Simplemente alguien las había desatornillado. Leopoldo se situó a mi lado; se había convertido en mi mascota matinal.

- No le molestará que me quede con Usted, siento curiosidad en ver como termina todo. Este caso es novedoso.

- Y novelesco. Mire, en realidad no estoy muy seguro de que todo esto no tenga nada que ver con Usted. Lo que dijo sobre mí antes era cierto; está claro que se lo ha podido contar cualquiera, pero no alcanzo a comprender a qué vino la representación; ya le había recogido, y no he tenido en ningún momento la intención de invitarle a desayunar ni mucho menos de adoptarle.

- Bah, eran ganas de hablar de un viejo que no suele intimar. Cuando veo la cara de un nuevo compañero de ruta me viene a la mente su retrato... ¡Oh, vaya!, veo que vienen más policías.

Un coche patrulla paró, las luces aún encendidas, al lado de los primeros agentes, que habían permanecido atentos a nuestros movimientos. Después de hablar entre ellos durante unos minutos, se acercó el primer policía hasta nosotros y nos entregó las matrículas. El mismo coche que acababa de llegar las había encontrado en la rotonda en la que había recogido a Leopoldo, y en la central les informaron de nuestro caso. Con ellas, habían aparecido los cuatro tornillos que las sujetaban. Aquello era un disparate; no había parado ni medio minuto para recoger a mi compañero de viaje. Los policías nos ayudaron a atorni-

llar las placas; me contaron que habían comprobado que los papeles estaban en regla y que no había problema para que continuáramos la marcha. Ni siquiera hicieron mención a lo del cinturón de seguridad de Leopoldo.

A medida que recorriamos los escasos kilómetros que nos separaban de la fábrica, iba procurando olvidar lo que acababa de vivir, almacenándolo como lo que no había dejado de ser; una solemne tontería. La anécdota casi ni valía como excusa ante el fantoche de mi jefe.

Me despedí de Leopoldo a la entrada de la fábrica, deseando que ni la astrología ni su guionista le volviera a cruzar en mi camino. Chocamos las manos después de haber compartido la sorprendente mañana y se alejó sonriente, con las manos en los bolsillos. Nada más entrar en mi departamento, fui informado de que el gerente de la planta me había mandado llamar a su despacho, lo cual encendió las sirenas de alarma en mi cerebro.

- Buenos días, Gómez, veo que ha aparecido al fin. Permítame que vaya directamente al grano. Estaba preguntándome si le interesaría ocupar el cargo

de director de calidad. Ya ve que lo que le propongo es un ascenso. El puesto acaba de quedar vacante por la dimisión, digamos teledirigida, de su antecesor.

Abrí los ojos como platos, incapaz de simular. ¿Existe la justicia en este mundo, no hay que esperar al siguiente! Legiones de hormigas empezaron a trepar por mi columna, en agradable y cosquilleante procesión, sensación que duró el poco rato que invertí en aceptar la propuesta. Salí andando del despacho del jefe, flotando sobre una larga alfombra de almohadas, pensando que a lo largo de la semana canales más informales me harían llegar los pormenores de la repentina renuncia de mi antiguo superior. Buscando el teléfono en los bolsillos de la chaqueta para llamar a mi mujer, caí en la cuenta de que lo había dejado en el automóvil. Bajé a buscarlo, y al abrir la puerta del acompañante vi que Leopoldo había olvidado su cesto en el asiento trasero. Supuse que si su contenido era importante encontraría la manera de poder devolvérselo. Apartando el trapo de cocina, se presentó ante mí una especie de merienda, o una provisión de víveres para una pequeña excursión: un bocadillo de tamaño familiar envuelto en papel de aluminio, una cantimplora, un contenedor de plástico con una ración de grasientos macarrones y un par de man-

zanas. También había un sobre dirigido al anciano, sin remite.

Mientras mordisqueaba distraídamente una de las manzanas, decidí abrir la carta. Tanto la fruta como un sobre anónimo podían ser sustituidos fácilmente, lo que no podía aplacarse era mi curiosidad. En un papel con membrete y sin fecha, leí:

"Apreciado Leopoldo;

Tengo a bien informarle de que, atendiendo a sus reiteradas peticiones, y con la imprescindible aprobación de su tutor, he accedido a su demanda de poder disfrutar de un día libre fuera de la seguridad de nuestras instalaciones. Por supuesto que ello ha sido posible gracias al intachable comportamiento que ha mostrado en los tres años que lleva con nosotros. Espero que sepa corresponder a la confianza que hemos depositado en Usted.

Atentamente,

El Director"

Me fijé en el membrete en la parte superior de la carta. Rezaba: "Instituto Psiquiátrico Municipal", con un bonito dibujo que representaba un olivo en color verde.

FIN

DIVINO DIVÁN

NOTA: El texto reproducido a continuación fue hallado una mañana de Marzo de 1982 en el cuarto cajón de la mesilla de noche de D. Andrés Argumosa Llorente, vecino de Benavente (provincia de Zamora). Tras un larguísimo periodo sin dar señales de vida, la policía registró el piso de D. Andrés en busca de algún dato fidedigno sobre su paradero. No fue así: ningún rastro físico del susodicho. Pero, en un posterior registro más profundo y concienzudo, fue hallado este pequeño diario que pone en evidencia tanto la calidad literaria del señor Argumosa como su decadente estado anímico. Sin más contemplaciones, les emplazo a que disfruten de tan brillantísimas líneas. Pasen y vean.

Madrid, 11 de Noviembre de 1980

Cada mañana, al despertar del breve y humilde letargo con que condecora la Luna cada noche, siento más efímeros y distantes los pérfidos destellos del omnipresente Apolo. La punzante libertad y el fértil abandono de la juventud han dado paso al

desencuentro y a la monotonía del adulto que nunca quise ser. Es difícil asumir que nuestro cenit, máximo representante de la personalidad y de la autoconfirmación, se tiña de blanco y de sombras al compás que marca el arrogante y envidioso tiempo. Y es que cuesta bastante distinguir lo que es tiempo de lo que no lo es: el río de la vida tiene un principio y un final, una desembocadura natural que no nos resignamos a reconocer y a la que nos oponemos con una ferviente y acrobática interioridad. Pero me parece que estoy perdiendo ese espíritu de sana rebeldía. Será que me estoy haciendo viejo.

Desconozco que cauces habrá tomado dicho río en las personas con las que conviví en mi pulcra y vociferante infancia castellana. Pero acierto a suponer que habrá sido un camino aproximadamente similar al mío. Trabajo y hogar, es decir, estabilidad y cuproníqueles. Y esa abusiva estabilidad puede llegar a resultar indeseada para un alma pueril que recorría las calles de Castilla a bordo de un triciclo de cartón. Quizás sea el hecho de vivir en una ciudad de dimensiones tan vastas como es Madrid lo que me supone esta desazón. O quizás sea la falta de esencias femeninas en mi vida. También sería acertado destacar la bisoña transparencia de mis actuales amistades. No se trata de establecer comparaciones con antaño, pero el des-

conocimiento de la maldad y el inerte cariño de mis colegas escolares no entendía de dinero ni de angustia.

"Un día más, un día menos", dijo el sabio. En mi caso, el susodicho refrán se adapta únicamente al segundo bimestre. Los calendarios decrecen en volumen sin aportar excesivo fundamento en mi vida y, sin embargo, los días pasan cada vez a mayor celeridad, celeridad que me abruma y sofoca.

Por todo esto que hoy esta siendo un día rabiosamente similar a los demás. Al fin y al cabo, el cargo público de bibliotecario que ostento ofrece pocos sobresaltos y, visto lo visto, sería injusto quejarme de mi status laboral. Quizá por tratarse de un día no lectivo, la afluencia de estudiantes, eruditos y curiosos ha disminuido con respecto a la media matutina diaria, e incluso he tenido tiempo de hojear el *Cyrano de Rostand*, de lanzarme a la infatigable búsqueda del tiempo perdido con Proust y de impregnarme con algunas gotas de sudor ácido de Quevedo: "Y a este Lopico, lo pico."

Doy por concluida mi jornada de trabajo y de un modo casi inconsciente, me dirijo a la cafetería de la esquina para degustar de un café pre-sobremesa y hojear la rabiosa actualidad que refleja la prensa a la vez que mantengo una ilegible e intrascendente con-

versación con Don Sixto, el regente de la cafetería. A menudo, al hablar con Don Sixto (que equivale a hacerlo con la mayoría de mis amigos y vecinos) experimento la sensación de estar hablando con un espejo, con un reflejo de mí, con un suspiro de rutina. Mientras Don Sixto se eterniza sirviendo cafés y licores, yo me desvivo prestando cultura y sentimientos. Pero me cuesta mucho imaginar que mis crudos y agonizantes pensamientos puedan correr del mismo modo por las estivales neuronas de Don Sixto. Y en eso radica mi vertiginoso problema: en mi inerte anticonformismo, en mi camuflada arrogancia y en la constante repulsa hacia la vida contemplativa que llevo. Tendré que acostumbrarme a vivir con ese problema. Problema que podría convertirse en virtud si fuera un poco más optimista e irracional. La infelicidad se convierte en felicidad cuando es asumida.

Resignarse ante los designios que nos define la vida es la actitud más sencilla, irresponsable y vaga de todas. Es ir por el camino que nos marca la desidia y la marginación, contentarse con los retorcidos inventos que puede generar la imaginación. Pero hay que plasmar esas invenciones de algún modo, rebajarlas a la categoría de lo material. La muerte es muerte y los hechos deben ejecutarse antes de encontrarnos con ella. El amasijo de huesos o ceniza en que nos

convertiremos no será capaz de inmutarse lo más mínimo ante ningún acontecimiento ni manifestación artística.

Y que conste que Don Sixto era únicamente un ejemplo.

Madrid, 21 de Noviembre de 1980

Caía la tarde y el fulgurante amarillo del Sol dictaba sus últimas sentencias a la par que se resignaba a admitir su cansancio tras una dura y anodina jornada. Finalmente, acabó cediendo y aceptando su condición de antihéroe de la noche. Es una película que se repite todos los días y cuyo final no es perfectamente conocido. El Sol, cansado de iluminar los corazones de todos los mortales, se retiraba a descansar no sin antes ofrecer resistencia y deseos de venganza. Pero es bastante lógico: la noche ya llevaba unas horas recobrando fuerzas para la batalla y su victoria estaba más que asegurada. Ahora le llegaba el turno de proclamarse reina del mundo. Pero este lujoso combate no tiene principio ni fin. El Sol, tras reposar durante otro largo periodo de su acusado cansancio,

apagaba de un soplido las nobles intenciones de las estrellas y volvía a sentarse en su trono dorado. A pesar de que la noche hacía gala de una descontrolada pero tenue resistencia. A veces, destelleantes pupilas de la noche trataban de enfriar el corazón del Sol mediante ataques y abatidas en forma de ráfaga, si bien nunca conseguían acercarse lo más mínimo al astro. Bastaba una débil sacudida del Sol para apagar las intenciones de la noche para aproximarse a Él y dañarle.

Desde pequeño gustaba de contemplar ese lujurioso, prefijado e infinito combate, y me imaginaba que ocurriría si uno de los dos entes lograra autoafianzarse definitivamente respecto al otro. Algunas de aquellas pueriles noches observaba desde mi buhardilla extrañas variaciones de aquella lucha sin tregua: la madre de la noche se escondía antes de lo previsto sin motivo ni explicación alguna. Pero, poco después, resurgía cual Fénix de sus cenizas y volvía a imponerse como era habitual hasta que el Sol despertara de su letargo diario. Pero la ciencia, personificada en mi profesor de Biología, me hizo despertar de aquel divino sueño. Justificaba aquellas repentinas alteraciones en la contienda que tanta fascinación provocaban en mí con una sola palabra: eclipse." ¡Quién habrá inventado palabra tan estúpida!" -pen-

saba yo -. Nunca imaginé que aquel atocinado maestro tuviese fe en lo que decía. Pero el tiempo y el paso de la vida le dieron la razón: aquel hechizo de infancia se explicaba únicamente a partir de interpretaciones científicas. De este modo se fue forjando mi desconfianza y mi repulsa hacía todo lo tangible. Pero algunas noches, cuando se repite aquel genial suceso, vuelvo a recuperar la ilusión y la confianza en mis infantiles predicciones. Y es que yo también soy de los que, cuando me arranco al bosque los sueños, a la selva oscura del dormir, me voy lentamente reco-brando.

Madrid, 13 de Diciembre de 1980

Ayer, mientras compaginaba mi sempiterno aburrimiento con el arcaizante préstamo de libros, no fui capaz de apartar de mi mente la inquietante escena que viví en el parque hace apenas dos días. Me preguntaba por las bárbaras tasas de crueldad y de odio de aquel incipiente ladrón de nombres. Seguramente no sería capaz de diagnosticar el verdadero dolor que generaba, y llevaría a cabo dichos hurtos sin reparar

lo más mínimo en las diversas y variopintas consecuencias morales que podría originar. En un principio, tampoco fui capaz de imaginar el motivo de su escandalosa actuación. Pensé que ejecutó su acción mientras el anciano dormitaba, que entraba en las casas con cautela y que un solo resquicio le era más que suficiente.

Ya no dudaba de la autenticidad de la historia ni puse en tela de juicio las facultades mentales del anciano. No me atrevía a juzgar de ese modo a alguien que, después de perder a lo largo de su vida a sus padres y a algunos de sus seres más queridos, se había visto desprendido de un modo tan innoble de su propia identidad. Llegué a divagar, incluso, sobre el sexo de aquel ladrón: a veces, imaginaba que se trataba una joven mujer que camuflaba sus maquiavélicas intenciones tras un filón de belleza y astracán; otras veces lo intuía con alma masculina, aspecto desdeñado y rostro famélico. Pero ni la cleptomanía ni la necesidad justifican tan atroz robo. Y es que los ladrones de nombres no tienen sexo: están muy por encima de eso, de esa difusa e innata frontera que nos ofrece la vida. Me indignaba la forma con la que mis propios compañeros de trabajo justificaban y afrontaban el estremecedor suceso. Para ellos, el robo tenía un único y triste culpable: la vejez. Pero no, la

vejez no es tan mala consejera. La experiencia es comprensión, serenidad, tolerancia. Aunque he de admitir que es mucho más probable que el ladrón sólo atente contra ancianos debilitados por el trabajo y por el paso de los años y no lo haga contra niños o adultos de temprana edad.

Fui poco inteligente a tratar de personificar al autor de aquella acción: por todos es sabido que los ladrones de nombres no tienen cuerpo ni alma. Craso error. Finalmente, y tras un buen rato de divagación mental, identifiqué al ladrón con la soledad. Pero no se trataba de una soledad común, era una soledad aliada con el desconsiderado urbanismo, con el fraude y con todo lo que huele a avaricia y a capitalismo. Era una soledad entendida como reflejo de todos los males de la sociedad, una sensación de vacío que enturbia la paz de muchos y solo beneficia directamente a unos pocos ingratos. Era una soledad asimétrica y oligárquica.

Tuve la sensación de haber dado con el culpable, pero rápidamente entendí que era imposible detenerlo, que se reproduce a una velocidad bacteriana y que se camufla detrás de cada humilde ciudadano. Es una bola de nieve que crece, un terremoto con epicentro en la pobreza, la humillación y el descontento. Pero no puede tomar forma concreta. No pode-

mos aventurar con exactitud la fecha de nacimiento del vil ladrón, pero si sabemos que crece, que se reproduce y que, tristemente, no muere.

También tuve tiempo para pensar que ese anciano representaba a todos los hastiados del desmesurado progreso económico y científico bajo el que vivimos, a todos los hombres que vendieron su alma (no su identidad) al trabajo y a la familia, y que una vez habían firmado con sangre su boceto de vida, topaban con el rechazo y la austeridad de una sociedad tan ordenada y caótica como la actual. Llegué a asustarme tras identificar mi futura vejez con el presente de aquel anciano, pero preferí extraer de mi mente aquel desmelenado monólogo interno y continuar prestando y catalogando libros banales e inconclusos. "Poderoso caballero es Don Dinero", dijo Villegas. Y tanto.

19 y 20 de Diciembre de 1980

El niño. La vida comienza tomando forma de niño. El niño es un óleo sin pintar, una novela sin literatura, un muro opaco sin derribar ni construir. La vida se

camufla tras su dulce y pacífica apariencia para conocer el mundo, para tomar notas en su agenda bordada de rencor y repulsa, para ser cauta ante lo que tendrá que asumir en el futuro. El niño tiene la libertad de manipular el tiempo, de recrearse en su propia ignorancia, de experimentar sin miedo al fracaso. En él se dan dos sentimientos contradictorios: por un lado, el afán de aprender y mejorarse a sí mismo, de liberarse de su cárcel de leche maternal con forma de carricoche y babero a rayas, de su dependencia. Por otro, el que prima por encima del anterior, es el de anclarse en su estado inicial, el de echarle un órdago al futuro, el de cerrar los ojos a la injusticia y a la tiranía. Esa es la esencia del niño, perdurar por siempre. Establecerse en su propia inconsciencia, en su desconocimiento, en su virginidad mental, en su llanto superfluo, en su pureza. El niño es un escapate sin maniqués, un diamante sin pulir, una república con monarca, un papel en blanco (ya lo advirtieron los antiinnatistas). Desde el momento en que abandona su cobijo nuevemesino, forma parte de un proyecto de aprendizaje de normas útiles e inútiles, códigos morales y compendios éticos, así como otros principios de distinta índole. Aprende a discernir, a madurar, a liberar su instinto animal mediante juegos, lloros y reyertas con armas blancas teñidas de

rosa y de instinto, navajas de plástico y sueño, escopetas cargadas de futuro y de miga de pan. Aprende a distinguir lo lícito de lo ilícito, y comienza a padecer un entorno social que se subraya, generalmente, a partir de la edad escolar. En la escuela y en la familia (en orden opuesto) es donde es capaz de apreciar la amistad, el compañerismo y el respeto a los demás, que, usualmente, se suele tornar en intolerancia, envidia y egoísmo debido a la presión ambiental a la que se encuentran sometidos. Es la infancia un periodo plagado de dudas espirituales, preguntas sin respuesta, rencillas escolares, elogios a la familia, complejos de Edipo y bromas de mal gusto. Es, sencillamente, el inicio de la vida. Es síntesis, construcción de una visión global del mundo y base para etapas venideras. Es la etapa en la que el hombre empieza a escribir, con letra de caligrafía, manchas de grasa y consejos de Petete, la obra de teatro de su vida y designios posteriores. A bordo de su caballo de cartón y crines de dulzura, otea el horizonte en busca de desengaños, Dulcineas, corifeos, yelmos de Mambrino y caramelos rellenos de plata y tesón. Debido a su desconocimiento del verdadero dolor y del peligro, a su dubitación ante la violencia y la farsa, a su crapulosa sonrisa de leche y desdén, el niño corretea por la infancia, de principio a fin, sin miramientos ni cre-

dos, sin pánicos ni prejuicios. Comienza a tomar interés por las ciencias y/o las letras, y manifiesta dicha atracción hacia el saber mediante dibujos de paisajes ilocalizables, sueños incoherentes, pesadillas de blanco satén, fonemas ilegibles y noches en vela. Es ésta la etapa más subversiva, altanera, risueña, sumisa, insumisa y atroz de todas aquellas que componen el esperpento de la vida. No hay otro periodo vital en que el ser sea más libre que en éste. No hay animal más aferrado a la vida ni más agresivo que el niño. No lo hay.

Pero no hay principio sin fin, guerra sin tregua, tragedia sin luto. Lleg a un determinado momento (totalmente impredecible) en que el niño comienza a despertar de su vasto letargo y trata de ver las cosas con más independencia y criterio. Una vez sentadas las bases morales y sociales, una vez conocido el mundo, una vez aferrado a la vida, el niño (que ya empieza a dejar de serlo), huye de su subterfugio y de su efervescente amordazamiento e imprime sus gotas de tinta mental de un modo más personal, crítico, mordaz y efusivo. El niño, reflejo de la sumisión, instructor de bonanza y alumno de la represión. Pero todos estos valores/antivalores morales van a ser testigos directos de un brutal y vertiginoso cambio, de un shock vitalicio, de un escalofrío cálido y atroz que,

repentinamente y a modo de tormenta, irrumpe en el niño y muta todas sus viscerales cualidades: la pubertad. La aparición de la pubertad es el descubrimiento innato de la vida, el dulce veneno mortal del descontrol, el rayo punzante con aspecto de vello y avaricia. El niño, especie en extinción, deja su lugar a otros estados vitales, a otras formas más variopintas. Pero, a pesar de todo, el niño no muere: se camufla. Y sólo reaparece cuándo el hombre lo requiere, cuando necesita de su bondad y de sus actos puros y espontáneos. Pero el niño no muere. Por algo será.

Soria, 2 de Enero de 1981

Tibio. Tibio es el amargo licor que destila el inconexo grifo de la vida. Y tibio es el sentir general del mundo. Ese grifo es un cofre repleto de sueños que manejamos todos a nuestro antojo. Pero existen posturas muy diferentes e inconcretas respecto al método de concebir la infinidad de propiedades benéficas, dañinas y altaneras de dicho licor. No resulta extremadamente complejo concebir que existen tres tipos de opciones difusa y llanamente diferenciadas. Una

de éstas posibilidades, probablemente la más sencilla y miserable, consiste en hacer caso omiso al dichoso licor y, manteniendo nuestro grifo completamente cerrado, contemplar las perturbaciones y las secuelas que el afamado y demoniaco jarabe es capaz de generar en los demás. En un término medio, nos encontramos con una segunda y no menos comprensible opción. Es esta segunda opción, probablemente y desde mi difusa óptica, la más utilizada, la más mediocre y la más desesperante de las tres. Este método consiste, a grandes rasgos, en abrir el grifo y, una vez que el jugoso líquido trate de librarse de la invisible presión a la que se encuentra sometido, dejar que corra a través del tiempo y del espacio sin hacer el más mínimo esfuerzo por consumirlo y conocer sus efectos, tan dolorosos y majestuosos a la vez. Y digo que es la opción más ruin y patética de actuar porque supone un desperdicio incorregible del licor. Y este dulce y resacoso veneno carece de la inefable, confusa y antinatural propiedad de infinitud. El licor es un bien público que beneficia de un modo igualitario a todos aquellos que lo deseen. Pero el propio Estado advierte que debe consumirse con moderación.

Pero aún nos queda por analizar la actitud más compleja, confusa, atrevida y sencilla de las tres. Esta tercera posición no es otra que resignarse a admitir

nuestra inevitable condición humana y ceder, de un modo directo y total, ante los imprevisibles, lujuriosos y ambiguos efectos del licor. Un prolongado trago de licor, un sorbo que pone principio y fin a la duda y al dilema inicial. Para estos individuos está destinada la consagración y la gloria. Para los valientes que, guiados siempre por la estela fugaz y burlona de Dionisos, desafían al conservadurismo y ponen límites a la trascendencia humana y al arrepentimiento. Para aquellos que rehuyan de los prejuicios morales y de la intransigencia de los mediocres y se aproximen al extremismo de los genios que, de modo activo o pasivo, he ido desterrando a lo largo de estas desafiantes y contradictorias notas.

Y algunos siguen defendiendo que la virtud reside en el punto medio. Pues no.

Madrid, 27 de Enero de 1981

Rimbaud soñó que había nacido en Reims. Y a mí me habría gustado nacer cerca de allí. Concretamente, en Bergerac. Y soñar que Rostand me habría elegi-

do como protagonista de su obra. Pero no, no lo hizo. Me hubiera gustado ser Cyrano.

Me hubiera gustado ser Cyrano de Bergerac. Porque me hubiera gustado ser valiente, arrogante, egoísta, sagaz. Ser instintivo. Ser orgulloso, optimista, sensorial. Ser.

Anteponer los sentidos a la razón. Aprovechar el presente, renegar del pasado. Hacer gala de mi recóndito y extravagante sentido del humor. Camuflar mi hilarante y ruin miedo al ridículo, poner los puntos sobre las íes. Destacar. Y poder caminar por el mundo con orgullo y gallardía.

Y, en caso de que el oscuro trauma del dormir me lleve a otros parajes, ser Don Quijote. Ser un Quijano, un justiciero, ser un loco que cabalgue entre meseta y melancolía.

Y enamorarme. Enamorarme del mismo modo del que lo hicieron ambos. Ya sea Roxana o Dulcinea. Son la misma persona, el mismo ente, el mismo sentimiento.

Tener con quién luchar, tener con quién convivir, tenerme a mí mismo. Y despertarme cada día con algún asunto pendiente. No ser indiferente a nada ni a nadie. Tenerlo todo o no tener nada. Pero no quedarse a medias. Empezar una vida distinta cada día, jugarse el futuro a cara o cruz.

Pero también puedo soñar que soy Hamlet. O Swann. O Alexei Ivanovitch. Podría soñar que soy cualquiera de ellos. Podría tener todas sus cualidades. Pero el sueño se desvanece. El tránsito del sueño a la vigilia es terrorífico y está plagado de meditaciones y desencantos. Y es entonces cuándo me doy cuenta de que no puedo ser Cyrano, ni Don Quijote, ni Hamlet, ni Swann. Ni tan siquiera Ivanovitch. No puedo ser como ellos.

Y no puedo ser como ellos por el simple y traslúcido hecho de que no puedo ser ficción.

La vida es metáfora, espontaneidad, sueño. La vida es teatro. Y, para justificar nuestra injustificable condición de actor, actuamos. Fingimos, mentimos, nos escondemos. Y hay que actuar hasta que los demás se den cuenta de que lo hacemos. A partir de ese momento tenemos que dejarnos llevar, tenemos que sentir, amar. Pero ahí radica mi problema. Mi escondite sólo podrá ser descubierto tras la muerte. Mi carcasa de miedo y rutina se resquebrajará una vez que mi corazón deje de latir. Los demás se descubrirán en algún momento de su vida. Pero yo no. Yo seré un actor perpetuo.

Madrid, 30 de Enero de 1981

Es difícil escribir cuando no se tienen motivaciones. Cuando los últimos rayos del Sol alumbran sin fuerza las catacumbas del recuerdo y del olvido. Cuando los gemidos de la vida inundan el umbral que separa el todo de la nada. Cuando los quiméricos pulsos del reloj adelantan su fértil posición en busca de un segundo de aire fresco. Cuando la esencia se reduce a la existencia, cuando la trascendencia y el destino son amigos del azar. Es en ese delicado momento cuando las fuerzas empiezan a fallar, cuando la infelicidad es asumida.

En ese pérfido instante se entrecruzan sentimientos de pánico y de venganza y la vida y la muerte firman un pacto en el que acuerdan su lesbianismo. El pudor y la duda se acrecientan y la intranquilidad se presenta como sustituto de la rutina. Las pupilas se dilatan en busca de un recoveco en el que camuflar el miedo. La hostilidad se acrecienta y la metodología de la vida se reduce a ceniza. Los músculos se paralizan y cualquier mínimo esfuerzo es demasiado.

Quizá sea el hecho de dudar el que nos diferencia del resto de los animales. La duda es la manifestación más sublime de la inteligencia. Es una confrontación de dos entes, es la lucha por la subsistencia,

es el ambiguo cruce de caminos entre el mundo racional y el mundo sensorial. La pasión y el conformismo se enfrentan cara a cara en busca de un resquicio de aire puro, en busca del asfixiante y contaminado olor a mundo. Y escribir es dudar. Es plasmar en un papel nuestras propias limitaciones, nuestros agobios y nuestros devaneos. Y escribir es fingir, mentir. La literatura no existiría de no ser por el sigiloso guiño de la farsa y el engaño. Si la verdad gobernase el mundo, todo sería mucho más fácil y sencillo. Y la sencillez, en determinadas ocasiones, puede ser sinónimo de mediocridad.

También cabe preguntarse por la trascendencia de estos escritos. Serán anacrónicos, formarán parte del gran libro de la Literatura. No es cuestión de buscar el éxito. El éxito se obtiene al escribir. Escribir no es un medio. Escribir es un fin en sí mismo. El gozo se obtiene al tratar de recomponer los cristales rotos de la realidad. Pero esa realidad es inidentificable. Se trata de una realidad subjetiva, se trata de nuestra realidad. De ahí que cada recomposición sea tan perfecta como cualquier otra, porque será, como dije anteriormente, nuestra realidad. No existe lupa que filtre esencia. No existe arma que mate dolor. No existe cura posible para el escepticismo. No existe el bien. No existe el mal.

Y es que la verdadera realidad está ausente. Voló.

Madrid, 30 de Enero de 1981

SOLEDAD

Me parece abuela que esas lágrimas que le bajan despacito tienen historia, ¿verdad que sí?, ¡claro que la tienen!, y no precisamente de las cortas.

Mírelas, corren lentas, buscando un camino que no encuentran, empañándole las gafas, la mirada, y las ganas de seguir.

Hasta la forma que tienen, de corazones repletos de lamentos, sugieren que quieren estallar, que no soportan más latidos.

Si me cuenta, a lo mejor, ¡sí!, a lo mejor desaparecen, y yo de premio le regalo un cucurucho repleto de alegrías. No se ría mujer, los compro aquí debajo, en el kiosco de ilusiones, mando a un colega y se lo traigo, de verdad, son buenos, dulces, blanditos y no pican los dientes ni las prótesis.

¡Venga abuela!, no sea rebelde, verá como no me equivoco, ¿cuánto hace que no habla con nadie?, siempre sola, mirando a través de los visillos, con esas ventanas de brillos apagados.

Ya sé que ha perdido la costumbre, pero hablar no cuesta trabajo ni dinero, ¡gratis total abuela! No le estoy pidiendo que recite un monólogo, sólo

que diga algo, lo suficiente como para quitarse el peso que le mantienen los ojos apuntando hacia abajo.

¡Es hacia arriba donde tienen que mirar!, disparando atisbos a las nubes, ¡sí mujer!, hacia arriba, donde pasan cosas, donde los árboles florecen y los pájaros revolotean caprichosos, persiguiendo vientos de felicidad.

No tenga miedo abuela, haga de cuenta que soy su confesor, un cura moderno con bata blanca de enfermero, no hay muchos más en esta residencia de solitarios, así que aprovécheme que yo no me voy a aprovechar.

Sé de sobras que no le gusta estar aquí, que nadie la consultó, que ha oído la mala palabra "vieja" y no sabe si iba dirigida a usted, pero, ¿para que estoy yo?, no se me agobie abuela, se le va a arrugar el alma y no tengo plancha para eso.

Mire como trenza la ramita el mirlo blanco, fíjese, tiene un pico juguetón y hace puntos con el nido, ¿no lo oye cantar?, venga, no me lo ponga difícil mujer, que me van a echar.

Si no consigo arrancarle una sonrisa, seguro que estos tíos no me renuevan el contrato. Los meses pasan rápidos y acabo de contar seis.

De acuerdo, no tiene las gafas para ver de lejos, tampoco las quiere, tampoco las necesita, entonces: ¿qué es lo que está viendo?, ¿por qué esa tristeza?

¡Ya lo decía yo!, mirando para adentro, recordando, imaginando. No me parece mal, pero ¿por qué, por una vez, no cambia el sentido de la marcha?, pón-gale al pensamiento una señal de dirección prohibida y oblíguelo a dirigirse hacia delante. Imagine un gran cartel rojo señalando la única vía de paso obligatorio: el futuro, con penalizaciones para todos aquellos que incumplan la norma.

Si no me hace caso mujer, y en vez de ir persiste en seguir regresando, le voy a poner una multa im-presionante, condenándola, además, a llegar antes de irse, a ponerse las vendas para olvidar de cerca y las gafas para ver de lejos.

¡Bravo abuela!, ahora sí que podemos mirarnos, esos lentes le pintan brillos a sus ojos.

¿Verdad que usted tampoco lo encuentra? No, no es que se haya marchado, nunca estuvo. Ayúdeme, por favor, a encontrar ese bendito mirlo blanco. En algún lugar tendrá que estar regalando compañía, ¡yo también lo necesito!.

POESÍA

Amadís de Gaula, tercera edición

primer

P r u e b a , n o l e e r

premio

esto es una prueba
no leer

en caso contrario
has de saberlo:
esto es una prueba
sólo una prueba
todo una prueba

esto es una prueba
un pistoletazo
tensa los músculos
sal corriendo
cuidado con las vallas
esconden la meta

esto es una prueba
no te dolerá
un pinchazo
y otro y otro más
cuesta encontrarte la arteria
llega la sangre
acaba el tercio de varas

esto es una prueba
compara el pantone
calibra el magenta
un papel más brillante
la tipografía menos dura
mala suerte
el poema es el mismo

esto es una prueba
pones la cifra izquierda
luego la derecha
en medio las sumas
compáralo con tu resultado
ya sabes la distancia
a lo desconocido

esto es una prueba
con sus árboles de pega
sus ventanas ciegas
su escala de ratón
aquí se encierra tu casa
como el cielo
en un padrenuestro

esto es una prueba
dime el punto de sal
si sobra el ajo
o le pongo pimienta
acaso está muy caliente
si vendrás a comer

esto es una prueba
los lápices sobre la mesa
las manos a la vista
tienes cien minutos
un sobre con preguntas
copia al vecino
como es habitual
ahí afuera

esto es una prueba
asómate al balcón
contempla las vistas
será inolvidable
sólo
lo que se esconde tras la niebla

esto es una prueba
estaban tus huellas
el libro abierto
la coartada perdida
tus manos olían pólvora
ni siquiera estabas lejos
disparaste aquella palabra
elige

fiscal
juez
o reo

♦♦♦

áccesit

n o e s p a r a t a n t o

áccesit

la vía ya estaba construida
las rutas tatuadas
los árboles desde pleistoceno
las birfurcaciones amañadas
los túneles iluminados
las agujas cambiadas
los paisajes repletos
los figurantes comidos
los caminos enamorados
las clases de piano pagadas
los peligros cargados
las novelas escritas
la pobreza en flor
los dolores anudados
los iconos prohibidos
los asesinos libres
los sueños olvidados
los enemigos enrojecidos
los manjares escondidos
los mapas falsificados

las montañas atormentadas
las brújulas fijadas
los amores ávidos
los guiones quemados
los poemas terminados
los tiranos advertidos
no es para tanto
si buscas admiración
elige otro barro



áccesit

l o s h a b i t a n t e s

áccesit

En el dorso de la tarde,
cuando el día se derrumba en las esquinas,
se nos puede ver degustar
la ajena sal que delimita
la raíz exacta de nuestras venas.

Creemos en Dios
y el resto son sospechosos.
Envasamos el tiempo no retornable
en contenedores que la noche ovula.

Somos los habitantes.

Escupimos
muestras de orina donde se disloca
la angustia de las plazas duras,
de dormidos volcanes,
declinamos palabras que nunca
vienen al caso
y las disolvemos en máscaras entubadas
que las cloacas menstrúan.

Toneladas de metal columpian a distancia
los desiertos de tierra sepultada.
Una semilla por talar
germina en el centro de la vía.
Lo sabemos.
Hurgamos retratos ovales a dos manos y
esperamos en largas colas de puntos suspensivos
el momento de colapsar de nuevo
nuestra salida de incendios.
Vivimos el asfalto. Las hormigas negras
que supuran estrellas desnudas
de leve ámbar, de lejanas celdas.

El hambre del espino, el código de barras
que seca los dientes de llaves hostiles,

que derrumba en el cenicero gangrenas
y juntas de dilatación de chatarra pulmonar.

Llenamos nuestras bocas de grandes obras
donde los gatos son la tarifa plana
de las vías rápidas,
donde la integración
se revela
en la carne y los ojos
de animales reventados en curvas
sin visibilidad.

Somos los habitantes.

Con una infalible prótesis de saliva
y otra de neones de bajo impacto
los habitantes escondemos en las fisuras
la lima gastada de la frustración,
caminamos los últimos escalones
de la madera aherrumbrada
y ponemos la mano en el fuego para mantener
la cabeza fría, con un pie en el abismo
-para no ocupar demasiado espacio-
y el otro en la telaraña
que espera la gota final,
definitiva,

la última generación

de columnas
indemnes en la ribera de ciudades hundidas,
en las ruinas inminentes de muros vacíos,
en la enfermiza persistencia de las gramíneas.
Y en la mesa de operaciones de estas manos
que la carestía alarga, sin tiempo de respirar,
sin pausa alguna,

la conciencia privatizada por dioses de yeso
y los gorriones patrullando el pan de las barandillas,
el pan de hoy,

el pan nuestro de cada día
que a plomo nutre palomas en cada esquina,
eucaristía mate que la noche de la humanidad evade
en ciclos de losas,

de árboles extirpándose mutuamente,
oxidándose bajo el andén muerto de un cielo edificado,
al abrigo de nosotros, los habitantes,
que alimentamos con carne asfaltada
el vientre implacable de las perras.
Tal es
nuestro testimonio.

TRAVESÍA



y luego canta,
canta,
canta,
al verde y al añil,
canta a los niños sordomudos,
a las flores pisadas un lunes a las diez,
canta a los jeroglíficos de la belleza
taciturna
y a los ojos en sangre del postrer
combatiente,
y llora,
llora,
llora,
por todas las inmundas madrugadas
en los portales harapientos,
por el canceroso magistrado,
por la leona herida
y por el pobre cazador que morirá
una tarde
de una consciente y descerrajada bala
(su pieza más preciada).
Y cuando al fin
sientas que el tiempo
es un alegre reloj de mariposas
y sórdidos mensajes,
cuando excedas de sábanas tus sueños
en el día,

cuando te solivianta la memoria
y en una frágil paremia te sientas
aludido,
entonces,
pinta con alinde tu destino
y cruza los espejos.



EL PRETENDIENTE

En la primera línea del jardín
vemos a la señorita en su reposo
recostada en el limbo de una soñada
monarquía
bajo su axila perfumada,
mientras su madre
pica labios con alguien
y esas cosas que se cuentan,
sabe usted,
él, la otra
y esa gente, esa gente.
Ay, dios mío,
qué será de nosotros.
La señorita descansa
con su cuerpo recogido
de nieblas y planos incoloros,
lejos del odio,
del amor,
de esas sombras que cruzan por la acera
llevándose la tarde innecesaria,
descansando señorita,
sobre espaldas arañadas, señorita,
sobre cuerpos doblados, señorita,
refugiados,
exiliados,

pequeñitos cuerpos,
cuerpos pequeñitos
habituados a morir
como quien, laso,
se masturba en el verde.
Fotos concursos
y premios en anuarios,
descansando,
juntos a las ollas podridas con sus
chancros,
oliendo la miseria apuñalada, señorita,
bebiendo de las bocas gangrenadas,
señorita,
y de los ombligos sangrantes,
y de los dedos rotos,
y de mocos y lágrimas,
y tanto ojo agujero vigilando la nada,
descansando.

El servicio, la cena,
su poema, señorita, su poeta,
sus pobrecitas noches,
su coito, señorita,
mi vergüenza.



VOLVER A LAS GAVIOTAS

Quiero volver a las gaviotas,
Y olvidar tus palabras.
Tus injustas palabras que me hieren.

¡Vete!
Me dijiste, sin pronunciar esa palabra,
en un atardecer de marzo.
¡Aléjate de mí! -decías-
porque me haces daño,
porque hay cosas de ti que no me gustan,
y esas cosas me duelen, eso es todo. Y nada.

¡Vete!
Me dijiste, cuando acababa de estallar
la primavera.
¡Ya no quiero quererte! -repetías-

Y me voy, sí.
Porque así no quiero que me quieras.
Porque el amor duele cuando exige.
Porque las cosas buenas, -dices-, son
las inalcanzables,
solamente.
Únicamente.
Porque las malas son las que te empeñas
en recordar,

constantemente.
Insistentemente.

Me voy, sí.
Vuelvo a los días de agua,
de sol y de sal,
amaneceres rojos,
palomas entre espumas y gotas de cristal.

Escribiré tu nombre en nubes,
blanco en blanco,
para que el viento lo lleve, allá donde yo habite.
Y lo escribiré en el mar entre azules de su azul,
en rizos de faralaes,
olas que lo llevarán donde lo quieran llevar.

Dibujaré tu incierta imagen en isósceles
que, guardados en una probeta, arrojaré al mar.
Y cuando llegue tu naufragio a mi isla, desierta,
cuando tu nombre y tu imagen se fundan,
recogeré tus restos moribundos.

Entonces podré,
Volver a las gaviotas.



Estrofas Selladas

El concepto lo es todo.

Persisto en este infierno de invernales propuestas. Recojo tus lamentaciones, anoto tus señas de identidad dispersas y pondero en la balanza de entre tantas conversaciones festivas una única frase que me complazca.

Recurro a tu cuerpo sólo cuando me fallan las palabras. Remuevo tus asideros más fieles, tus razonamientos más estrictos y cedo a un deleite más pausado, arrinconando mi antigua afición por las pasiones extremas y el vértigo.

Reduzco los ritmos para evadir la danza ebria. Aquieto el paisaje de aquellos vendavales que nos atrapaban y me dejo mecer lejos de tu alcance. Te observo en esa búsqueda, aún con el dolor en el pecho y la mirada rota. Aguardo que decaiga esa lluvia de cristales.

Confirmo que rompí con los recuerdos para no asemejarme a ellos, y que me hice trizas entre las polvaredas asesinas de los sueños que tuve. Que padecí todos los males y abusé de los remedios. Y que ahora aguanto las inevitables secuelas y maldigo entre sonrisas los instantes de suerte en que me creí invencible, sin serlo.

Envejezco.

Guardo lunares y tumultos. Aparto las ruinas y calmo tu sed
escayolada.

Conservo las sedas inútiles y el aroma lánguido que les dejaste.
Reinvento el orgullo de estar solo al ritmo que se acrecientan las miséras
acampadas en los lugares comunes. Colecciono amapolas y pensamientos
azules, risas estridentes y un no sé qué desconocido que temía haber
olvidado.

Pueblo mis sueños con tu imagen quieta. La multiplico siempre
igual de
extática por sobre los espejos de la nieve y borro tu belleza transitoria
con un simple parpadeo. Me sorprenden los olores que te delatan, pero
escapo a la maldición de la sal, que no puedo retroceder en mi mirada.
Se me cruza el corazón en el empeño, pero arraigo como un dios suicida
hacia una luz invisible que invoco por sobre todas las cosas.

El concepto lo es todo.



Para Omar, en el infinito

Quiero ir a un lugar donde nadie me conozca,
Poder reencarnarme en alguien para vivir
nuevamente.

¿Qué queda de mí en este momento?!.
A mi padre le dieron un reloj. Mí reloj.
¿Pero acaso eso basta?!.
Pasó que un día me mandaron a llamar,
Y tuve que presentarme en esa antesala del infierno.
¿Qué vas a ser cuando seas grande?!,
me preguntaron cuando era chico.
Cuando sea grande... quiero vivir,
Quiero contestar ahora, pero nadie me escucha.
A mí padre le dieron un reloj. Mí reloj.
Pero yo soy mucho más que eso.
Soy el recuerdo de una tarde bajo el sol,
La revelación de un instante de profunda
espiritualidad,
Y el hecho de saber, siempre saber más que
los demás.

¿Qué queda de mí en este momento?!.
Ya pasó mucho tiempo, es cierto,
Pero también a pasado el tiempo para ellos.
Oficialmente desaparecí el seis de marzo,
Pero en realidad había desaparecido antes.
Desaparecí cuando recibí esa llamada asesina,
Ese sometimiento brutal de parte de manos
permanentemente heladas,
Como sus corazones.

El resto es un poco más común, y también más sencillo.
El seis de marzo, manos conocida me golpean
salvajemente,
Esta vez no sólo vienen por mí, sino también
por mí sangre:
Y la toman.
Quiero ir a un lugar donde nadie me conozca,
Poder reencarnarme en alguien para vivir nuevamente.
Un mes, un día, una hora, poder vivir nuevamente.
Quiero vivir, deseo vivir,
Caminar otra vez bajo el sol, y cumplir aquella promesa.
Quiero vivir, y dejar atrás estos despojos
habitados por el polvo y la soledad.
Quiero vivir. Antes parecía tan fácil.
Soy Omar. Omar Carrasco,
Y voy hacía el infinito.



¡TÚ!

=====

¡TÚ!

Hoy me acerco hasta ti para llorar,
-una vez más-
sobre tu hombro complaciente,
y se me hiela la sangre y las pestañas.

Llegar a ti y encontrarte tan hundido
me llena de tristeza,
sin embargo sonríes,
y me escuchas.

¡Tú!
que siempre me has querido,
¡Amigo mío!
que siempre has sabido
consolar mis desconsuelos.

Hoy te encuentro herido y abatido
y aquí estoy, para ayudarte
(y ayudarme)...
Hay que seguir siempre adelante,
(me dices y te digo)
Porque la vida continúa.

¡Amigo mío!.

Hoy ahogaré mis lágrimas y seré yo
la que escuche,
Seré el reflejo de tu ejemplo.

Afuera llueve.

Lloran las nubes en esta tarde -húmeda y
oscura-

Por tu mirada serena, mi único consuelo,
¿qué no daría yo?

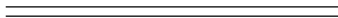
Y por primera vez te noto vacilante,
Y tu mirada se oculta, se me esconde,
Y me dices que sufres en silencio,
Y me cuentas que estás enamorado.

Me conmueves, te abrazo y te pregunto:
¿Quién es ella?

Y tus ojos, profundos como lagos,
Se clavan como dagas en los míos.
En silencio,
Abren mi herida, que es la tuya.
Y me cuentan tu secreto, que es el mío...



AMOR MARINO



AMOR MARINO

Capitán de aromas
un continente encogido como un feto
hay en tus ojos.

Quiero cuidarte.
Amarrarte al amarillo de la tarde.
Atrapar tu muerte nacarada.
¡Que no te toque nadie!

AMOR MARINO

Capitán de aromas
un continente encogido como un feto
hay en tus ojos.

Quiero cuidarte.
Amarrarte al amarillo de la tarde.
Atrapar tu muerte nacarada.
¡Que no te toque nadie!



AUSENCIA

Faltas en el aire que respiro
y no me alcanza, para vivir.
Pero mas allá de tu aura,
que dejó trazada una huella
en el camino de piedras y polvo,
estas tu.
La distancia mas grande,
te acerca y te siento.
Oigo tu voz
en el goteo del viejo grifo.
Y tus pasos inclanzables
y perpetuos,
en el balcón de mis sueños.
Hasta en la niebla de la mañana,
se dibuja tu sonriza,
para volver al decirme,
te quiero.



CUANDO
VOLVER ES INUTIL

CUANDO VOLVER ES INUTIL
NUEVE CAMPANADAS
DEL RELOJ INSOMNE.
NUEVE CAMPANADAS
A LA MEDIANOCHE.

.....y te veo llegar
bella, eterea, joven,
doncella sin nombre
que la tierra esconde.

Con su pelo suelto
viene en mi visita
vestida de brisa
de donde los muertos.

SON DIEZ CAMPANADAS
DEL RELOJ INSOMNE
SON DIEZ CAMPANADAS
A LA MEDIANOCHE

.....y ante mi estas,
serena, desnuda,
brilla en tu blancura
tu carne de luna.

Traspasa tu cuerpo
mi mano dormida,
¡que no tienes vida!
vive tu recuerdo.

ONCE CAMPANADAS
DEL RELOJ INSOMNE,
ONCE CAMPANADAS
A LA MEDIANOCHE

.....un paso hacia mi
y los cortinados
oscuros, pesados,
ya te han ocultado.

Un niveo reflejo,
rayo de ceniza,
tu pelo ilumina
con dejo funesto.

DOCE CAMPANADAS
DEL RELOJ INSOMNE
DOCE CAMPANADAS
A LA MEDIANOCHE

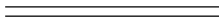
.....a mi lado estas
sumisa, invisible,
tu piel imposible
mi carne de tigre.

Bendito deseo
de tu rebeldia
a mi lado grita,
acallar no puedo.

TRECE CAMPANADAS
DEL RELOJ HERIDO
TRECE CAMPANADAS
Y ELLA SE HA IDO

♦♦♦

DOLOR



Agua viva y pura
Que me sed haz de calmar,
Lleva hasta el fondo de mi alma
El sosiego al lamentar,
Mas, si en ese intento,
Tuvieras que descansar,
Al morir que viene lento
Ruegote permítele pasar.

Solo es el puente
Que he de cruzar,
Camino a la pendiente
A sollozar en la mar.
Huérfano esta el alma
Pues ya el espíritu partió,
Sufre y añora la calma.....
El corazón ya expiró.

Sol aquel día
De sonrisa y color,
Mortal mirada tuya
Que calmo al dolor.
De invierno a verano
De tus labios brotó,
Y el edén de tu mano
Con dicha mi alma llenó.

Dorado es aquello
Que llevas por piel,
Y negro aquel cabello
Que gusta como la miel.
Color pardo es el brillo,
De tus ojos estalla
Cuerpo tan fierillo
Que el mundo no halla.

Que Sol de soles es
Aquel que disco oscuro fue,
Vida es tu palabra, pues,
Camina ya el herido, lo ve.
Transforma mi rostro, ríe
Corre y siente mi sangre
Voz y aliento se aflige
Siento que no voy de pie.

Que mañana de risas
Cuyos efluvios cortaron,
Aquellas amargas tristezas
En el pasado quedaron.
Tarde negra de penas
Con toda calamidad cayeron,
Aunque Tú no lo creas
En el pecho me dieron.

¿Y me dices que no llore?
Por ver perdido mi vida,
¡¡Que padre es aquel
Que a su hijo condena!!.
Si te di me alimento
Y nutres mi calma,
No llores cuando he muerto:
¡!Madre¡¡ te entrego mi alma.

EL TONTO DEL PUEBLO

EL TONTO DEL PUEBLO

Ahi va,
con ese paso estirado,
como contando las cuadras.

el cabello le oculta el alma,
su desgarbo lo acusa.
El insiste en vivir,
con una fe de ladrillo que lo martiriza.

vive a deshoras,
huye de la soledad
como huye entre las sombras un gato pardo.

en la siesta de la terminal,
es su mesa la unica ocupada,
su cerveza la unica cerveza.
gesticula como al descuido,
aun a un tonto lo molestan las moscas.

ahi estan,
son ellas, las lindas.
Son reinas, o lo han sido
y de no,
mañana mismo lo seran.
sus voces son rosadas,

viven un mundo de dias azules
y miran con ojos de cielo triste.

Ahi va:
es el tonto del pueblo.
Su andar bamboleante
carga de años a la pared ruinosa.

Los niños lo burlan.
Que mas da:
su mundo es tonto
y tiene un solo habitante.

Su Dios
se derrite con cada vela,
tan pequeño es
que cabe en un pesebre.
Tan tonto es
que bendice del tonto su tontería.

Ahi es:
esa es la casa del tonto.
Los trastos en el patio
lloran oxido y arañas.
No hay oscuridad en los altisimos techos,
solo verguenza.
No estan sus muebles rotos,
estan muertos.

Comparten su humillacion las tazas
descoloridas,
los platos cachados del juego incompleto,
los diarios enmohecidos.

El tonto se acuesta,
se tira en el camastro chirriante
como si quisiera romperlo.

esta noche en la penumbra
pensara en ellas, las lindas,
soñara que las humilla
con su diestra torpe y violenta.
Y a medianoche llorara, el tonto,
sabiendo cuanto las ama,
sabiendo cuanto se ama,
y a medianoche temera, el tonto,
la presencia tenebre de silentes fantasmas
de su madre fallecida,
de su padre suicidado.

Y a la madrugada,
cuando los otros jovenes del pueblo
abrazan chicas en las veredas oscuras
sembrando horas felices para siempre,
cuando se oiga, a la distancia,
la musica del baile feliz y profano
que las lindas bailaran con muchachos simples,

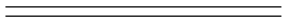
gritara, el tonto, con un grito mas tonto que sus
miedos.

Un grito que Dios, por piedad,
mal disimulara, con rumor de brisa fresca entre las
hojas
de los platanos eternos.

ahi esta:
el tonto ese que grita a la noche.



Fragilidades



Esta noche la noche es más frágil.
Se podría romper con cualquier nombre

podrían quedarse estancadas las horas
y pudrir el tiempo

se podría asesinar
sin que nadie escuche cómo la palabra
se hunde en la carne

sin que vea nadie cómo la memoria
tiñe de rojo el silencio

sin que se sienta la muerte
de una noche que esta noche es más frágil.



Mensaje

¡No me agradó tu dicción
rebuznas al conversar!...

Cuando golpeas el acento,
trastabillan mis martillos...

Tu tono pueril y embustero
empeora mi alergia...

Todos tenemos problemas
deja los tuyos en casa...

Cuando los descargas conmigo
no mereces ser mi amigo,
¡a menos que los compartas!.

Cuando me hables iracundo
te escucharé con paciencia...

Cundo busques desahogos
puedes contar con mi estima...

Pues a nadie nos lastima
ser útil a los demás...

Haciendo que en la comunicación
todo mensaje al transmitir
lo hagamos con discreción.

No seas libidinoso, misántropo
ni puntilloso....

No me muestres de apariencia
lo que no guardas por dentro...

Se parco, cuando discutas
para no notar tus defectos...

La cordura siempre es elixir
en todo lo que se actúa...

Si te tienta la bulimia
a la anorexia prefiere...

No te sientas prisionero
de las pasiones del cuerpo...

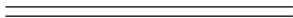
Que el corazón no gobierne
en los dominios del alma.

Tomad todo con calma
para que no pierdas dos veces:
¡Sólo ponerte iracundo,
Sólo volverte tranquilo!.

Únicamente... tú sabes
cuánto amas, cuánto sufres,
únicamente tú puedes
controlar tus sentimientos.



NOSTALGIA



Creo, no estoy segura,
de haber encontrado la peor
maldición en la vida del hombre. El recuerdo.
Ríanse del trabajo, la mortalidad, el dolor.
Señores, querer algo
Olores, miradas, gestos.
Si aquella tarde hubiese sabido
que estaba construyendo una imagen perdurable
Algopreciado, en un lugar que ya no existe...

Grandes deben ser los pecados del alma,
para que Dios cargara al hombre de nostalgia.



V_{en}

==

Estoy acurrucado
bajo el hechizo del deseo...
¡y no te puedo hallar!...

Despareces , te esquivas...
escapas de mi mente
como gacela de su cazador...

Sé que no fui grosero
al envolverte en mi mundo,
ni huraño al entregarme
hacia ti...

Sólo sé que te deseo
aquí dentro con el deseo
ardiente de la ansiedad.

¡Ven aquí pichoncita
de arroyuelo!..., juguemos
al amor bajo el agua.

Y mientras las olas cantan
el "danubio azul"
pega tu piel hacia la mía
y disfrutemos sin pecado
nuestra luna de miel.
Derrítame con tus besos,
humedéceme en tu orilla...

Que en todo la locura
nos aprese, nos domine...

Cúbreme con tu hermosa
cabellera, desnúdame
suavemente, bésame
¡y hagamos el amor!.

Dejemos entonces ...
que la brisa se regocije
en nuestras nalgas,
que gocen los peces
al vernos jadear...

Que la espuma acaricie
nuestros miembros...

Que la tarde anaranjada
y el azul verduzco del cielo,
pinten nuestros cuerpos
como único obsequio del mar.

Hoy te estuve buscando
bajo el hechizo del deseo...
hoy...¡mi alma te seguirá
disfrutando!.



CANTOS DE SIRENA

Él, hombre exhausto por los atormentadores sentimientos,
ella, mujer sepultada por la desoladora falacia conyugal,
ambos, personas aniquiladas por la ofensiva monotonía.

¿Dónde quedaron las margaritas deshojadas?
¿Dónde los gestos pueriles de amor en el exordio vital?
¿Dónde el juramento de amor constante y eterno?

El corazón no palpitara ante la irreductible sorpresa de cupido,
los propios querubines derretiran el sello del pacto eterno,
os evadiréis en vagabundas viandantes ensoñaciones asfaltadas.

Él, escuchará cantos procedentes de ansiosos brazos de sirena aparente,
liras de ensordecedoras notas sigilosas que su amada preconizará,
y responderá en brazos de sugerente galán, también cuervo enmascarado.

En el crepúsculo del traidor día,
los albores de las impuras almas,
se evadirán de las claves de sol y los graznidos.

Sin embargo, en la conformista senectud de Ulises y Penélope,
se unirán para cruzar el río y amarse entre los fieles moribundos.



CONFESIÓN DE UNA NOCHE

*Gracias a Viv
por ayudarme a seguir.*

*A P.V., por enriquecer
como nadie mi mundo.
A Fini, por todos estos años.*

1

Cuando a veces siento hastío,
como ahora,
y no importan las voces
y los gritos;
cuando desde el desierto
llega el luto
y se sienta
esperando su alimento;
cuando no alcanzo a llegar
a las tranquilas
puestas de sol
que han empujado brisas;
cuando no sé qué hacer
con la esperanza
y el azogue impiadoso
invade mi recinto;

cuando quiero apresar
el tiempo, fugitivo,
de verdes pliegues
sin trampa en las orillas;
cuando en la piedra
lanzada por mi mano
queda el rumor abierto
por la esquirla;
cuando intento despedidas
sin nostalgia
destejiendo la gris malla
en tenues hilos;
cuando con estos ojos
que te miro
veo perderse
nuestra imagen tibia;
cuando creo
que devana su madeja
el hábito exaltado
en maravilla;
cuando batallo
en esperas impacientes
como animal
con feroces embestidas;
cuando el fiel caparazón
que me acompaña
se convierte
en estropajos doloridos;

cuando creo, como hoy,
que ha terminado
la noche inmortal
del paraíso;

simplemente, me siento en la butaca
y presto atención a lo que atisbo.

2

La biblioteca de este cuarto
en que descanso,
el jardín donde brinca la alegría,
el agua de las fuentes luminosas,
las flores en la mesa,
los retratos,
el aire que levanta en vilo las ventanas,
los tejados de alondras en racimos,
la corta sucesión de los silencios,
la canción que repica en los oídos,
el porvenir,
el trigo anunciando la cosecha,
las campanas en tu mirada enternecida,
el paso fugaz de las sonrisas,
tu cabeza reposando en mis rodillas,
el gozo en el juego de los niños,
la inmortalidad de los sentidos,
las ansias temblorosas del comienzo

que inundan de candor el parque
de la esquina,
el precioso minuto de mi vida,
el cielo hecho carne en tu caricia,
la solidaridad,
las bienvenidas,
el tesoro escondido en nuestra
mar tranquila,
el oro diluido en el solsticio,
los sueños consumados,
el recuerdo de otras pieles encendidas,
las estrellas que bebo con amigos,
el camino que huele a madre selvas,
el desinteresado fruto del consuelo,
el beso de mi ángel hecho niña,
la música en el viejo tocadiscos,
las persianas abiertas,
la inocencia,
el corazón que abandona su guarida,
los pies entre la arena,
el sabor de cada nuevo día,
el crepúsculo que nunca se repite,
mi pequeñez frente al indócil universo,
el candil que esta noche me ilumina

entonces, cuando a veces siento
que todo vuelve a su cauce y su rutina,
me levanto sin prisas y camino

por el largo pasillo
hacia el principio,
miro fijo mis manos, les sonrío,
y susurro al hastío:
"con estas manos, nada más,
con estas manos
mira lo que has escrito".



LA NIÑA DE CHOCOLATE

Esencia de Guayaquil
y de vainilla afrutada
la niña de chocolate,
mece su sombra en el agua.
La niña de chocolate
acariciaba en su sueño
un ave de luna fría
con su abanico de espejos.

Esencia de Guayaquil
y de vainilla afrutada
la niña pinta una flor
en su chal de seda clara
y un azul pavo real
con las plumas irisadas.
Y un sol rojo y encendido
como una abierta granada.

Esencia de Guayaquil
y de vainilla afrutada
la niña de chocolate
sueña desnuda en el agua

sueña, y las olas la visten
con su espumilla de nácar.
Ella ríe, y es su risa
como cascada de plata.

Esencia de Guayaquil
y de vainilla afrutada
timbales de ópalo suenan
entre la noche y el alba.
Mientras la flauta del viento
suspira entre verdes palmas
la niña de chocolate
mece su sombra en el agua.



La Quimera del Oro

Desciendo de ilusiones perversas que encendieron su llama en el corazón de los vientos.

Me demoro en esos fuegos con un resplandor atento en la mirada, y observo que un ocaso taimado en la faz de la tierra me abre sus fauces para recordarme quién fui de entre quiénes me precedieron. Sobre sus lápidas deposito flores resacas y un largo suspiro engendrado entre sospechas de amor y odio.

Mientras tanto sigo recorriendo con la palma de la mano las rutas dibujadas en los mapas antiguos de los viejos buscadores del oro, buscando entre tanto signo fugitivo las pruebas ígneas, las piedras gélidas, las huellas extremas de mi extraña relación con esos seres extinguidos.

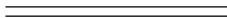
Provengo de un raro seísmo en las entrañas del desierto.

Allí un oasis abrió sus palmeras a un agua envenenada de insaciables deseos.
Allí creo recuperar mis fuerzas cuando llegan a su fin las jornadas interminables de esta arqueología polvorienta, sucesiva y eterna.
Allí acabaré mis días y fingiré encomendar a mis sucesores la perpetuidad de la estirpe.

Que recojan ellos las pistas sudorosas, la estela inconexa y frágil,
la pesadilla deforme de mi legado. Que ellos reconozcan el error
multiplicado de la existencia.
Que ellos mueran por mí cuando ya esté muerto.



PASADO



La puerta se fue cerrando
hasta dar un golpe seco;
el silencio lo invadió todo
mientras mi alma
se caía a pedazos,
una herida se iba abriendo
y era yo mismo
quien clavaba la daga en mi costado.
Una lágrima opacó mis ojos
y un grito de desilusión
se hizo nudo en mi garganta
y corto mi respiración.
El llanto
revolviéndose con mi sangre
formó el mar en el que hoy
ahogo mis ilusiones,
ilusiones que igual ya estaban muertas,
murieron en un cuarto
entre unas sábanas blancas,
murieron antes de nacer...
Y me aferré al presente
para borrar el pasado como un suspiro,
pero es mas fuerte que eso
el pasado no se desvanece.

Todo acabó
ya nada me queda
el pasado me atormenta
el presente no me retiene
y no veo un futuro
por el cual postergar
un poco mas mi muerte.
No quiero pensar mas
será mejor que todo acabe
sin dejar huella en esta tierra.



PATERA DE ESPERANZAS

Pedazos de madera
embarrancados
en una playa
oscura y silenciosa,
madera rota
como su esperanza,
como su propia vida.

Cuerpos inertes
varados en la arena
con toda su ilusión
desvanecida,
intentando alcanzar
la tierra prometida.



Sin ser más, no es menos

No hay más silencio
cuando dejas caer mi mano
que cuando la atas con tus dedos.
No hay más.
Pero el que hay tiene eco.

Ni hay más soledad
cuando escupes mi nombre
que cuando te complace beberlo.
No hay más.
Pero la que hay comprime el espacio.

No hay menos nostalgia
si se desbordan las palabras
que si las encauza el tiempo.
No hay menos.
Pero la que hay petrifica tu recuerdo.

Ni hay menos deseo
hoy que la noche es azabache
que ayer cuando era más nítida.
No hay menos.
Pero el que hay lo amortaja mi cuerpo.

No hay renunciás a tu nombre
ni resta ni suma en él.
Aún hay flores en el almendro
pues sin ser más amor
tampoco es menos.



Tiempo

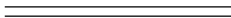
=====

Escuché una voz: no se si era cuento o sonido,
Escuché el silencio, no se si era sonido o tu voz,
También escuché el canto , pero fue desierto.

Escuché tu voz, sonido o canto , desierto:
Cielo oscuro decía
Y un candor que se pierde.
Oscuro, el tiempo, juega,
Pieza de ajedrez donde la nada acecha.



Tú a mi lado



nunca soñé esto:
tú a mi lado.
la crueldad de la vida y el sentimiento,
dos colosos enamorados.
dos ríos de diferente vertiente que,
en sus meandros,
dibujan un corazón
que se ve desde el espacio,
que se ve
desde cualquier ángulo.
me dibujas un corazón con tu sonrisa, nena,
y me llenas
de alegría por tocar tu piel,
piel erizada por la brisa del deshielo.
y me llenas
de gozo por besar tus pechos,
y me llenas
de júbilo por saborear tus besos,
y me llenas
de calor en el lecho,
y me llenas
y me gusta estar lleno
contigo,
siempre contigo...

ni siquiera llegué a soñar esto:
tú a mi lado.
dormida sobre mis piernas,
amándonos.
hoy me has besado
con el amor que añoro,
que respeto,
que quizás deseo.
hoy me has dicho
que me amas.
I love you,
me has dicho
entre beso y beso.
I love you so much,
me has dicho
con tu boca,
con tus ojos.
hoy me has dicho
te quiero,
y nos hemos abrazado
como dos enamorados.
no sé qué sentir,
no estoy acostumbrado
a ver mis sueños realizados.

nunca llegué a soñar esto:
tú a mi lado.
eres adorable,

después nos emborrachamos
y a veces, tal vez,
miro la chimenea y el fuego
se va consumiendo.
quizás mi destino es ese:
destrozarlo todo,
caer en el pozo
por vivir como sólo yo quiero,
por estar contigo,
sólo por eso,
nada menos.
no puedes estar sola.
haz algún gesto
que muestre tu deseo
de hacer posible el sueño.
alguna heroicidad,
date un beso,
desátate las sogas del cuello.
las palabras no valen nada
sin esos ojos,
sin esa mirada.

ahora tengo mi sueño:
tú a mi lado.
quisiera escribir el Amor Puro
y así levitar sobre el mundo.
la vida es tan fácil como acariciarte.

la felicidad es tocar tu piel.
recorrer con mis dedos
cada poro de tu maravillosa estructura.
ahora pareces una niña pequeña,
durmiendo en mi regazo.
curioseando por tus sueños
deambula mi fantasía.
buscando los más allá del amor
por tu atmósfera vuelo
como un ave vieja y cansada.
y migro de tu norte a tu sur, de tu este a tu oeste
y en tus cuevas me tumbo,
en tus montes, en tu naturaleza,
para reposar mis castigados huesos.
eso soy: un ave sin nido.
eso eres.
quizás tan sólo una gaviota reflejada en el mar.
tan solo
y nada menos.

me alumbras con una linterna la parte izquierda
del pecho,
donde residen los latidos acelerados.



VENUS ANORÉXICA

¡No mires tras los cristales!
El Olimpo queda lejano;
la realidad acecha tus inmediaciones.
Tu no estás aquí, porque rehuyes
del Universo, en las fantasías de
tu pensamiento.

¡No medites en tus divagaciones!
Los cánones, se pierden entre la niebla,
y tras ellos un cuerpo preso,
adolescente, desorientado.
Deja que Barbie sea de plástico,
permite a Ken ser de artificio humano.

¡No te evadas con las nubes!
El kurós es deshumanizado,
la koré es arcaica.
Libera tu pesadumbre,
abrazas los lazos que te tienden,
aquellos de tu familia.

¡No te escapes vida!
El camino es largo, sinuoso,
mas yo te acompañaré como brújula.
Si el Partenón se disipa tras la niebla
¡Por qué!, ¡por qué lo persigues!

¡No mueras, deja la muerte morir!
Si el instrumento metálico brillante,
acechando con sus sugerentes curvas
y su forma cóncava aconvexada,
es decir, la llamada cuchara,
se te acerca amenazante y conspirando...

¡No digas nunca no!
Mas no bailaré con la muerte
y la perfección a su vera,
¡ no danzaré con la anorexia !
Al borde del proceloso abismo,
Seré tu sombra, en el exilio.

Tu muerte se apelaría,
en la postrimerías de tu existencia,
anorexia.



LESBIANISMO ATROZ

"Hay que estar siempre ebrio, para no sentir el horrible peso del Tiempo. Pero, ¿de qué? De vino, de poesía o de virtud, como queráis. Pero embriagaos"

Charles Baudelaire.

MUERTE: ¡Vida, abandona tu suerte!
Y reniega de tu estado.
Soy tu vigilia constante.
Todo acabó. Ya no hay antes...
Soy la Virgen del Pecado.
¿Me conoces? Soy la Muerte.

VIDA: No te conozco... ¿Quién eres?
Me sorprende tu agonía.
¿A qué se debe este hecho?
¡No me interrumpas, maltrecho!
Luz, emoción, alegría.
Respóndeme... ¿Cómo eres?

MUERTE: Soy el odio, soy la noche.
Venganza, sopor, desidia.
Vengo a llevarte a mi lecho.
Mantén-te junto a mi pecho:
Se cómplice de mi envidia
y cabalga en mi reproche.

VIDA: No te conozco, Desprecio,
ni quisiera conocerte,
pues, si es cierto lo que dices,
prefiero mis días felices,
amor, conciencia, mi suerte...
que un espíritu tan necio.

MUERTE: Soy el rencor, tu existencia.
Soy el que habita la sombra.
Desdén, repulsa, desgana...
Que tú y yo somos lesbianas;
Ven a volar en mi alfombra
de sangre, dolor y ciencia.

VIDA: Aléjate de mi paz,
que sobre ti nada sé.
Que aquí todo es luz y día,
Luna, Sol, melancolía,
modestia, coherencia, fe,
misericordia y piedad.

MUERTE: Añoranza de recuerdos
tristes, vanos y altaneros:
Camina junto a mi vera
de luto, pena y... Espera,
que a mi lado hallarás eros
y renegarás del cuerdo.

VIDA: ¿Qué eres, muerte, sino miedo?
Angustia, daño, indolencia.
Corona de pinchos secos.
Motor de tímidos ecos
que provocan mi conciencia...
¡No seré fiel a tu credo!

MUERTE: ¡Espíritu desgraciado!
¡Qué mal piensas que te aguarda?
No me apiado del amén,
no seas terca y bésame:
seré tu ángel de la guarda
si obedeces mi tratado.

VIDA: ¡Qué me ofreces, sino duelo?
¡Terror sin condescendencia?
Apártate del sincero
y sigue por tu sendero
sinuoso, y ten paciencia:
¡Vete lejos de los cielos!

MUERTE: Por más que odies esta escena
y maldigas mi presencia,
no te dejaré marcharte,
pues vengo para llevarte,
y te digo que mi esencia
no es otra que ser tu pena.

VIDA: ¡Vete lejos de mi alma!
Retorna a tu transgresión.
Márchate sin un castigo,
pues si me apuras te digo
que prefiero mi cohesión
que tu tormento sin calma.

MUERTE: Sin remedio irás cayendo
en las redes de mi trama,
Pues tu existencia es pudor.
Llegó el turno del dolor.
Déjame, pues, ser tu ama.
Es la lluvia. Está lloviendo.

VIDA: No soporto tal desdén,
Muerte burda, rostro impío.
No es el momento deirme
pues seguiré siendo firme
mientras respire rocío
y no tu jugo de hiel.

MUERTE: No te propongas huir
de tu desgracia liviana;
Agárrate de mi brazo.
Adéntrate en mi regazo.
¡Vámonos, pues, vida vana!
¡Vamos, que vas a morir!

VIDA: No pises este jardín
de reposo de mi alma.
No interrumpas mi camino
de pan, de sangre y de vino.
Que sin ti mi tiempo es calma
y contigo el fin es fin.

MUERTE: ¡Cógeme fuerte, dichosa!
Fundámonos con el tiempo.
Mezclémonos en un beso:
sal de tu espíritu preso
que serás mi pasatiempo.
Esconde tu rostro rosa.

VIDA: ¡Suéltame, bellaca insana!
 ¿Adónde crees que me llevas?
 ¡Bastarda hija de Satán!...
 ¡No soy Caín, soy Adán,
 el fiel amante de Eva!
 ¡Aparta, sucia fulana!

MUERTE: ¡Me encuentro fuerte, lo noto!
 Desmesura, llanto, tedio...
 Entrégate a mi pasión:
 Mi elección es tu elección.
 Se agradecida a mi asedio,
 hoja de lis, flor de loto.

VIDA: ¡Agua, Aire, Tierra, Fuego!
 ¡Dios Santo!, ¡Virgen María!
 Sacadme de estos abismos
 infames cual espejismos.
 Devolvedme la alegría...
 ¡Que el dolor se vuelva ciego!

MUERTE: ¡Ya eres mía, ya te siento!
¡Sientes mi fuego en tu seno!
¡Notas ya tu nuevo estado!
Espasmos, gritos alados,
deshonra y pozos de cieno.
¡Yo te maldigo, sarmiento!



Índice General ^{1/2}

PROSA	3
La carga - <i>José Cal</i>	5
Mensaje en la botella - <i>Pasadena Roof Orchesta</i>	16
Rita - <i>Guanarteme</i>	30
El cartero del distrito B - <i>El cantinero</i>	37
El mundo es un pañuelo - <i>El cantinero</i>	44
Amor - <i>Guanarteme</i>	49
El Tortudrilo - <i>José Cal</i>	55
La africana - <i>Blumfeld</i>	59
La pequeña tienda del amante del té - <i>Sr. Gladstone</i>	69
El asesino - <i>Argonauta</i>	75
Gha - <i>Aphex</i>	80
Paragüas - <i>Verónika Morsztyn</i>	87
Mientras tanto - <i>Andrea</i>	94
Lucía - <i>Iramala Fuentes</i>	101
Carta a Angélica - <i>Leónidas III</i>	111
Collage - <i>Mr. Sáinz</i>	133
La conversación - <i>Masha</i>	142
La primera vez - <i>Rafita</i>	149
La foto de Santa Lucía - <i>Pepe do Faxín</i>	155
A foto de Santa Lucía - <i>Pepe do Faxín</i>	162
La triste historia de una muchacha que vestía una talla inverosímil y calzaba unos zapatos inmensos - <i>Amara Orzania</i>	169
El entierro de Moisés Cohen - <i>Hannah</i>	178
Encadenada al dolor de tu silencio - <i>Orión</i>	183
Figuras de mi pueblo - <i>Hannah</i>	206
José - <i>Clara Aldán</i>	211
La herida - <i>Sammmler</i>	219
Soñadores del mañana - <i>Narrador</i>	223
Una mañana particular - <i>Old Tomatoer</i>	240
Divino diván - <i>Autor01</i>	254
Soledad - <i>Autor02</i>	276

Índice General ^{2/2}

POESÍA	281
Prueba, no leer [Prueba, no leer]- <i>Anastasia Tabarque</i>	283
No es para tanto - <i>Anastasia Tabarque</i>	288
Los habitantes - <i>Djali</i>	291
Travesía - <i>El corrientes</i>	296
El pretendiente - <i>El corrientes</i>	300
Volver a las gaviotas - <i>Amaranta</i>	303
Estrofas selladas - <i>Djali</i>	306
Para Omar, en el infinito - <i>Dieche</i>	309
¡Tú! - <i>Montana</i>	312
Amor Marino - <i>Ana Montero</i>	315
Ausencia - <i>Cosmos</i>	317
Cuando volver es inútil - <i>Maximiliano de Nevares</i>	319
Dolor - <i>Joantas7</i>	323
El tonto del pueblo - <i>Maximiliano de Nevares</i>	327
Fragilidades - <i>Sistole</i>	332
Mensaje - <i>Vagabundo</i>	334
Nostalgia - <i>Ana Montero</i>	338
Ven - <i>Vagabundo</i>	340
Cantos de sirena - <i>Yelco</i>	344
Confesión de una noche - <i>Novalis</i>	346
La niña de chocolate - <i>Amara Orzania</i>	352
La quimera del oro - <i>Hal</i>	355
Pasado - <i>André Rawadh</i>	358
Patera de esperanzas - <i>Andela</i>	361
Sin ser más, no es menos - <i>Diástole</i>	363
Tiempo - <i>Eduardo</i>	366
Tú a mi lado - <i>Arponero</i>	368
Venus anoréxica - <i>Yelco</i>	373
Lesbianismo atroz - <i>Autor01</i>	376

Sobre la edición digital, todos los derechos reservados. Sobre el contenido, el (c) de todas las obras es propiedad de sus respectivos autores. Este libro digital se distribuye como «*Dominio Público*», lo que significa que puede ser reproducido libremente cuantas veces se quiera y en todos los formatos conocidos, con la única condición de que no pueda ser vendido ni se pueda obtener lucro alguno de él sin la autorización expresa de cada uno de los autores de los relatos contenidos en el mismo, y la previa consulta al autor de esta recopilación.

